

**huelga de masas,  
partido y sindicatos**

**rosa luxemburg**

**13**

**CUADERNOS  
DE  
PASADO Y  
PRESENTE**

primera edición, 1970

quinta edición, 1978

© ediciones pasado y presente

impreso y distribuido por siglo xxi editores, s. a.

ave. cerro del agua 248 - méxico 20, d. f.

ISBN 968-23-0050-9

derechos reservados conforme a la ley

impreso y hecho en méxico/printed and made in mexico

## ÍNDICE

Advertencia	9
Advertencia a la 5a. edición	18
PAUL FRÖLICH: UNA NUEVA ARMA	19
ROSA LUXEMBURG: HUELGA DE MASAS, PARTIDO Y SINDICATOS	43
APÉNDICES	
Rosa Luxemburg: Discursos sobre la huelga política de masas	119
György Lukács: Prefacio a la edición húngara de "Huelga de masas"	155



Según nuestro conocimiento es esta la primera edición en castellano del libro de Rosa Luxemburg, *Huelga de masas, partido y sindicatos* (1906). Un lector poco informado podría pensar en el escaso interés político o teórico que debe tener una obra a la que los marxistas de habla española consideran innecesario publicar durante más de sesenta años. Y se preguntará por qué hacerlo ahora. Sin embargo, basta consultar cualquier historia del pensamiento socialista, la de Cole, por ejemplo, para descubrir, quizás con sorpresa, que el folleto que hoy presentamos estuvo en el centro de un vasto debate político de la socialdemocracia europea a comienzos de siglo, y que su importancia es fundamental para el análisis de la dialéctica reforma-revolución. Las razones del "olvido" del texto luxemburguiano no pueden ser buscadas entonces en el "envejecimiento" del tema o del tratamiento. Descartada la hipótesis de un olvido involuntario (en política no existen tales cosas) sólo puede explicarse el hecho por la negativa consciente a poner al alcance del lector interesado una parte fundamental del pensamiento de Rosa Luxemburg. Escindido, el movimiento marxista, a partir de la primera guerra mundial, en las dos grandes corrientes socialista y comunista, ni una ni otra reivindicó como suyo el pensamiento luxemburguiano. Los socialistas, porque su reformismo, encubierto o no, los impulsaba a rechazar violentamente un discurso cuyo núcleo giraba precisamente alrededor de la revolución social; los comunistas, porque el de R.L. era para ellos un discurso "no leninista". Vale la pena recordar, al respecto, la resolución elaborada por el Comité Ejecutivo Ampliado de la Tercera Internacional de marzo-abril de 1925 —destinado a lanzar la campaña en pro de la bolchevización de los PPCC— donde entre otras cosas se afirma que "es imposible asimilar el leninismo y aplicarlo a la formación de los partidos comunistas en el mundo entero sin tener en cuenta los errores de muchos marxistas eminentes que intentaron aplicar el marxismo a las condiciones de la época actual, pero que no lo lograron completamente. Se trata de los errores de los comunistas de «izquierda» en Rusia, del grupo de los marxistas holandeses (Gorte, Pannekoek) y también de Rosa Luxemburg.

Cuanto más próximos al leninismo están estos teóricos, más peligrosas son sus concepciones en los puntos en que divergen de él. Una verdadera bolchevización de ciertas secciones de la Internacional Comunista es hoy imposible si éstas no superan los errores del luxemburguismo, los cuales, en virtud de circunstancias históricas, desempeñan un papel considerable en sus países". Al enunciar los errores más importantes se incluye, en primer lugar, "un modo que no es bolchevique de tratar la cuestión de la «espontaneidad», de la «organización» y de las «masas». Tal error de los luxemburguistas, que no disponían de otra experiencia que la del partido socialdemócrata alemán, con frecuencia restringía la amplitud de la lucha de clases y no les permitió comprender adecuadamente el rol del partido en la revolución".

Y si en 1925 una resolución de esta naturaleza colocaba fuera del leninismo al pensamiento luxemburguiano, pero seguía considerándolo, no obstante, como una corriente *interna* del movimiento revolucionario, en 1931 la carta de Stalin a la redacción de *Proletárskaia Revolutsia* ("Sobre algunas cuestiones de la historia del bolchevismo", *Obras*, XIII, pp. 79-108) cierra definitivamente la cuestión al acusar al luxemburguiano Shustski de "trotskismo" y a éste último de "destacamiento de vanguardia de la burguesía contrarrevolucionaria".

A partir de ese momento comienza la "clausura" de Rosa Luxemburg (apenas rota por la voz solitaria de Trotski, que escribe un artículo de denuncia de las falsificaciones de Stalin, titulado "Fuera las manos de Rosa Luxemburg"). Su figura y fundamentalmente su pensamiento se desvanecen, negada por unos, menoscabada por otros, odiada en el fondo por ambos. Hacer conocer sus escritos siguió siendo la tarea del pequeño grupo de revolucionarios que continuaron fieles a su memoria. Hubo que esperar la década del 60 para su "descubrimiento".

Hoy la situación ha cambiado de signo y en lugar del "olvido" quizá haya que temer más bien la sinuosa esterilización del pensamiento revolucionario que provoca la industria cultural al generar el "consumo" improductivo de los textos, reducidos todos a la condición de "objetos". Tal vez, como ya ocurrió, se intente utilizarla como caballo de batalla de una operación contra el leninismo, operada en espíritu libertario al centralismo "dictatorial y burocrático" de Lenin y los bolcheviques. Recordemos que en Francia sus trabajos de polémica con Lenin fueron publicados precisamente con el título de "Marxismo contra dictadura." Contra esto, la única tarea válida es una vez

más desacerarizar una obra teórica producto de una vasta experiencia política revolucionaria, que estuvo hasta hace muy poco tiempo vedada al conocimiento de gran parte de las generaciones presentes; analizarla y estudiarla por su significación real, sin pretender convertirla en un libro sagrado que todo lo resuelve. Es cierto que lo importante es hoy "no consumir a Rosa Luxemburg" pero cuidémonos al mismo tiempo de utilizarla como una cómoda cita al pie de página para cubrir la falta de un razonamiento válido por sí mismo.

Al publicar este libro no nos guía entonces el mero propósito de rescatar una fuente "histórica" importante para el estudio de las ideas socialistas, ni tampoco pensamos en modo alguno postular a *Huelga de masas, partido y sindicatos* como clave para la interpretación de las acciones de masas producidas en el mundo en los últimos tiempos. Simplemente queremos introducir al lector en una problemática que si es analizada teniendo en cuenta el momento y el lugar en que fue escrita, las concepciones contra las cuales debía luchar, lo nuevo que había emergido en la situación política europea a partir de la revolución rusa de 1905, puede arrojar muchas enseñanzas y reflexiones válidas para el examen de los tiempos actuales. Y esto es lo que pensaba quien fuera uno de sus contradictores más apasionados, cuando al proponer a los comunistas alemanes la edición inmediata de las obras completas de Rosa Luxemburg señalaba que de ella se extraen "lecciones utilísimas en la educación de muchas generaciones de revolucionarios del mundo entero".

Pero este libro tiene una importancia particular porque aparece tematizando la experiencia de la revolución rusa de 1905, acontecimiento histórico que estaba destinado a provocar las sacudidas profundas en el *corpus* teórico de la socialdemocracia europea. Como señala Luciano Amodio, dicha revolución "representa con su suma de acontecimientos la ruptura de la clásica constelación victoriana, el fin manifiesto del sistema eurocéntrico, el dislocamiento de las relaciones de las fuerzas políticas tradicionales, el mutable sentido dinámico del conjunto histórico-geográfico" (*Scritti scelti*, p. 24). A diferencia de lo que pensaban los teóricos de la Segunda Internacional, que relegaban iluminísticamente las masas no encuadradas políticamente en las estructuras del partido o de los sindicatos a

la categoría de "lumpenproletaria" y que concebían al proceso revolucionario como una tendencia constante hacia la reducción del valor político de esta capa social, en la revolución rusa de 1905 el acento estuvo puesto en las masas no organizadas. Y esto, como es natural, no podía menos que cuestionar las teorías predominantes en la socialdemocracia alemana sobre la relación entre "espontaneidad" y "dirección consciente". Para Rosa Luxemburg, la huelga de masas experimentada por primera vez en una escala gigantesca por la revolución rusa, tenía el mérito indiscutible de llenar el vacío teórico que el fracaso de la Comuna de París y la crítica de Engels al insurreccionalismo (en su Introducción al libro de Marx, *Las luchas de clases en Francia*) habían creado en la concepción revolucionaria. Para ella la huelga de masas no es una simple "táctica" que debe ser utilizada por el proletariado para defender sus conquistas, sino por el contrario un elemento central de la "estrategia revolucionaria". Frente a la negación kautskiana de la insurrección, y frente al blanquismo preconizado por los teóricos de la revolución de minorías, R.L. preconiza lo que ella denomina una "estrategia de derrocamiento" basada en la práctica sistemática de la huelga de masas.

Ya desde *Reforma social o revolución?* (1900), Rosa Luxemburg comprendió las limitaciones del parlamentarismo preconizado como método de conquista socialista del poder. Es claro que las insuficiencias y errores en el análisis del proceso de reproducción del capital la llevaban a coincidir objetivamente con el sustrato teórico sobre el cual se asentaba la famosa *Ermattungsstrategie* (estrategia de desgaste) preconizada por Kautsky y que legitimaba la táctica parlamentaria. Dicho sustrato no era otro que la creencia en la catástrofe económica inevitable del capitalismo y la confianza ilimitada en las virtudes revolucionarias de la clase obrera y de la socialdemocracia alemana. Por eso su crítica del kautskismo nunca pudo tener la amplitud, profundidad y comprensión teórica e histórica de la crítica realizada por Lenin a partir de comienzos de la primera guerra mundial. Señalemos al pasar que subrayar este hecho tiene importancia porque cuando se produjo la polémica Kautsky-Luxemburg sobre la huelga de masas y el significado de la estrategia de desgaste, Lenin apoyó decididamente al primero, mostrando una sorprendente incompreensión del kautskismo como corriente oportunista ("centrista") de la socialdemocracia europea mucho antes de 1914.

Los errores e insuficiencias de Rosa Luxemburg constituye-



ron una constante de su pensamiento teórico y se mantuvieron hasta sus últimos escritos. En el plano político, como anota acertadamente Cerroni, el suyo es un defecto común a una gran parte del pensamiento político socialista "y consiste sobre todo en la visión de la lucha de las clases modernas como una confrontación que no se expande o se expande bastante poco fuera del terreno caracterizado por el enfrentamiento económico". Si el sistema capitalista se encamina hacia un derrumbe económico inevitable, y este hecho tiene a su vez un reflejo también inevitable en el instinto de clase del proletariado, es lógico que se asigne una importancia trascendental a la forma de expresión política por excelencia de ese instinto de clase, cual es la *massenstreik* en su versión "rusa" o "ruso-luxemburguiana". Es el eslabón que une las acciones de las masas con el objetivo final revolucionario; aquí reside su valor simbólico antirrevisionista. En la huelga de masas la clase en sí se manifiesta como clase para sí, el proletariado se convierte verdaderamente en una clase que lucha contra sus enemigos y por el poder. Esto explica entonces la vinculación estrecha que Rosa Luxemburg establece entre la reivindicación teórica y política de la huelga de masas como "estrategia" del proletariado y la lucha contra el burocratismo y la exaltación desmedida del rol de la organización que cobija la dirección de la socialdemocracia alemana. Y explica también el odio con que los dirigentes sindicales y políticos rechazaron las postulaciones luxemburguianas.

Más allá de sus errores manifiestos, en las postulaciones de R.L. hay no obstante grandes aciertos puesto que profundizaba la dialéctica existente entre "reforma" y "revolución", demostraba la complejidad de las relaciones entre movimiento obrero organizado y no organizado, combatía la desconfianza hacia los sectores marginales de la estructura sindical y política, y presentaba un modelo de la relación del partido con la clase, donde el primero no aparecía como el factotum sino como un guía de las luchas proletarias. Y este modelo en cierta manera podía actuar como correctivo del "organizativismo" que está en la base de las desviaciones de la práctica de los PPCC en especial desde el V Congreso de la I.C. en adelante, práctica que erróneamente se intenta sintetizar con la expresión de "stalinismo".

*Huelga de masas, partido y sindicatos* constituye una obra teórica de nexos entre dos etapas de la lucha antirrevisionista de Rosa Luxemburg. La primera, caracterizada por su crítica a Bernstein y que tuvo su máxima expresión en un libro varias

veces editado en castellano. Nos referimos a *¿Reforma social o revolución?* (1900). La segunda, su polémica con Karl Kautsky en 1910 acerca de las medidas a adoptar para combatir el intento del gobierno prusiano de imponer nuevas leyes anti-socialistas. Esta polémica marcó su ruptura definitiva con Kautsky y la escisión de la izquierda socialdemócrata entre una izquierda luxemburguiana (precursora de la Liga Espartaco y luego del Partido Comunista de Alemania) y el "centro" kautskyano. Una recopilación exhaustiva de los principales trabajos y de los documentos más relevantes de esa polémica, que giró en torno al problema de la relación entre lucha política y lucha económica, huelga reivindicativa y huelga política de masas puede encontrarse en los Cuadernos de Pasado y Presente incluidos en la serie "Teoría y práctica de la acción obrera": *La huelga general y el socialismo* (PyP n.º 61), *El debate sobre la huelga de masas* (PyP n.º 62 y 63) a los que es preciso remitirse para el conocimiento de las circunstancias históricas en que se desenvolvía este debate en los años que precedieron a la primera guerra mundial.

Para la traducción hemos utilizado dos versiones francesas (*Grève Générale, Parti et Syndicats, Cahiers Spartacus*, Paris, 1947, traducido al francés por Bracke, y *Grève de masse, Parti et Syndicats*, incluido en *Oeuvres*, I, Maspero, Paris, 1969, traducido por Irene Petit) y la versión fragmentaria aparecida en Rosa Luxemburg, *Scritti Scelti*, al cuidado de Luciano Amadio, Ediciones Avanti!, Milano, 1963. Las notas sobre el folleto fueron tomadas de esta última edición. En cuanto al escrito de Paul Frölich, "Una nueva arma", constituye el cap. 7 de su biografía de Rosa Luxemburg y fue traducido de la edición francesa de Maspero (Paul Frölich, *Rosa Luxemburg, sa vie et son oeuvre*, Paris, 1965, traduc. de Jacqueline Bois).

El título original de la obra de Rosa Luxemburg es *Massenstreik, Partei und Gewerkschaften*. Im Auftrage des Vorstandes der sozialdemokratischen Landesorganisation Hamburgs und der Vorstände der sozialdemokratischen Vereine von Altona, Ottensen und Wandsbeck. (Por cuenta de la presidencia de la Organización regional socialdemócrata de Hamburgo y de las presidencias de las Uniones socialdemócratas de Altona, Ottensen y Wandsbeck), Hamburg, Verlag von Erdmann Dubber, 1906.

La primera edición lleva el sobreimpreso "als Manuskript gedruckt" (impreso como manuscrito).<sup>1</sup> Esta edición (distribuida en librerías a fines de noviembre de 1906) fue requisada y destruida por la presidencia del partido, a solicitud de la prensa y de los dirigentes sindicales. La segunda edición atenuó un cierto número de párrafos dirigidos contra los dirigentes sindicales. El texto está datado: "Petersburg, 15. September 1906." El folleto fue compuesto en Kuokkala (hoy Répin), en Finlandia, a una hora de tren de San Petersburgo, donde, proveniente de Varsovia, Rosa Luxemburg se había establecido no después del 10 de agosto de 1906, bajo el nombre de Felicia Budilowitsch. "Herrn Bud," es superfluo, dado que el portador del nombre no es otra que su devotísima amiga en persona", escribe en un post-scriptum de una carta no datada, pero de agosto de 1906, a Arthur Stadthagen. En la ciudad de Wasa, donde Lenin reside a veces por aquel período, conoce entre otros a Zinóviev (como resulta del discurso conmemorativo pronunciado por éste en el Soviet de Petrogrado en enero de 1919).<sup>2</sup> Viajó también a San Petersburgo encontrándose con Axelrod y visitando a Parvus y a Leo Deutsch, reclusos en la fortaleza de Pedro y Pablo. Rosa Luxemburg había encontrado una situación muy confusa en Rusia y la revolución en un proceso de descomposición. Indudablemente, su desilusión con respecto a la socialdemocracia rusa influirá en el llamado "espontaneísmo" de su ensayo. Si no rehorta de inmediato a Alemania es por el temor a una detención inmediata por parte de las autoridades germanas. En el Congreso del partido de Jena (17-23 de setiembre de 1905) su intervención sobre la huelga de masas política del 22 de setiembre había asumido ante la autoridad el aspecto de una "incitación a la violencia". En Varsovia había sido advertida "sub sigillo de la más absoluta discreción por un señor colocado en las altas esferas que desde Prusia se había expresado el deseo de que discretamente" fuera consignada a la frontera prusiana "antes de la apertura de las sesiones del Reichstag". Bebel y Karl Kaustky habían a su vez confirmado la advertencia. Ella temía ser acusada de eludir el juicio por su "escapada" a Rusia. El tribunal de Weimar la condenó por su discurso a dos meses de prisión el 12 de diciembre de 1906 (purgados entre el 12 de junio y el 12 de agosto de 1907).

<sup>1</sup> Información de W. Schröder, y de P. Frölich en *Gesammelte Werke*, IV, p. 389.

<sup>2</sup> Karl Liebknecht y Rosa Luxemburg, *Discours prononcés par G. Zinoviev et L. Trotsky à la réunion du Soviet de Pétrograd, le 18 janvier 1919*. Pétrograd, Editions de l'Internationale Communiste, n. 27, 1919.

Rosa Luxemburg le escribe a Stadthagen porque hasta 1902 había sido abogado, antes de ser expulsado por sus críticas a la administración de la justicia alemana y a sus representantes. Recibidas a comienzos de setiembre las seguridades de parte de Stadthagen, ella le anuncia en una tarjeta sellada en Kuokkala el 11 de setiembre de 1906 su propia partida "directamente" para Hamburgo el "jueves" (13 de setiembre). La fecha del folleto: "Petersburgo, 15 de setiembre de 1906" puede indicar un atraso, una breve permanencia en San Petersburgo o ser simplemente una indicación sin valor real y al solo efecto de indicar una localidad más conocida. De todas maneras el 20 de setiembre llegó a Hamburgo, donde se demora en la corrección de las pruebas de imprenta de su folleto, distribuido luego a los delegados al Congreso del partido en Mannheim (23-29 de setiembre de 1906). En dicho Congreso, R. L. interviene como delegada de Bromberg y Posen y pronuncia dos discursos en los debates sobre la huelga de masas política (26 de setiembre) y sobre la relación entre el partido y los sindicatos (28 de setiembre).

El folleto, publicado por cuenta de la organización del partido que ocupaba el segundo lugar por la cantidad de adherentes y su importancia política, tuvo una amplia difusión. Mehring hizo un largo comentario en la *Leipziger Volkszeitung*.

Posteriormente al Congreso de Mannheim, apareció una edición ligeramente expurgada en el sentido arriba indicado, destinada al gran público alemán. Las correcciones dieron lugar a observaciones por parte de los adversarios, entre otros en *Sozialistische Monatshefte*,<sup>3</sup> a los que responde Mehring en la *Neue Zeit*.<sup>4</sup>

Para la historia y la bibliografía contemporánea de la obra *Huelga de masas...* son esenciales el libro de Karl Kautsky, *Der politische Massenstreik* [La huelga política de masa]. Buchhandlung Vorwärts, Berlín 1914; y la Introducción de Frölich al vol. IV de las *Gesammelte Werke* [Obras completas] de Rosa Luxemburg, Berlín, 1928\*. En español la introducción de

<sup>3</sup> Wilhelm Schröder, *Sisyphusarbeit*, en el cuaderno n.º 3 de marzo de 1907.

<sup>4</sup> XXV, 2 (1906-07), n. 41, julio de 1907.

\* La edición de las *Obras completas* de Rosa Luxemburg se inició en 1923 en Berlín bajo la dirección de Clara Zetkin y Adolfo Warski, y al cuidado de Paul Frölich. Estaba prevista la publicación de nueve volúmenes y sólo aparecieron los volúmenes VI ("La acumulación del capital", Berlín,

Frölich ha sido incluida en el Cuaderno de Pasado y Presente, nº 62, *Debate sobre la huelga de masas*.

Las dos biografías más importantes de Rosa Luxemburg son: Paul Frölich, *Rosa Luxemburg. Sa vie et son oeuvre*, Maspero, París, 1965. La primera edición alemana de esta obra se publicó en 1939 en París, donde Frölich vivía exiliado. Para el tema que nos ocupa pueden verse especialmente los capítulos 5 ("La revolución rusa de 1905"), 6 ("En el frente", donde trata la presencia de Rosa Luxemburg en Varsovia en 1905-1906) y 7 ("Una nueva arma", en el que trata específicamente el tema de la huelga de masas y que incorporamos a esta edición del panfleto de Rosa Luxemburg).

Peter J. Netti, *La vie et l'oeuvre de Rosa Luxemburg*, 2 vols., Maspero, París, 1972. Esta traducción ha tenido en cuenta la versión alemana que revisa y aumenta la primera edición publicada por Oxford University Press en 1966. Para el tema de la huelga de masas pueden verse especialmente los capítulos 7 ("La revolución sorprende a los revolucionarios. 1905-1906"), 8 ("Los años perdidos, 1906-1909") y 11 ("La vuelta a la ofensiva. Nacimiento de una nueva teoría", dedicado específicamente a estudiar la huelga de masas en el pensamiento de Rosa Luxemburg).

De la obra de Netti la editorial Era, de México, acaba de editar en español una versión abreviada.

En español puede consultarse G. D. H. Cole, *Historia del pensamiento socialista. La Segunda Internacional (1889-1914)*, vol. III, Fondo de Cultura Económica, México, 1959. Especialmente capítulos VI ("Alemania después de la controversia revisionista. Apariencia y realidad"), X ("La primera revolución rusa") y XI ("Polonia: Rosa Luxemburg", donde Cole hace una síntesis de la biografía política de Rosa Luxemburg y de sus principales contribuciones al pensamiento socialista).

JOSÉ ARICÓ

1923), III ("Contra el reformismo", 1925) y IV ("Lucha sindical y huelga de masas", 1928).

## ADVERTENCIA A LA 5a. EDICIÓN

Esta quinta edición del folleto de Rosa Luxemburg reproduce sin modificaciones la cuarta, publicada en Buenos Aires, en junio de 1975. Solamente hemos ampliado la sección de apéndices, incluyendo el prefacio a la edición húngara del folleto de Rosa Luxemburg, publicada en Viena, en 1921.

JOSÉ ARICÓ

## DECEPCIÓN

“Ardo en deseos de trabajar, es decir de escribir, y participaré con placer en los debates sobre la huelga general. Todavía unos días más de paciencia hasta que tenga un techo seguro y mejores condiciones de trabajo, pues aquí las idas y venidas a la gendarmería, el ministerio del interior y otras agradables instituciones no acaban nunca.

Las últimas «disputas» en el partido me han causado risa y —perdóneme— una risa verdaderamente diabólica. ¡Ah, acontecimientos que conmoverán al mundo desencadenaron una tempestad entre la Lindenstrasse y el Engelufel!<sup>1</sup> Pero ese género de «tempestad» qué aspecto distinto toma visto desde aquí...! Aquí, la época que vivimos es magnífica. Llamo magnífica a una época que suscita problemas en masa y problemas *inmensos*, que estimula el pensamiento, que despierta «crítica, ironía y sentido profundo»,<sup>2</sup> que excita las pasiones, una época fecunda que alumbraba a toda hora y emerge de cada nacimiento nuevamente preñada y con alumbramientos cada vez más grandes. Y no alumbraba a ratones muertos o a moscardones reventados como en Berlín, sino cosas enormes, delitos enormes (léase Gobierno), errores enormes (léase Duma), estupideces enormes (léase Plejanov y Cía.), etc. Me estremezco de alegría ante la idea de trazar un hermoso cuadro de todas estas enormidades y, por supuesto, sobre todo en *Die Neue Zeit*.”<sup>3</sup>

Llena de entusiasmo por los grandes acontecimientos que había vivido y por el trabajo en perspectiva, Rosa Luxemburg, después de haber abandonado la prisión de Varsovia, se preparaba para su retorno a Alemania. Su entusiasmo duró el

<sup>1</sup> La “calle de los tilos” (*Lindenstrasse*) era la sede del Buró del partido y el “muelle de los ángeles” (*Engelufel*) era la sede de la Comisión General de los sindicatos. (N. del E.)

<sup>2</sup> Alusión a la obra de teatro del escritor alemán Grabbe: *Scherz, Satire, Ironie und tiefere Bedeutung* (1882). (N. del E.)

<sup>3</sup> Carta escrita en Varsovia el 17 de julio de 1906 a Emmanuel y Mathilde Wurm.

tiempo en que pensó y actuó en favor de la revolución rusa, pues cuanto más se aproximaba a su segunda patria, la socialdemocracia alemana, más se sentía invadida por un secreto temor. En Finlandia, el primer saludo que le envió el partido alemán fue el de *Vorwärts* y la mezquindad de los brulotes, la estrechez de miras, la chatura de ideas que este equipo redactor "puro" y de izquierda le ofrecía, le arrancaban bastantes suspiros. Luego, en el congreso del partido en Mannheim, se vio introducida en la atmósfera en que vivía la dirección del movimiento obrero alemán y se sintió como un pez atrapado en alta mar y lanzado a la arena de la costa.

El viento del este que había ventilado un poco la casa del Partido se había disipado. Llevado al derrotismo desde un comienzo, la dirección del partido había registrado inmediatamente, con la sensibilidad de un barómetro, el reflujo de la revolución rusa después de las luchas de diciembre. Las manifestaciones obreras por el sufragio universal en el "reino rojo" de Sajonia<sup>4</sup> y en Hamburgo habían sido frenadas desde arriba. Una gran manifestación en favor de la revolución rusa en el aniversario del "domingo rojo" de San Petersburgo fue vaciada de su contenido revolucionario por la dirección del partido, a continuación de algunas amenazas gubernamentales. En febrero de 1906, el buró del partido había acordado secretamente con la comisión general de los sindicatos vaciar de sentido la resolución del congreso de Jena sobre la huelga de masas y colocar prácticamente al partido bajo la tutela de los dirigentes sindicales. El Congreso de Mannheim confirmó la directiva general de retroceder.

Rosa Luxemburg hizo críticamente el balance de esta evolución. Ya en Jena había sentido que el espíritu que animaba a los viejos dirigentes del partido difería del suyo. Pero en Mannheim, August Bebel había dicho abiertamente que la socialdemocracia alemana no levantaría ni siquiera el dedo meñique contra una resolución de Guillermo II de lanzar el ejército alemán contra la revolución rusa victoriosa. Rosa se dio cuenta de que esto no era ya un extravío pasajero y que en adelante debía considerar a Bebel y a la mayoría de los cuadros del partido como sus adversarios. Cuando a comienzos de 1907 Clara Zetkin la hizo partícipe de sus inquietudes sobre la política futura de la socialdemocracia, ella le respondió:

<sup>4</sup> En las elecciones de 1903 al Reichstag, la socialdemocracia había ganado todas las circunscripciones electorales salvo una. Para la propia Sajonia, desde 1896 se había creado un sistema electoral de tres clases que excluía a la socialdemocracia del parlamento.



“Desde mi regreso de Rusia me siento bastante sola... Tengo conciencia como nunca antes de todo lo que hay de timorato y mezquino en el partido. Pero, sin embargo, no estoy tan preocupada como tú porque ya he comprendido con una claridad alarmante que esas cosas y esos hombres no cambiarán mientras la situación no sea totalmente diferente, y aun entonces —ya me he convencido reflexionando sobre ello fríamente— tendremos simplemente que contar con la inevitable resistencia de esa gente cuando pretendamos llevar las masas más lejos. La situación es la siguiente: August (Bebel) y aún más los otros, se han dedicado por entero al parlamentarismo. En toda situación que supere los límites del parlamentarismo no sirven para nada; peor aun, tratan de meter todo en el molde parlamentario y por lo tanto combatirán con furia como «enemigo del pueblo» a quien quiera ir más allá. Tengo la impresión de que las masas, y más aún la gran masa de los camaradas del partido, en su interior han terminado con el parlamentarismo. Saludarían con alegría una corriente de aire fresco en la táctica; pero la autoridad de los viejos aún pesa sobre ellos y en mayor medida la capa superior de los periodistas, diputados y dirigentes sindicales oportunistas. Nuestra tarea ahora es reaccionar por medio de las protestas más vigorosas contra el anquilosamiento de esas autoridades y tendremos contra nosotros, una vez dada la situación, tanto a los oportunistas como al Buró y a August. Mientras se tratara de defenderse contra Bernstein y Cía., August y Cía. aceptaban gustosos nuestra sociedad y nuestra ayuda, tanto más cuanto que al comienzo ellos mismos tuvieron miedo. Pero si se pasa a la ofensiva contra el oportunismo, los viejos estarán con Ede (Bernstein), Vollmar y David y en contra nuestra. He aquí cómo veo la situación, y ahora lo esencial: ¡consérvate con buena salud y permanece calma! ¡Estas son tareas en las que es preciso calcular a largo plazo!”

En la lucha para la cual se preparaba, Rosa contaba con las masas obreras y con la evolución política objetiva, tanto en el interior como en el exterior de Alemania. El ambiente del Congreso de Jena había reflejado el estado de espíritu que reinaba en las masas socialdemócratas. Este estado de espíritu había desaparecido completamente en la dirección del partido pero no en la base; Rosa Luxemburg tenía siempre ocasión de comprobarlo en la seriedad, el interés, el entusiasmo con que en numerosas reuniones se escuchaban sus discursos sobre la revolución rusa y sus lecciones para la Europa occidental. En Austria, la revolución rusa había suscitado un potente movi-

miento de masas, y hacia fines de 1906 el proletariado austriaco estaba en condiciones de recoger los primeros frutos: el sufragio universal. Rosa Luxemburg era sin duda más mesurada que Trotski en la apreciación de los efectos de la revolución rusa sobre los países capitalistas avanzados. Pero tenía la convicción inquebrantable que la sublevación del proletariado ruso había abierto un nuevo período de la historia. Las catástrofes cuya inminencia había previsto en *¿Reforma o revolución?*, al estudiar las fuerzas sociales motrices del mundo capitalista, se habían aproximado. Los años 1905-1906 no solamente habían quebrantado el imperio zarista. Por primera vez el espectro de la guerra europea se había alzado en la disputa franco-alemana sobre Marruecos; la política internacional del imperialismo mostraba su verdadera naturaleza. La era de las guerras y de las revoluciones había comenzado. Para el proletariado, el período de la agitación y de la acumulación de fuerzas estaba cubierto, ahora se trataba de ayudar a la clase obrera a prepararse intelectual y moralmente para los nuevos combates. Rosa Luxemburg veía en esto su tarea más importante.

#### LA HUELGA POLÍTICA DE MASAS

Ante todo era necesario extraer de la revolución rusa las lecciones que, en la época histórica actual, tenían importancia para el proletariado de Europa occidental y particularmente para el de Alemania. La revolución rusa se distinguía de todas las anteriores por la apelación de las grandes masas al arma típica del proletariado, la huelga, la huelga de millones de hombres, ya no sólo por causa de los salarios o el pan, sino por grandes objetivos políticos. Anteriormente Rosa Luxemburg ya había militado en favor de la huelga política de masas, pero ahora reconocía toda la importancia de esta arma específica del proletariado durante los períodos de fermentación revolucionaria.

La idea de la huelga general es muy antigua. Los cartistas ingleses habían visto en ella el medio para arrancar a la burguesía el sufragio universal y abrir de ese modo la vía al socialismo. En su congreso de Bruselas de 1868, la Primera Internacional proclamó la "huelga de los pueblos contra la guerra". La Alianza Internacional de los bakuninistas declaró en su congreso de Ginebra de 1873 que la huelga general era el medio para reducir al hambre y derribar a la sociedad burguesa; que bas-

taba con detener por diez días el trabajo para que la sociedad actual se derrumbara. Los anarco-sindicalistas franceses elevaron la huelga general al rango de arma principal del proletariado; no serían los combates de barricadas de la revolución burguesa ni el parlamentarismo de los políticos los que darían la victoria al proletariado, sino la acción pacífica de los brazos cruzados. Estas eran generosas ilusiones, caracterizadas por una falsa apreciación de la relación entre las fuerzas capaces de intervenir y el objetivo fijado, ilusiones fundadas sobre la esperanza de que solamente a través de la propaganda la huelga general podía convertirse en realidad y durar lo bastante como para que la burguesía capitule.

Mientras tanto, la huelga de masas se había realizado por otras vías. En 1891 125.000 obreros belgas dejaron su trabajo, no para derribar a la burguesía por ese medio puramente económico, sino para conquistar, a través del sufragio universal, la libertad de movimiento político en el interior del orden burgués. Este objetivo no fue alcanzado de primera intención, pero en 1893, en una segunda ofensiva, 250.000 huelguistas consiguieron un sistema electoral mejorado que abrió a los obreros belgas los caminos del parlamento. Para obtener el sufragio universal, el Partido Obrero belga, aliado con los Liberales, lanzó en 1902 una nueva huelga general: 350.000 obreros participaron en ella. Pero los liberales defecionaron en el parlamento y la huelga se derrumbó. En el mismo año, los obreros suecos organizaron una gran manifestación y una huelga por el derecho del voto. En Francia, 160.000 mineros hicieron huelga y arrastraron a la lucha a otras corporaciones. En 1903 los ferroviarios comenzaron una huelga de carácter político que llevó a la proclamación de la huelga general. En setiembre de 1904, una ola de huelgas impetuosamente violentas y de gran amplitud se desató en Italia, y llegó hasta los combates callejeros en una serie de ciudades. Esto quiere decir que la huelga política ya había sido experimentada numerosas veces antes de que toda su importancia se manifestase en la revolución rusa. Pero en los dos países capitalistas más importantes de Europa la idea de la huelga general fue considerada con bastante frialdad. En Inglaterra, la idea misma parecía muerta después de la decadencia del movimiento cartista. En Alemania, luego del gran ensayo belga de 1893, Bernstein y Kautsky habían considerado a la huelga como un medio para defender los derechos políticos. Cuando en 1896 los reaccionarios alemanes se dedicaron a sembrar un ambiente de golpe de Estado, Parvus realizó

una campaña por la huelga política como medio para pasar de la defensiva a la ofensiva. Pero todo esto seguía perteneciendo al dominio de las consideraciones puramente académicas. Para una aplastante mayoría de dirigentes socialdemócratas, sólo había un axioma: la huelga general es la locura general. Cuando se dignaban a ofrecer argumentos, se apoyaban en Engels que había condenado resueltamente la huelga general tal como la habían recomendado los anarquistas. En *Los bakuninistas en acción*, Engels se opuso en 1873 a la idea de que se podía cercar por hambre a las clases poseedoras por medio de la huelga general, o también obligarlas a atacar y dar de este modo a los obreros el derecho de tomar las armas. Engels hacía notar que para los propios bakuninistas esta experiencia exigía una organización perfecta y una caja (de caudales) bien llena. Ahí estaba el error, porque ningún gobierno dejaría llegar hasta el final semejantes preparativos, y, "por otra parte, los acontecimientos políticos y los abusos de las clases gobernantes facilitarían la emancipación de los obreros mucho antes de que el proletariado llegue a reunir esa organización ideal y ese gigantesco fondo de reserva. Pero, si dispusiese de ambas cosas, no necesitaría dar el rodeo de la huelga general para llegar a la meta".<sup>5</sup>

La mayoría de los socialdemócratas que se ocupaban de problemas tácticos encontraron una confirmación de este juicio en el fracaso de la huelga general belga de 1902. Algunos miembros de la propia tendencia radical vieron en esta experiencia un último avatar de la táctica bakuninista, y declararon que semejantes pruebas de fuerza no tenían sentido, que conducían a conflictos armados y al abandono de la vía legal y que el poder sería conquistado mucho antes de tener las fuerzas necesarias para realizar una huelga victoriosa. De esta manera se edulcoraba el pensamiento de Engels. Rosa Luxemburg sostenía una opinión completamente diferente. Desde el comienzo del conflicto belga criticó vivamente las condiciones en las que se lo había iniciado y su análisis desembocaba en conclusiones que ningún otro se animaba a extraer. El error no había consistido en recurrir a la huelga general sino en dejar

<sup>5</sup> Durante mucho tiempo se vio aquí el juicio definitivo de Engels sobre la huelga general. Pero sus cartas de 1893 a Victor Adler y a Karl Kautsky, publicadas posteriormente, muestran que esto no es así. En esa época había en el partido austríaco una fuerte corriente en favor del recurso a la huelga general para imponer el sufragio universal. Engels se oponía a semejante prueba de fuerza en las condiciones existentes entonces en Austria, pero no rechazaba *a priori* ese medio de lucha.

que los liberales dictaran las formas que debía tomar. De este modo los trabajadores en huelga se habían transformado en simples figuras de una acción cuyas escenas principales se desarrollaban en el parlamento. Al renunciar, por respeto a la legalidad, a reunir a los huelguistas y organizar manifestaciones, al forzar a los trabajadores en lucha a permanecer en sus casas, se les privaba del sentimiento de su propia fuerza y se posibilitaban las vacilaciones. La huelga general era, por naturaleza, el primer estadio de la revolución en las calles. Pero todos se esforzaron por quitarle justamente ese carácter.

“Una huelga general a la que se le forja por adelantado las cadenas de la legalidad se parece a una manifestación guerrera con cañones cuya carga ha sido arrojada previamente al agua ante los ojos del enemigo. Una amenaza hecha «con los puños en los bolsillos» como lo aconsejaba seriamente *Le Peuple* a los huelguistas, no da miedo ni siquiera a un niño, y por lo tanto menos aún a una clase que lucha a muerte por su dominación política. Es por esto que en 1891 y 1893 bastó con que el proletariado belga cesase simple y serenamente de trabajar, para quebrar la resistencia de los clericales porque éstos llegaron a temer que la calma se transformase en agitación y las huelgas en revolución. Es por esto, una vez más, que no habría habido sin duda necesidad de violencia si los dirigentes no hubiesen retirado por adelantado la carga de las armas y transformado la marcha de guerra en desfile dominical y el trueno de la huelga en amenaza de reprimenda.”

El modo en que Rosa Luxemburg aborda por primera vez este problema se caracteriza ya por su negativa a aceptar las ideas corrientes basadas en la palabra del maestro. Ella estudió concienzudamente las ideas de Engels y comprobó que “se aplicaban a la teoría anarquista de la huelga general, es decir, a la teoría de la huelga general como medio de preparar la revolución social en oposición a la lucha política cotidiana de la clase obrera”. Para ella, las dos cosas van juntas y se complementan en ciertas situaciones. Por otra parte, la huelga general le parece un medio de carácter netamente revolucionario que exige una elevada combatividad obrera y no puede ser tratado según las reglas de las maniobras militares de rutina; además, sus consecuencias revolucionarias sólo se eluden al precio de la derrota y de la desmoralización.

La revolución rusa, que provocó un desarrollo considerable de los sentimientos revolucionarios, y el ejemplo directo de las inmensas huelgas de masas en Rusia destruyeron la barrera

psicológica que hasta ese momento había impedido a la mayoría de la socialdemocracia tener simpatía por la huelga política. Se constituyó entonces un interesante abanico de posiciones divergentes.

Salvo algunas raras excepciones, los dirigentes sindicales persistieron en su oposición de principio a la huelga política. Hasta allí sólo habían visto en la huelga general un producto del temperamento romántico de los pueblos latinos, que merecía un encogimiento de hombros. Pero cuando los obreros alemanes ya no estuvieron inmunizados contra ideas tan destructivas, comenzó una ruidosa ofensiva contra los "apóstoles de la huelga de masas" y "los románticos de la revolución". Esta campaña alcanzó su punto culminante en el congreso sindical de 1905 en Colonia, cuya consigna fue: "¡Los sindicatos tienen necesidad de calma antes que nada!" y que condenó toda discusión sobre esta cuestión como un juego peligroso y absurdo. Los móviles de esta actitud de los sindicatos eran claros. Temían perder su independencia táctica con respecto al partido, temían ver desaparecer el gran botín de guerra que habían logrado amasar e incluso tenían miedo de ver a sus organizaciones destruidas por el Estado en semejante prueba de fuerza. Por otra parte ellos se oponían a toda "experiencia" que hubiera podido perturbar el ingenioso sistema puesto en marcha para sus simulacros de combate contra el patronato. Tenían consigo a un grupo relativamente reducido de dirigentes reformistas que oían la revolución detrás de la huelga de masas y que de ningún modo querían atravesar los límites de la legalidad. Uno de sus portavoces, el jurista Wolfgang Heine, declaró, después de haber consultado minuciosamente el código penal, que la huelga de masas era ilegal, puesto que contravenía los párrafos sobre la ruptura de contrato y sobre la alta traición, por lo tanto era a la vez un pecado venial y un pecado mortal contra el orden burgués.

Por el contrario, toda una serie de hombres políticos reformistas se pronunciaron con entusiasmo a favor de la huelga política de masas. Veían en ella un medio de defender el sufragio universal, amenazado sin cesar, para las elecciones de los parlamentos de los Länder. Algunos esperaban incluso imponer por este medio el régimen parlamentario y realizar de este modo sus sueños más audaces de conquista progresiva del poder político a través de una política de coalición. Entre estos últimos estaban Eduard Bernstein, Friedrich Stampfer y Kurt Eisner. Se entusiasmaron con la huelga política porque

veían en ella sobre todo un arma que podía reemplazar a los combates callejeros por un medio pacífico.

La mayoría de los diputados, redactores y cuadros, reagrupados alrededor del buró del partido y que se bautizaron más tarde como "centro marxista", estaba cercana a esta posición. Condenaban la colaboración con los partidos burgueses y la entrada en un gobierno de coalición, pero esperaban conquistar la mayoría parlamentaria sobre la base de una verdadera democracia y realizar de este modo la revolución socialista. También para ellos la huelga de masas era un sustituto de la insurrección. Desde octubre de 1903, Rudolf Hilferding había expresado en *Die Neue Zeit* las concepciones de ese grupo: la detención de la producción es el único medio de coerción de que dispone el proletariado frente a la violencia coercitiva del Estado, ya que las barricadas se han vuelto imposibles. Si no se desea que la táctica parlamentaria sea bloqueada por los adversarios, es necesario que el derecho de voto sea apoyado por la voluntad de la huelga general. La huelga general debe convertirse en la idea reguladora de la táctica socialdemócrata; reguladora en el sentido de que cada proletario debe tener conciencia de que defiende todas sus conquistas a través de su posibilidad de actuar sobre el proceso vital de la sociedad; reguladora, además, porque no debe reemplazar al parlamentarismo; sino más bien proteger a la capacidad de acción política del proletariado de todo atentado; reguladora, finalmente, porque debe seguir siendo simplemente una idea, en lo posible. En consecuencia, la huelga general quedaba como un medio defensivo de puños cerrados y se esperaba ansiosamente que no se llegaría jamás a la situación de tener que abrirlos y golpear.

Todos estos defensores de la huelga de masas la concebían como una acción regularmente decidida por las instancias dirigentes de las organizaciones y ejecutada según reglas precisas por un ejército obrero rigurosamente disciplinado y sometido a la voluntad de sus jefes.

La concepción de Karl Kautsky parecía diferir fundamentalmente de todas estas ideas. No creía que en la Alemania prusiana, con un poder del Estado rigurosamente organizado, fuera posible arrancar concesiones o rechazar ataques de la reacción por medio de la huelga general. Si se recurría a esta arma era preciso estar listo a fugarse el todo por el todo y apoderarse del poder del Estado. La huelga general era un medio revolucionario que sólo podía ser empleado en una situación revolucionaria. Cuando desarrolló por primera vez estas ideas (*Neue*

*Zeit*, 1904), consideraba también a la huelga como el medio revolucionario que debía reemplazar a la insurrección. Pero la experiencia de la revolución rusa lo convenció de que no se podía rechazar como un desecho la insurrección, que la huelga general podía culminar en el levantamiento armado. Estas ideas parecían coincidir por completo con las de Rosa Luxemburg, las que efectivamente ejercieron una influencia sobre ellas. Pero las grandes diferencias aparecieron más tarde. Kautsky estaba predispuesto a extraer consecuencias revolucionarias cuando se trataba de otros países, del pasado o del porvenir lejano. Su tesis sobre la huelga general como arma de la revolución era la de que había que esperar hasta que la fatalidad histórica trajera la revolución.

#### HUELGA DE MASAS, PARTIDO Y SINDICATOS

Durante el congreso del partido en Jena, Rosa Luxemburg se sintió muy decepcionada por el espíritu estrecho, rutinario y pedestre que reinaba en los debates. No estaba de acuerdo con la resolución que limitaba el uso de la huelga general, considerándola como obligatoria en caso de ataque al sistema electoral. Sin embargo votó junto con la izquierda por la resolución de Bebel. Explicó esta actitud en una carta de Henriette Roland-Holst, del 2 de octubre de 1905:

“Estoy totalmente de acuerdo contigo en que la resolución de Bebel trata la cuestión de la huelga de masas de manera muy parcial y en forma anodina. Cuando nos enteramos de su contenido, en Jena, algunos de nosotros propusieron combatirla durante la discusión, defendiendo la huelga general como forma elemental de la revolución y no como receta mecánica de una acción política defensiva. Pero el discurso de Bebel dio un giro completamente distinto al asunto, y mucho más la actitud de los oportunistas (Heine, etc.). Como otras veces, nos vimos obligados nosotros, la «extrema izquierda», a combatir no contra Bebel, a pesar de nuestras diferencias básicas, sino junto a él contra los oportunistas. Hubiera sido un error táctico de nuestra parte intervenir en Jena en medio de la discusión directamente contra Bebel. Más bien había que ser solidario con Bebel y tratar de dar una tonalidad revolucionaria a la resolución. Esto sin duda lo hemos logrado. En efecto, la huelga de masas ha sido tratada en la discusión y por el mismo Bebel, sin que



tuviera plena conciencia de ello, como una forma de la lucha revolucionaria de las masas, y el espectro de la revolución dominaba claramente toda la discusión y el congreso... Desde el punto de vista táctico, podemos estar totalmente satisfechos de ese resultado..."<sup>6</sup>

Esperaba que con la continuación de la discusión en la prensa la consigna de la huelga de masas desplegaría su lógica interna. Pero esta expectativa fue defraudada desde el momento en que la revolución rusa no ejerció más su influencia exaltadora. La idea se diluyó cada vez más en debates periodísticos sin fin. Los acuerdos establecidos entre el buró del partido y la Comisión General de los sindicatos convirtieron a la resolución de Jena en un cuchillo sin hoja y sin mango. De este modo Rosa Luxemburg, estando en Finlandia, inmediatamente después de haber abandonado Varsovia, decidió exponer su propia concepción de las cosas oponiendo la experiencia viva de las luchas en Rusia a las construcciones mecanicistas que obsesionaban al resto de los dirigentes. Escribió *Huelga de masas, partido y sindicatos* que apareció justamente en el momento del congreso de Mannheim, en el otoño de 1906.

Esta obra revela la manera en que Rosa Luxemburg elaboraba sus posiciones sobre las formas de acción y los métodos, sobre la táctica multiforme de lucha de la clase obrera y por qué logró resolver cuestiones tales como por ejemplo la relación entre la lucha cotidiana y la realización del socialismo en una época en que las condiciones elementales de semejante solución apenas comenzaban a darse. En lo que respecta a la discusión sobre la huelga de masas los principales teóricos construían en sus cabezas un esquema donde todas las dificultades previsibles eran superadas de la manera más perfecta y donde las reglas establecidas garantizaban el éxito. Rosa Luxemburg no calculaba ni construía una solución modelo para el porvenir, sino que profundizaba en la experiencia viva, estudiando hasta en sus menores detalles el proceso histórico del enfrentamiento entre las clases conservando al mismo tiempo la conciencia de la unidad de ese proceso. De este modo lograba elevarse con una potencia visionaria por encima del instante, eliminando los azares debidos a las particularidades de la situación y resumía lo que tenía valor universal para un período histórico determinado, y lo hacía de tal manera que esa imagen de la realidad estaba penetrada de vida.

<sup>6</sup> En Henriette Roland-Holst, *Rosa Luxemburg*, Zurich, Jean Christophe Verlag, 1937.

Esta obra nació de la gran experiencia vivida en los puestos de combate de avanzada. En ellas se escucha el ruido del trueno de la revolución. Las luchas de masas que habían hecho estragos en Rusia durante los diez últimos años reviven en sus páginas, con la alternancia caprichosa de las situaciones, los asaltos y los retrocesos temporarios del movimiento en medio de la calma aparente, con la desproporción singular entre los pretextos insignificantes y las dimensiones grandiosas de las luchas, la imbricación y la interacción de las huelgas económicas, los éxitos y las derrotas. Constituye un poderoso fresco de la lucha entre grandes fuerzas sociales, un cuadro de un vigor plástico, de una vivacidad de colores y de un dinamismo tal como no hemos encontrado aún en ninguna otra pintura de la revolución de 1905.

El análisis de los acontecimientos descritos conduce primero a Rosa Luxemburg a conclusiones generales que son fundamentales para su concepción de la huelga de masas:

“En lugar de un esquema rígido y vacío que nos muestra una «acción» política lineal ejecutada con prudencia y según un plan decidido por las instancias supremas de los sindicatos, vemos un fragmento de vida real hecho de carne y de sangre que no se puede separar del medio revolucionario, unida por el contrario por mil vínculos al organismo revolucionario en su totalidad. La huelga de masas tal como nos la muestra la revolución rusa es un fenómeno tan fluido que refleja en sí todas las fases de la lucha política y económica, todos los estadios y todos los momentos de la revolución. Su campo de aplicación, su fuerza de acción, los factores de su desencadenamiento, se transforman de continuo. Repentinamente abre perspectivas nuevas a la revolución en un momento en que ésta parecía encaminarse hacia un estancamiento. Y se niega a funcionar en el momento en que se creía poder contar con ella con toda seguridad. A veces la ola del movimiento invade todo el Imperio; a veces se divide en una red infinita de pequeños arroyos, a veces brota del suelo como una fuente viva, a veces se pierde dentro de la tierra. Huelgas económicas y políticas, huelgas de masas y huelgas parciales, huelgas demostrativas o de combate, huelgas generales que afectan a sectores particulares o a ciudades enteras, luchas reivindicativas pacíficas o batallas callejeras, combates de barricada: todas estas formas de lucha se entrecruzan y se tocan, se atraviesan o desbordan una sobre la otra; es un océano de fenómenos eternamente nuevos y fluctuantes. Y la ley del movimiento de esos fenómenos aparece claramente: no reside en la huelga de masas en sí misma, en sus particularidades técnicas, sino en la relación de las fuerzas polí-

ticas y sociales de la revolución. La huelga de masas es simplemente la forma que adopta la lucha revolucionaria y toda desnivelación en la relación de la fuerza en lucha, en el desarrollo del partido y la división de las clases, en la posición de la contrarrevolución, influye inmediatamente sobre la acción de la huelga a través de mil caminos invisibles e incontrolables. Sin embargo, la acción de la huelga en sí misma no se detiene prácticamente ni un solo instante. No hace más que revestir otras formas, modificar su extensión, sus objetivos, sus efectos. Es el pulso de la revolución y al mismo tiempo su motor más poderoso. En una palabra; la huelga de masas, tal como nos la ofrece la revolución rusa, sólo es un medio ingenioso inventado para reforzar el efecto de la lucha proletaria, aunque representa el movimiento mismo de la masa proletaria, la fuerza de manifestación de la lucha proletaria en el curso de la revolución.”<sup>7</sup>

¿No generaliza demasiado la experiencia de la revolución rusa? ¿No identifica erróneamente huelga de masas y revolución? ¿No confunde arbitrariamente dos cosas de naturaleza diferente: la huelga económica y la huelga política? Naturalmente que Rosa Luxemburg sabe que las huelgas de protesta y las huelgas de masa aisladas con un fin político preciso tienen una importancia muy grande. Pero una huelga de protesta con la duración limitada por adelantado no representa la lucha de clases en toda su amplitud de igual modo que una demostración naval no significa una guerra. Así como la segunda se apoya sobre las tratativas diplomáticas, la primera se apoya en los medios de presión parlamentaria y puramente económica en un momento preciso de gran tensión social. Pero las huelgas de masas aisladas que, lejos de comenzar y desarrollarse según un plan determinado, estallaron como un volcán en erupción —por ejemplo, las dos huelgas belgas de 1891 y 1893 y el gran movimiento italiano de 1904— tuvieron siempre rasgos típicamente revolucionarios y nacieron en una situación revolucionaria que no había llegado a su madurez total. Para Rosa Luxemburg los estadios precursores de las huelgas de masas propiamente dichas tienen como tales una importancia extrema. Pero en su opinión la huelga de masas no es el producto artificial de una táctica adoptada, sino un fenómeno histórico-natural. De allí que sostenga que “la huelga de masas puramente política, con la que se opera preferentemente” es “un esquema teórico sin vida”. La idea de utilizar la huelga de masas como una palanca para sacar el movimiento de una impasse le

<sup>7</sup> Véase en el presente volumen, pp. 76-7.

parecía un objetivo extraño. Si faltan las condiciones para las acciones elementales, toda tentativa para provocarlas artificialmente tendrá consecuencias catastróficas. Porque "en realidad no es la huelga de masas la que produce la revolución sino la revolución la que produce la huelga de masas".

De esta concepción se desprendía también la respuesta a la cuestión del origen, la iniciativa y la organización de la huelga de masas:

"Si ella no significa un acto aislado sino todo un período de la lucha de clases, si este período se confunde con el período revolucionario, es claro que no se puede desencadenar arbitrariamente, incluso si la decisión emana de las instancias supremas del más poderoso de los partidos socialistas. Mientras no esté al alcance de la socialdemocracia el poner en acción o anular revoluciones a gusto, ni siquiera el entusiasmo y la impaciencia más fogosa de las tropas socialistas lograrán suscitar un período de huelgas de masas que constituya un movimiento popular potente y vivo... Una huelga de masas nacida simplemente de la disciplina y del entusiasmo desempeñará en el mejor de los casos sólo el papel de un síntoma de la combatividad de los trabajadores, después de lo cual la situación retornará a la apacible rutina cotidiana. Ciertamente, incluso durante la revolución las huelgas no caen del cielo. Es necesario que de una u otra manera sean realizadas por los obreros. La revolución y la decisión de la clase obrera desempeñará también un papel y es menester precisar que tanto la iniciativa como la dirección de las operaciones ulteriores incumben muy naturalmente a la parte más esclarecida y mejor organizada del proletariado: a la socialdemocracia. Pero esta iniciativa y esta dirección sólo se aplican a la ejecución de tal o cual acción aislada, de tal o cual huelga de masas cuando el período revolucionario está ya en curso y las más de las veces esto ocurre en el interior de una ciudad dada...

El elemento espontáneo, según ya vimos, desempeña un gran papel en todas las huelgas de masas en Rusia, ya sea como elemento impulsor, ya sea como freno. Pero esto es así no porque en Rusia la socialdemocracia sea aún joven y débil, sino por el hecho de que cada operación particular es el resultado de una infinidad tal de factores económicos, políticos, sociales, generales y locales, materiales y psicológicos, que ninguno de ellos puede definirse ni calcularse como un ejemplo aritmético... Si el elemento espontáneo desempeña un papel tan importante en Rusia, no es porque el proletariado ruso está «insuficientemente educado» sino porque las revoluciones no se aprenden en la escuela."<sup>8</sup>

<sup>8</sup> *Ibid.*, pp. 82-4.

Pero si la huelga de masas en lugar de ser aprovechada artificialmente se impone como una necesidad histórica, con el ardor y la espontaneidad de las masas, todas las preocupaciones por el aprovisionamiento y el sostenimiento de los combatientes y de las víctimas son superfluos. Porque la historia no pregunta si esas condiciones se cumplen.

"En el momento en que comienza un período de huelgas de masas de gran envergadura, todas las previsiones y cálculos de gastos son tan vanos como la pretensión de vaciar el océano con un vaso. En efecto, el precio que paga la masa proletaria por toda revolución es un océano de privaciones y de sufrimientos terribles. Un período revolucionario resuelve esta dificultad en apariencia insoluble desencadenando en la masa una suma tal de idealismo que la vuelve insensible a los sufrimientos más agudos."<sup>9</sup>

Pero si el estallido de la huelga de masas es tan independiente de la voluntad de las organizaciones, si su desarrollo está determinado por tantos factores incontrolables, si es en sí misma el producto inconsciente de la historia, ¿una discusión sobre ella tendría un alcance meramente teórico? Según Rosa Luxemburg era absurdo decidir que se reaccionaría con la huelga general ante la supresión del sufragio universal porque no se podía saber cómo reaccionarían las masas en una circunstancia semejante. Limitar la huelga de masas al papel de medio puramente defensivo debía necesariamente parecerle la expresión del miedo del partido ante sus tareas reales. Como es evidente, ella pensaba que la decisión espontánea de las masas dependía de numerosos factores imposibles de apreciar por adelantado, pero el partido podía y debía proporcionar un factor esencial: una visión precisa y clara de la lucha proletaria y de la huelga de masas en general, y un reforzamiento de la voluntad de lucha.

"La socialdemocracia es la vanguardia más esclarecida y consciente del proletariado. No puede ni debe esperar con fatalismo, con los brazos cruzados, que se produzca una «situación revolucionaria» ni que el movimiento popular espontáneo calga del cielo. Por el contrario, tiene el deber como siempre de adelantarse al curso de los acontecimientos, de buscar precipitarlos. No lo logrará lanzando al azar y no importa en qué momento, oportuno o no, la consigna de la huelga, sino más bien haciendo comprender a las capas más amplias del proletariado que la llegada de un período semejante es inevitable, explicándoles las

<sup>9</sup> *Ibid.*, pp. 84-5.

condiciones sociales internas que conducen a ello así como sus consecuencias políticas."<sup>10</sup>

"La tarea de «dirección» más importante en el período de la huelga de masas consiste en dar la consigna de la lucha, en orientar, en regular la táctica de la lucha política de manera tal que en cada fase y en cada instante del combate sea realizada y movilizada la totalidad del poder del proletariado ya comprometido y lanzado a la batalla y que este poder se exprese por la posición del partido en la lucha; es necesario que la táctica de la socialdemocracia nunca se encuentre, en lo que respecta a la energía y a la precisión, por debajo del nivel de la relación de las fuerzas en acción, sino que por el contrario sobrepase ese nivel; en tal caso dicha dirección política se transformará automáticamente en cierta medida en dirección técnica. Una táctica socialista consecuente, resuelta, avanzada, provoca en las masas un sentimiento de seguridad, de confianza, de combatividad; una táctica vacilante, débil, fundada en una sobrestimación de las fuerzas del proletariado, paraliza y desorienta a las masas. En el primer caso las huelgas estallan «espontáneamente» y siempre «en el momento oportuno»; en el segundo caso será inútil que el partido llame directamente a la huelga. Todo será en vano."<sup>11</sup>

## JEFES SIN VOCACIÓN

Rosa Luxemburg parecía atribuir al principio un papel muy subalterno en la huelga de masas a la dirección de la clase obrera, pero ese papel aparece como muy importante después de estas últimas explicaciones. Porque según sus ideas la dirección no entraba en acción sólo para la preparación técnica inmediata del gran combate; el carácter y la orientación política general del partido en todo el período que acababa de comenzar eran decisivos para el estallido y los alcances de las grandes luchas que se anunciaban. Los dirigentes gastados por la rutina de la pequeña guerra económica y de las escaramuzas parlamentarias, ¿se encontrarían a la altura de esta tarea? Rosa Luxemburg no se hacía ilusiones sobre esto. En esa misma discusión observó cómo ocupaba un primer plano un tipo de burócrata obrero que le repugnaba profundamente, puesto que unía a su pobreza intelectual

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 97.

<sup>11</sup> *Ibid.*, pp. 85.

tual, a su estrechez de miras, a su falta de bríos, una suficiencia ostentosa. En el congreso sindical de Colonia, estos burócratas persuadidos de ser los únicos expertos autorizados, cuando en realidad estaban muy por debajo de su misión histórica, habían estrechado filas. Ya en esa época ella los había fustigado por su "mediocridad satisfecha, difusa, segura de sí misma, que encuentra en sí misma una gran alegría, se embriaga consigo misma y se cree por encima de todas las experiencias del movimiento obrero internacional". A partir del año precedente este grupo de personas había acrecentado sin duda su dominio sobre el movimiento obrero alemán, había logrado incluso dominar el buró del partido. Cuando Rosa Luxemburg redactó su libro sobre la huelga de masas, tuvo grandes deseos de poner en su lugar a esos adversarios encarnizados de una política revolucionaria que estuviera a la altura de la época. Analiza el tipo del dirigente sindical y aunque haya tratado seriamente de contenerse, su cólera estalla violentamente en algunos momentos.

Pero lo que le interesaba antes que nada en esta discusión era responder a las cuestiones relacionadas con el papel de los sindicatos en la huelga de masas. Independientemente de su miedo a la revolución, los dirigentes sindicales tenían dos preocupaciones esenciales: ¿será realizable una huelga de masas sin que la mayoría de los trabajadores esté organizada y sin que existan garantías en la aplicación de las decisiones? La segunda cuestión es: ¿no se derrumbará la organización sindical bajo el enorme peso de la tarea que representa una huelga de masas? Por su parte, Rosa Luxemburg veía en estas preguntas el producto de una concepción esquemática según la cual la huelga de masas es decidida arbitrariamente y dirigida en función de reglas astutamente inventadas. Si la condición previa de la huelga política era una organización casi perfecta de la clase, no había ni qué soñar con poder realizarla y todas las huelgas de ese género que habían tenido lugar hasta este momento habían contravenido esas condiciones fundamentales. Los sindicatos tenían para ese entonces alrededor de 1.500.000 miembros, o sea un décimo de los trabajadores. La gran masa de obreros no calificados no estaba prácticamente sindicalizada. Al mismo tiempo los cuadros sindicales consideraban a importantes fracciones de la clase obrera, por ejemplo los trabajadores del Estado, los obreros agrícolas entre otros, como capas que era imposible ganar para la organización sindical. Sin embargo, Rosa Luxemburg veía en esas capas la gran reserva para una huelga de masas poderosa. Todas las veces que ese médio

de lucha había sido ensayado se había revelado como una poderosa palanca de organización de las masas; durante la revolución rusa, esos millones de trabajadores de las capas atrasadas habían despertado a la conciencia de clase y a la organización gracias a la efervescencia revolucionaria. Para Rosa Luxemburg no había dudas de que en los países capitalistas de Europa occidental una situación revolucionaria provocaría también esa subversión en profundidad. Mientras que los guardianes de los sindicatos alemanes temían que la tormenta quebrase sus organizaciones como si fueran una preciosa porcelana, Rosa Luxemburg estaba convencida de que emergerían de esta tormenta jóvenes y vigorosas, más fuertes que antes. Un período revolucionario en Alemania cambiaría también el carácter de la lucha sindical, la elevaría a una potencia tal que la pequeña guerrilla practicada hasta allí sólo parecería un juego de niños.

En su libro Rosa Luxemburg explicaba las concepciones estrechas, esquemáticas y rutinarias, tanto de los parlamentarios como de los dirigentes sindicales, por su especialización en tareas precisas y a menudo difíciles que les ocultaban las perspectivas más amplias. La lección que Rosa Luxemburg les ofrecía ahora, las vastas perspectivas de su concepción dialéctica de la historia, chocaban con los mismos límites intelectuales. Los dirigentes sindicales sobre todo vieron en la exposición de Rosa Luxemburg y en todo lo que superaba a su propia experiencia, el producto de un romanticismo revolucionario excesivo o de un odio extremo contra los sindicatos. Es por eso que cayeron con todas sus fuerzas sobre ella y sobre su folleto, sin inclinarse seriamente sobre los problemas planteados. Al principio el folleto tuvo un tiraje limitado dedicado a los delegados del congreso de Mannheim. La autora cedió luego a las instancias de la dirección del partido y suprimió algunas fórmulas demasiado brutales. Inmediatamente la prensa reformista proclamó ruidosamente su triunfo hablando de la "capitulación" de Rosa. El asunto merece ser mencionado porque dio a Franz Mehring la ocasión de decir lo que Rosa Luxemburg representaba como teórica para el movimiento obrero internacional:

"La camarada Rosa Luxemburg dio pruebas de la misma «objetividad distinguida» (de la que se jactan los reformistas) al renunciar a toda expresión violenta, a pesar de los ataques acerbos e injustos de que fue objeto por parte de ese sector de la prensa sindical, y lo hizo desde el momento en que entrevió la posibilidad de una discusión objetiva. A cambio de esto es escarñada, no por la prensa burguesa, cuyo espíritu estúpido se en-



saña con predilección con ella, sino por un miembro de la prensa socialdemócrata. No es una cosa agradable, tanto más cuanto que esos ataques de mal gusto contra la cabeza más genial que haya surgido hasta ahora entre los herederos científicos de Marx y Engels, tienen como motivación el hecho de que esta cabeza es soportada por hombros de mujer." (*Die Neue Zeit*, julio de 1907.)

### ¿UNA TEORÍA DE LA ESPONTANEIDAD?

En su libro sobre la huelga de masas, aunque también en otras ocasiones, hace notar con insistencia que los movimientos revolucionarios no pueden ser "fabricados", ni resultar de resoluciones de una instancia del partido, sino que estallan espontáneamente en determinadas condiciones históricas. Esta manera de ver las cosas no ha dejado de ser confirmada por la historia, ciertamente, pero no por eso se ha dejado menos de acusar a Rosa Luxemburg por haber pecado gravemente en ese punto. Se ha deformado hasta la caricatura su pensamiento, para afirmar luego que ella había creado una teoría de la espontaneidad, que había sido la víctima de una mística o incluso de una mitología de la espontaneidad. Zinóviev ha sido el primero en lanzar esta acusación manifiestamente, para reforzar la autoridad del partido ruso en la Internacional comunista. Otros la han desarrollado y repetido tan a menudo que finalmente se ha transformado en un axioma político-histórico que no tiene ya necesidad de pruebas. Para elucidar la posición de esta gran revolucionaria sobre la acción revolucionaria, es necesario estudiar más detenidamente estos ataques.

La acusación es la siguiente: negación o al menos reducción condenable del papel del partido como dirigente en la lucha de clase, idolatría de las masas, sobrestimación de los factores impersonales y objetivos, negación o subestimación de la acción consciente y organizada, automatismo y fatalismo en la concepción del proceso histórico. De todo esto se extrae la conclusión de que según Rosa Luxemburg la existencia del partido no está en absoluto justificada.

Estos reproches tienen algo de grotesco si pensamos que son dirigidos a una militante plena de una necesidad de acción tan grande que no cesaba de incitar a las masas y a los individuos a actuar y que tenía como divisa: ¡En el principio fue la acción! Y es ella quien habría predicado una filosofía según la cual la historia sigue su curso sin cuidarse de los hombres a quienes

sólo restaría abandonarse a su destino? En una carta muy evocadora donde revela algo de su naturaleza íntima (carta a Kautsky del 13 de julio de 1900), recuerda el sentimiento opresivo que se apoderaba de ella cada vez que contemplaba la cascada del Rin y escribe con una dosis de malicia:

"[...] cada vez que... contemplo... aquel terrible espectáculo, aquella espuma que salta, aquel abismo blanco de agua hervorosa, y oigo aquel tumulto ensordecedor, mi corazón se contrae y algo en mi interior dice: «He ahí el enemigo.» ¿Le sorprende a usted? Pues sí, es el enemigo de la vanidad humana que, creyéndose algo, cae de repente rodando en la nada. Por lo demás, es el mismo sentido de ese modo de concebir el mundo para el que todo lo que acontece encierra la misma enseñanza, la de las palabras de Ben Akiba: «Siempre ha sido así», «las cosas marchan solas», etc., y para quien el hombre, su voluntad, su poder, su ciencia, no significan nada... Por eso odio yo esa filosofía, *mon cher Charlemagne*, y abrazo la idea de que es preferible precipitarse en la cascada del Rin y perecer en ella como una cáscara de nuez, antes que doblar, sumisos, la cerviz, y dejar mugir el agua como mugía en el tiempo de nuestros antepasados y como seguirá mugiendo después de nosotros."<sup>12</sup>

¡Es preferible precipitarse a la cascada del Rin antes que renunciar a dominar el curso de la historia! Por supuesto que ni los mismos críticos podían negar esta indomable voluntad de acción y en su oportunidad hicieron esta concesión: Sea, pero la acción política de Rosa Luxemburg estaba en contradicción flagrante con su teoría. Extraño reproche dirigido a una mujer que tenía un pensamiento tan penetrante y cuya acción estaba dirigida y dominada por el pensamiento. Rosa Luxemburg, no obstante, ha cometido un "error". Cuando escribía no pensaba en esas gentes demasiado inteligentes que, después de su muerte, corregirían esos esbozos. De este modo se pueden extraer de su obra docenas de citas en apoyo de su "teoría de la espontaneidad". Ella escribía para su tiempo y para el movimiento obrero alemán en el que la organización había dejado de ser un medio para pasar a ser un fin. Cuando en un congreso del partido Rosa Luxemburg dijo que no se podía saber cuándo estallaría una huelga de masas, Robert Leinert le gritó: ¡Sí, el buró del partido y la comisión general lo saben! Pero sólo era, tanto en él como en los demás, la expresión de una voluntad de acción. Temían arriesgar la

<sup>12</sup> *Briefe an Karl und Luise Kautsky (1896-1918)*. Berlín, E. Laub'sche Verlagsbuchhandlung, 1923. [En castellano, véase *Cartas de la prisión* cit., p. 41 - N. del E.]

organización en una gran lucha. Su voluntad de evitar y de impedir una lucha semejante se escondía detrás de la afirmación —mitad pretexto, mitad convicción— de que la clase obrera debía estar enteramente organizada primero. Rosa Luxemburg lo sabía y por eso tenía que subrayar especialmente el elemento espontáneo en las luchas de carácter revolucionario, para preparar a los dirigentes y a las masas para los acontecimientos esperados; haciendo esto se inmunizaba contra las falsas interpretaciones. Lo que ella entendía por espontaneidad lo expresaba bastante claramente. Para combatir la idea de una huelga general preparada por la dirección del partido, ejecutada metódicamente como una huelga reivindicativa habitual, despojada de todo carácter impetuoso, recordó una vez más las huelgas belgas de 1891 y 1893:

“La diferencia está en el hecho de que las huelgas de masas de los años 90 eran un movimiento espontáneo, nacido de una situación revolucionaria, de la agravación de la lucha y de la energía extremadamente tensa de las masas obreras. Esto no quiere decir que las huelgas eran caóticas, sin plan, sin frenos, sin jefes. Por el contrario, precisamente en estas dos huelgas la capa de los dirigentes formaba una unidad con las masas, marchaba a su cabeza, las conducía y dominaba perfectamente el movimiento, porque se encontraba justamente en contacto con las pulsaciones de las masas, se adaptaba a ellas, sólo era su portavoz, constituía la expresión consciente de los sentimientos y las aspiraciones de las masas.”

La espontaneidad de tales movimientos no excluye por lo tanto la dirección consciente, por el contrario, la exige. Más aún, para Rosa Luxemburg la espontaneidad no cae del cielo. Ya lo hemos demostrado más arriba y podríamos acumular las citas al respecto. Cuando en 1910 las masas obreras alemanas se agitaron por la cuestión del sistema electoral prusiano, ella reclamó de la dirección del partido un plan para la prosecución de la acción e incluso hizo algunas proposiciones en tal sentido. Condenó la “espera de los acontecimientos elementales” y reclamó la prosecución de la acción en el sentido de una potente ofensiva. Durante la guerra, en su folleto firmado con el seudónimo de *Junius* señaló qué importancia podría tener para el estallido de las acciones de masa la única tribuna libre que existía, el parlamento, si hombres como Liebknecht se apoderaran de él sistemática y resueltamente. Y la esperanza que ella depositaba en las masas no disminuía el papel y la misión del partido. Cuando en 1913 combatía la “estrategia del agotamiento” defendida por Kautsky, escribía:

“Ciertamente, los dirigentes que frenan el movimiento serán finalmente rechazados por las masas en su impulso. Pero limitarse a esperar tranquilamente este feliz acontecimiento como un signo cierto de que los tiempos están «maduros» es cosa que puede convenir a un filósofo solitario. Para la dirección de un partido sería un signo de indigencia y de quiebra moral. La misión de la socialdemocracia y la de sus jefes no consiste en ser arrastrados por los acontecimientos, sino en adelantárseles conscientemente, en abarcar con una mirada el sentido de la evolución y en abreviar esta evolución, por medio de una acción consciente, en acelerar su marcha.”

Seguramente Rosa Luxemburg subestimó el papel paralizante que una dirección hostil a la lucha puede ejercer sobre las masas y tal vez sobrestimó la actividad elemental, contando con ella mucho antes de que intervenga efectivamente. Ella hizo lo que estuvo a su alcance para azuzar a la dirección de la socialdemocracia alemana. Y la sobrestimación de las masas es el “error” inevitable de todo verdadero revolucionario; tal “error” nace de una ardiente necesidad de ir hacia adelante y del reconocimiento de esta profunda verdad: sólo las masas llevan a cabo las grandes transformaciones de la historia. Sin embargo su confianza en las masas no tenía nada de místico. Conocía todas sus debilidades y había podido comprobar suficientemente sus defectos en los movimientos contrarrevolucionarios. Una carta que escribió desde la prisión a Mathilde Wurm, el 16 de febrero de 1917, después de sentirse durante dos años atormentada por el pensamiento del desfallecimiento de las masas, muestra bien los vínculos estrechos que guardaba con ellas:

“Nada hay más cambiante que la psicología humana. Tanto más cuanto que la psiquis de las masas oculta siempre en su interior todas las posibilidades latentes, como Thalatta, el mar eterno, la calma mortal y la tempestad que ruga, la cobardía más vil y el heroísmo más salvaje. Las masas son siempre lo que es necesario que sean en función de las circunstancias y siempre están a punto de convertirse en algo totalmente distinto de lo que parecen ser. ¡Valiente capitán sería aquel que sólo fijara su ruta en función del aspecto momentáneo de la superficie del agua y no supiera prever las tempestades tomando en cuenta los signos que vienen del cielo y de las profundidades! Mi querida, ser decepcionado por las masas es siempre lo más bochornoso que le puede pasar a un dirigente político. Un dirigente de gran estilo no basa su táctica en el humor momentáneo de las masas, sino en las leyes de hierro de la evolución, mantiene su

táctica a pesar de las decepciones, y por lo demás deja a la historia llevar adelante con toda calma su obra de maduración...”<sup>13</sup>

El pretendido mito de la espontaneidad de Rosa Luxemburg no se mantiene en pie. La existencia de semejante teoría es un mito en sí misma, fabricado con intenciones políticas particulares y utilizado por segundones limitados y serviles, que creen poder dirigir y burlar impunemente un partido.

Lo que en este punto ha conducido a las gentes de buena fe a los malentendidos es la incapacidad de reconocer la esencia dialéctica de la necesidad histórica. Para Rosa Luxemburg había “leyes de hierro de la evolución”. Pero los ejecutores de esas leyes eran los hombres, las masas de millones de hombres, su actividad y sus desfallecimientos. Según cómo es la acción de esas masas y de esas organizaciones (Estado, partido, etc.), esas leyes se realizan más o menos rápido, más o menos lentamente, directamente o por caminos desviados. E incluso cuando la historia en su marcha pasa por abismos antes de ir hacia las cimas, recrea sin cesar situaciones que sirven a esas leyes de la evolución. El próximo gran avatar de la historia era para Rosa Luxemburg la destrucción del capitalismo, necesidad histórica que la clase obrera debía fijarse conscientemente como objetivo para poder cumplirlo. Rosa Luxemburg tenía suficientes bríos como para ser temeraria, pero sometía estos bríos a la disciplina del conocimiento y de este modo reunía bastante paciencia activa como para dejar madurar las cosas, para que los hombres mismos maduren para las acciones decisivas.

Muy pronto Rosa Luxemburg debió reconocer que los ímpetus provocados en la clase obrera internacional por la revolución rusa de 1905 habían decaído. Y aunque la discusión sobre la huelga de masas continuase ella casi no participó. Las discusiones puramente teóricas sobre problemas tácticos no eran de su gusto. Sólo cuando las masas se volvieron a poner en movimiento intervino de nuevo en la discusión, para provocar actos.

<sup>13</sup> Rosa Luxemburg, *Briefe an Fraunde*. Hamburg, Europäische Verlagstalt, 1950, p. 47.



ROSA LUXEMBURG  
HUELGA DE MASAS, PARTIDO  
Y SINDICATOS





Casi todos los escritos y declaraciones del socialismo internacional que tratan de la cuestión de la huelga general datan de la época anterior a la revolución rusa, experiencia en la que este medio de lucha fue utilizado en vasta escala por primera vez en la historia. Ello explica el envejecimiento de la mayoría de dichos textos. En su concepción se inspiran en Engels quien, criticando a Bakunin y a su manía de fabricar artificialmente la revolución en España, escribía en 1873:

“En el programa bakuninista, la huelga general es la palanca de que hay que valerse para desencadenar la revolución social. Una buena mañana, los obreros de todos los gremios de un país, y hasta del mundo entero dejan el trabajo y, en cuatro semanas a lo sumo, obligan a las clases poseedoras a darse por vencidas, o a lanzarse contra los obreros, con lo cual dan a éstos el derecho a defenderse y a derribar, aprovechando la ocasión, toda la vieja organización social. La idea dista mucho de ser nueva; primero los socialistas franceses y luego los belgas se han hartado, desde 1848, de montar este palafrén que es, sin embargo, por su origen, un caballo de raza inglesa. Durante el rápido e intenso auge del cartismo entre los obreros británicos, que siguió a la crisis de 1837, se predicó, ya en 1839, el «mes santo», el paro en escala nacional (v. Engels, *La situación de la clase obrera en Inglaterra*, segunda edición, p. 234); y la idea tuvo tanta resonancia que los obreros fabriles del norte de Inglaterra intentaron ponerla en práctica en julio de 1842. También en el congreso de los aliancistas celebrado en Ginebra el 1 de septiembre de 1873 desempeñó un gran papel la huelga general, si bien se reconoció por todo el mundo que para esto hacía falta una organización perfecta de la clase obrera y una caja bien repleta. De una parte, los gobiernos, sobre todo si se les deja envalentonarse con el abstencionismo político, jamás permitirán que la organización ni las cajas de los obreros lleguen tan lejos; y, por otra parte, los acontecimientos políticos y los abusos de las clases gobernantes facilitarán la emancipación de los obreros mucho antes de que el proletariado llegue a reunir esa organización ideal y ese gigantesco fondo de reserva. Pero, si dispusiese de ambas cosas, no necesitaría dar el rodeo de la huelga general para llegar a la meta.”<sup>1</sup>

<sup>1</sup> F. Engels, *Los bakuninistas en acción*, en K. Marx-F. Engels, *La revolución española*, Edic. Lenguas Extranjeras, Moscú, s/f., pp. 196-197.

En los años siguientes, la actitud de la socialdemocracia internacional frente a la huelga de masas se fundó en una argumentación semejante. Esta concepción está dirigida contra la teoría anarquista de la huelga general que opone esta acción a la lucha política cotidiana de la clase obrera. Y gira alrededor de un dilema muy simple: o bien el proletariado en su conjunto no dispone todavía ni de organización ni de fondos considerables —y entonces no puede realizar la huelga general—, o bien los obreros están lo suficientemente organizados como para no tener necesidad de la huelga general. A decir verdad, esta argumentación es tan simple y tan inatacable, que durante un siglo prestó inmensos servicios al movimiento obrero moderno, ya sea para combatir en nombre de la lógica a las quimeras anarquistas, ya sea como medio auxiliar para llevar la idea de la lucha política a las capas más profundas de la clase obrera. Los progresos gigantes del movimiento obrero en todos los países modernos en el curso de los últimos veinticinco años prueban de una manera brillante la táctica de la lucha política preconizada por Marx y Engels, en oposición al bakuninismo; y la socialdemocracia alemana, con su pujanza actual, con su colocación en la vanguardia de todo el movimiento obrero internacional, es en gran parte el producto directo de la aplicación consecuente y rigurosa de esta táctica.

Pero ahora la revolución rusa ha sometido esta argumentación a una revisión fundamental. Por primera vez en la historia de las luchas de clases, ha permitido una realización grandiosa de la idea de la huelga de masas e incluso —ya lo explicaremos más en detalle— de la huelga general, inaugurando de este modo una época nueva en la evolución del movimiento obrero.

Es cierto que no podemos concluir de esto que Marx y Engels sostuvieron erróneamente la táctica de la lucha política, o que la crítica que hicieron del anarquismo es falsa. Muy por el contrario, se trata de los mismos razonamientos, de los mismos métodos en los que se inspira la táctica de Marx y Engels y que funda todavía hoy la práctica de la socialdemocracia alemana y que, en la revolución rusa, han producido nuevos elementos y nuevas condiciones de la lucha de clases.

La revolución rusa, esa misma revolución que constituye la primera experiencia histórica de la huelga general, no sólo no ha rehabilitado al anarquismo, sino que incluso equivale a una liquidación histórica del anarquismo. Se podría pensar que el reinado exclusivo del parlamentarismo durante un período tan largo explicaba tal vez la existencia vegetativa a que estaba

condenada esta tendencia por el poderoso desarrollo de la socialdemocracia alemana. Se podría suponer ciertamente que el movimiento orientado exclusivamente hacia la "ofensiva" y la "acción directa", una "tendencia revolucionaria" en el sentido más estrecho, había sido simplemente adormecida por el traqueteo de la *routine* parlamentaria, pero estaba pronta a despertarse en el momento de un retorno al período de lucha abierta, en una revolución callejera, y desplegando entonces su fuerza interna.

Rusia sobre todo parecía particularmente preparada para servir de campo de experiencias a las hazañas anarquistas. Un país donde el proletariado no tenía absolutamente ningún derecho político y sólo poseía una organización extremadamente débil, una mezcla confusa de poblaciones distintas, con intereses muy diversos, que se desplazaba y entrecruzaba; el bajo nivel cultural en el que vegetaba la gran masa del pueblo; la más extrema brutalidad empleada por el régimen reinante, todo esto debía contribuir a dar al anarquismo un poder repentino, aunque quizás efímero. Al fin de cuentas, ¿acaso Rusia no era históricamente la cuna del anarquismo? Sin embargo, la patria de Bakunin debía convertirse en la tumba de su doctrina. No sólo los anarquistas no estuvieron ni están a la cabeza del movimiento de huelga de masas en Rusia, no sólo la dirección política de la acción revolucionaria y también de la huelga de masas están totalmente en manos de las organizaciones socialdemócratas —denunciadas con encarnizamiento por los anarquistas como "un partido burgués"— o en manos de organizaciones socialistas influenciadas de algún modo por la socialdemocracia o cercanas a ella, como el partido terrorista de los "socialistas revolucionarios",<sup>2</sup> sino que el anarquismo es absolutamente inexistente en la revolución rusa como tendencia política seria.

En una pequeña ciudad de Lituania, donde las condiciones son particularmente difíciles —donde los obreros tienen orígenes nacionales muy diversos, la pequeña industria está muy espaciosa, y el nivel del proletariado es muy bajo—, en Bialistok, se cuentan, entre los seis o siete grupos revolucionarios diferentes, un puñado de "anarquistas" o pretendidamente tales, que mantienen con todas sus fuerzas la confusión y el desorden de la clase obrera. Se puede también observar en Moscú y tal vez en dos o tres ciudades más un puñado de gente de este tipo. Pero

<sup>2</sup> El partido socialista revolucionario, creado en 1900 por Chernov. Here-dero del socialismo tradicional ruso preconizaba la colectivización de la tierra en el marco del *mir*. Estaba compuesto de dos ramas, una de ellas terrorista, responsable entre otros del asesinato de tres ministros del Interior y del Gran Duque Sergio en 1905,

aparte de estos escasos grupos "revolucionarios", ¿cuál es el papel desempeñado por el anarquismo en la revolución rusa? Se ha convertido en el portaestandarte de vulgares ladrones y saqueadores; bajo el rótulo del "anarco-comunismo" se cometieron gran parte de esos innumerables robos y pillajes a particulares que, en este período de depresión, de reflujo momentáneo de la revolución, se expanden como una ola de fango. El anarquismo en la revolución rusa no es la teoría del proletariado militante, sino el portaestandarte ideológico del *lumpenproletariat* contrarrevolucionario, que gruñe como una bandada de tiburones tras la estela del navío de guerra de la revolución. Y de esta manera concluye, sin duda, la carrera histórica del anarquismo.

Por otra parte, la huelga de masas fue practicada en Rusia no como un medio de instalarse de entrada, mediante un golpe de efecto, en la revolución social, ahorrándose la lucha política de la clase obrera y particularmente el parlamentarismo sino como un medio de crear primero para el proletariado las condiciones de la lucha política cotidiana y en particular del parlamentarismo. En Rusia, la población laboriosa y a la cabeza de ésta, el proletariado, llevan adelante la lucha revolucionaria sirviéndose de las huelgas de masas como del arma más eficaz para conquistar precisamente esos mismos derechos y condiciones políticas cuya necesidad e importancia en la lucha por la emancipación de la clase obrera fueron demostradas por Marx y Engels, quienes las defendieron con todas sus fuerzas en el seno de la Internacional, oponiéndose al anarquismo. De este modo, la dialéctica de la historia, la roca sobre la cual reposa toda la doctrina del socialismo marxista, tuvo por resultado que el anarquismo, ligado indisolublemente a la idea de la huelga de masas, haya entrado en contradicción con la práctica de la propia huelga de masas. Y esta última, a su vez combatida en otra época como contraria a la acción política del proletariado, aparece hoy como el arma más poderosa de la lucha política por la conquista de los derechos políticos. Si es verdad que la revolución rusa obliga a revisar fundamentalmente el antiguo punto de vista marxista respecto de la huelga de masas, sólo el marxismo, sin embargo, sus métodos y sus puntos de vista generales, podrán alcanzar la victoria bajo una nueva forma. "La mujer amada por Moro sólo puede morir a manos de Moro".<sup>3</sup>

<sup>3</sup> Las palabras sobre la prometida de Karl Moor (Moro en castellano) están tomadas del célebre drama de Schiller, *Los Bandidos*.

## II

Por lo que respecta a la huelga de masas, los acontecimientos en Rusia nos obligan a revisar antes que nada la concepción general del problema. Hasta el presente, aquellos que eran partidarios de "ensayar la huelga de masas" en Alemania, los Bernstein, Eisner, etc. así como los adversarios rigurosos de semejante tentativa, representados en el sindicato por ejemplo por Bömelburg,<sup>4</sup> se atañían a una misma concepción, a saber la concepción anarquista. Los polos opuestos en apariencia no sólo no se excluyen, sino que se condicionan y complementan recíprocamente. Para la concepción anarquista de las cosas, en efecto, la especulación sobre la "gran conmoción", sobre la revolución social, constituye solamente algo exterior y no esencial; lo esencial es la manera totalmente abstracta, antihistórica de considerar tanto la huelga de masas como por otra parte, las condiciones de la lucha proletaria. El anarquista no concibe sino dos condiciones materiales previas de esas especulaciones "revolucionarias"; primero el "espacio etéreo" y luego la buena voluntad y el coraje para salvar a la humanidad del valle de lágrimas capitalista donde gime hasta el presente. Es en ese "espacio etéreo" donde nació tal razonamiento hace más de sesenta años, época en que la huelga de masas era ya el medio más corto, seguro y fácil de efectuar el salto peligroso hacia un más allá social mejor. Es en ese mismo "espacio abstracto" donde nació recientemente la idea, surgida de la especulación teórica, de que la lucha sindical es la única "acción de masas directa" real y, en consecuencia, la única lucha revolucionaria —último estribillo, como se sabe, de los "sindicalistas" franceses e italianos. Pero para desgracia del anarquismo, los métodos de lucha improvisados en el "espacio etéreo" se revelaron siempre como meras utopías; además, como la mayoría de las veces se negaban a considerar la triste y despreciable realidad, dejaban insensiblemente de ser teorías revolucionarias para convertirse en auxiliares prácticas de la reacción.

Ahora bien es sobre el mismo terreno de la consideración abstracta y despreocupada por la historia donde se colocan hoy por una parte quienes quisieran desencadenar próximamente en Alemania la huelga de masas en un día determinado del calen-

<sup>4</sup> Bömelburg, sindicalista alemán de la Federación de la Construcción (1862-1912). En el Congreso de Colonia, en 1906, rechazó las tentativas de introducir una nueva táctica basada en la huelga política de masas.

ario, mediante un decreto de la dirección del partido, y por otra parte aquellos que, como los delegados del congreso sindical de Hamburgo, quieren liquidar definitivamente el problema de la huelga de masas prohibiendo su "propaganda". Tanto una como otra tendencia parten de la idea común y absolutamente anarquista de que la huelga de masas es sólo un arma puramente técnica que podría, según se lo juzgue útil y a voluntad, ser "decidida" o inversamente "prohibida", como un cuchillo que se puede mantener, ante toda eventualidad, metido en el bolsillo o por el contrario listo para ser usado cuando uno lo decide. Indudablemente los adversarios de la huelga de masas reivindican con justicia el mérito de tener en cuenta el terreno histórico y las condiciones materiales de la situación actual en Alemania, en oposición a los "románticos de la revolución" que flotan en el espacio inmaterial y se niegan absolutamente a encarar la dura realidad, sus posibilidades e imposibilidades. "Hechos y cifras, cifras y hechos" exclaman como Grangrind en *Los tiempos difíciles* de Dickens. Lo que los adversarios sindicalistas de la huelga de masas entienden por "terreno histórico" y "condiciones materiales" son dos elementos diferentes: por una parte la debilidad del proletariado, por otra la fuerza del militarismo prusiano.

La insuficiencia de las organizaciones obreras y el estado de los fondos, el poder de las bayonetas prusianas: tales son los "hechos y cifras" sobre los que esos dirigentes sindicales fundan su concepción práctica del problema. Es cierto que tanto la caja sindical como las bayonetas prusianas constituyen incontestablemente hechos materiales e incluso muy históricos, pero la concepción política fundada sobre esos hechos no es el materialismo policial del tipo del de Puttkammer.<sup>5</sup> Incluso los representantes del Estado policial confían mucho y hasta de modo exclusivo en la potencia efectiva del proletariado organizado a cada momento y en el poder material de las bayonetas. Del cuadro comparativo de esas dos cifras no dejan de extraer esta conclusión tranquilizadora: el movimiento obrero revolucionario es producido por dirigentes, agitadores; ergo tenemos en las prisiones y en las bayonetas un medio suficiente para convertirnos en amos de ese "fenómeno pasajero y desagradable".

La clase obrera consciente de Alemania ha comprendido desde hace tiempo la comicidad de esta teoría policial según la cual todo el movimiento obrero sería el producto artificial y arbitrario de un puñado de "agitadores y dirigentes" sin escrúpulos. Vemos

<sup>5</sup> Puttkammer, 1828-1900, Ministro del Interior de Alemania de 1881 a 1888.

manifestarse la misma concepción cuando dos o tres bravos camaradas forman un piquete de guardianes voluntarios para alertar a la clase obrera alemana contra los manejos peligrosos de algunos "románticos de la revolución" y de su "propaganda en favor de la huelga de masas"; o también cuando desde el sector adversario se asiste al lanzamiento de una campaña indignada y lacrimosa por parte de aquellos que, sintiéndose decepcionados en su espera de una explosión de la huelga de masas en Alemania, se creen frustrados por no se sabe qué acuerdos "secretos" entre la dirección del partido y el consejo central de los sindicatos. Si el desencadenamiento de las huelgas dependiese de la "propaganda" incendiaria de los "románticos de la revolución" o de las decisiones secretas o públicas de los comités directivos no hubiéramos tenido hasta aquí ninguna huelga de masas importante en Rusia. No existe país —como ya lo señalé en la *Sächsische Arbeiterzeitung* [Gaceta obrera de Sajonia] en marzo de 1905— donde se haya pensado en "propagar" e incluso discutir la huelga de masas tan poco como en Rusia. Y los pocos ejemplos aislados de resoluciones y acuerdos de la dirección del partido socialista ruso que decretaban la huelga total y general —como la última tentativa en agosto de 1905 después de la disolución de la Duma— han fracasado casi por completo. En consecuencia, la revolución rusa nos enseña que la huelga de masas no es ni "fabricada" artificialmente ni "decidida" o "propagada" en un espacio inmaterial y abstracto, sino que representa un fenómeno histórico resultante en un cierto momento de una situación social, a partir de una necesidad histórica.

Por lo tanto el problema no se resolverá mediante especulaciones abstractas acerca de la posibilidad o la imposibilidad, sobre la utilidad o el riesgo de la huelga de masas, sino a través del estudio de los factores y de la situación social que provoca la huelga de masas en la fase actual de la lucha de clases. Ese problema no será comprendido y no podrá ser discutido a partir de una apreciación subjetiva de la huelga general tomando en consideración lo que es deseable o no, sino a partir de un *examen objetivo* de los orígenes de la huelga de masas, interrogándonos sobre si ella es históricamente necesaria.

En el espacio inmaterial del análisis lógico abstracto se puede probar con el mismo rigor tanto la imposibilidad absoluta, la derrota indudable de la huelga de masas, como su posibilidad absoluta y su victoria segura. De este modo el valor de la demostración es en los dos casos el mismo, quiero decir, nulo. Por eso temer a la propaganda en favor de la huelga de masas,

pretender excomulgar formalmente a los culpables de ese crimen, es caer víctima de un malentendido absurdo. Es tan imposible "propagar" la huelga de masas como medio abstracto de lucha como "propagar" la revolución. La "revolución" y la "huelga de masas" son conceptos que en sí mismos constituyen únicamente la forma exterior de la lucha de clases y sólo tienen sentido y contenido en relación a situaciones políticas bien determinadas.

Emprender una propaganda en regla en favor de la huelga de masas como forma de la acción proletaria, querer extender esta "idea" para ganar poco a poco a la clase obrera sería una ocupación tan ociosa, tan vana e insípida como emprender una campaña de propaganda por la idea de la revolución o del combate en las barricadas. Si en la hora presente la huelga de masas se convirtió en el centro de vivo interés de la clase obrera alemana e internacional, es porque representa una nueva forma de lucha y como tal es el síntoma auténtico de profundos cambios interiores en las relaciones de las clases y en las condiciones de la lucha de clases. El hecho de que la masa de los proletarios alemanes manifieste un interés tan ardiente por este problema nuevo —a pesar de la resistencia obstinada de sus dirigentes sindicales— es un testimonio de su seguro instinto revolucionario y de su clara inteligencia. Pero no se responderá a este interés, a esta noble sed intelectual, a este impulso de los obreros hacia la acción revolucionaria disertando con una gimnasia cerebral abstracta acerca de la posibilidad o imposibilidad de la huelga de masas; se responderá explicando el desarrollo de la revolución rusa, su importancia internacional, la exasperación de los conflictos de clase en Europa Occidental, las nuevas perspectivas políticas de la lucha de clases en Alemania, el papel y los deberes de las masas en las luchas futuras. Sólo bajo esta forma la discusión sobre la huelga de masas servirá para ampliar el horizonte intelectual del proletariado, contribuirá a aguzar su conciencia de clase, a profundizar sus ideas y fortificar su energía para la acción. En esta perspectiva, por lo demás, aparece la ridiculez del proceso criminal intentado por los adversarios del "romanticismo revolucionario" que acusan a los sustentadores de esta tendencia de no haber obedecido al pie de la letra la resolución de Jena.<sup>6</sup> Los partidarios de una política "razonable y

<sup>6</sup> En el Congreso de Jena (1905) del Partido Socialdemócrata Alemán se votó una resolución reconociendo a la huelga de masas como un arma eventual del proletariado, en particular para la defensa de los derechos parlamentarios. La resolución consideraba favorablemente la discusión de tal eventualidad en el partido. Esta resolución, de la que Bebel era el autor, fue juzgada como demasiado tibia por Rosa Luxemburg, aunque ella consideraba a la vez que



práctica" aceptan en rigor esta resolución porque vincula la huelga de masas con el destino del sufragio universal. Creen poder extraer dos conclusiones: (1) que la huelga de masas conserva un carácter puramente defensivo; (2) que ella misma está subordinada al parlamentarismo, transformada en un simple anexo del parlamentarismo. Pero el verdadero fondo de la resolución de Jena es el análisis según el cual en el estado actual de Alemania un ataque de la reacción y del poder contra el sufragio universal en las elecciones al Reichstag, podría ser el factor que desencadenara un período de luchas políticas tempestuosas. Entonces por primera vez en Alemania la huelga de masas podría ser aplicada.

Querer restringir y mutilar artificialmente mediante el texto de una resolución de congreso el alcance social y el campo histórico de la huelga de masas, como problema y como fenómeno de la lucha de clases, es dar pruebas de un espíritu tan estrecho y limitado como el que se manifiesta en la resolución del Congreso de Colonia,<sup>7</sup> que prohíbe la discusión de la huelga de masas. En la resolución de Jena, la socialdemocracia alemana ha levantado acta oficialmente de la profunda transformación lograda por la revolución rusa en las condiciones internacionales de la lucha de clases; allí manifestaba su capacidad de evolución revolucionaria, de adaptación a las nuevas exigencias de la fase futura de las luchas de clases. En esto reside la importancia de la resolución de Jena. En cuanto a la aplicación práctica de la huelga de masas en Alemania, la historia decidirá sobre ello como lo hizo en Rusia. Para la historia, la socialdemocracia y sus resoluciones constituyen un factor importante, ciertamente, pero un factor entre muchos otros.

### III

La huelga de masas, tal como se presenta actualmente en Alemania en cuanto tema de discusión, es un fenómeno muy claro y muy simple de concebir, sus limitaciones son precisas: se trata solamente de la huelga política de masas. Por tal se entiende un paro masivo y único del proletariado industrial, emprendido con

el ala izquierda del partido había logrado a pesar de todo una victoria en dicho congreso.

<sup>7</sup> En el Congreso sindical de Colonia (1905), los sindicatos reclamaron cierta autonomía frente al partido y rechazaron la discusión sobre la huelga de masas.

ocasión de un hecho político de mayor alcance, sobre la base de un acuerdo recíproco entre las direcciones del partido y de los sindicatos, y que, llevado adelante en el orden más perfecto y dentro de un espíritu de disciplina, cesa en un orden más perfecto aun ante una consigna dada en el momento oportuno por los centros dirigentes. Queda establecido, como es natural, que el ajuste de cuentas de los subsidios, gastos, sacrificios, en una palabra todo el balance material de la huelga, es determinado previamente con precisión.

Ahora bien, si comparamos este esquema teórico con la huelga de masas tal como se manifiesta en Rusia desde hace cinco años, nos vemos obligados a señalar que el concepto alrededor del cual giran todas las discusiones alemanas no corresponde a la realidad de ninguna de las huelgas de masas que se han producido, y que por otra parte las huelgas de masas en Rusia se presentan bajo formas tan variadas que es absolutamente imposible hablar de "la" huelga de masas, de una huelga esquemáticamente abstracta.

No sólo cada uno de los elementos de la huelga de masas, al igual que sus caracteres, difieren según las ciudades y las regiones, sino que hasta su propio carácter general se ha modificado muchas veces en el curso de la revolución. Las huelgas de masas conocieron en Rusia una cierta evolución histórica que aún continúa. De este modo, quien quiera hablar de la huelga de masas en Rusia deberá ante todo tener esa historia ante sus ojos.

El período actual, por así decirlo oficial, de la revolución rusa es datado y con razón a partir de la sublevación del proletariado de San Petersburgo el 22 de enero de 1905, ese desfile de 200.000 obreros delante del palacio de los zares y que concluyó con una terrible masacre. El sangriento tiroteo de San Petersburgo fue, como se sabe, la señal que desencadenó la primera serie de huelgas de masas. En pocos días éstas se extendieron por toda Rusia e hicieron resonar el llamamiento a la revolución en todos los rincones del imperio, ganando a todas las capas del proletariado.

Pero ese levantamiento de San Petersburgo del 22 de enero era sólo el punto culminante de una huelga de masas que había puesto en movimiento a todo el proletariado de la capital del zar en enero de 1905. A su vez, esta huelga de enero en San Petersburgo era la consecuencia inmediata de la gigantesca huelga general que había estallado poco antes, en diciembre de 1904, en el Cáucaso (Bakú) y que mantuvo a Rusia pendiente durante mucho tiempo. Ahora bien, los acontecimientos de diciembre en Bakú eran en sí mismos sólo un último y poderoso eco de las

grandes huelgas que en 1903 y 1904, semejantes a temblores de tierra episódicos, sacudieron todo el sur de Rusia y cuyo prólogo fue la huelga de Batum, en el Cáucaso, en marzo de 1902. En última instancia esta primera serie de huelgas, en la cadena de erupciones revolucionarias actuales, está alejada sólo en cinco o seis años de la huelga general de los obreros textiles de San Petersburgo en 1896-97. Se podría creer que algunos años de tranquilidad aparente y de reacción severa separan el movimiento de entonces de la revolución de hoy; pero basta conocer un poco la evolución política interna del proletario ruso hasta el estado actual de su conciencia de clase y de su energía revolucionaria, para remontar la historia del período presente de las luchas de masas a las huelgas generales de San Petersburgo. Estas son importantes para nuestro problema porque contienen ya en germen todos los elementos principales de las huelgas de masas que siguieron. En una primera aproximación, la huelga general de 1896 de San Petersburgo aparece como una lucha reivindicativa parcial, con objetivos puramente económicos. Fue provocada por las condiciones intolerables de trabajo de los hilanderos y de los tejedores de esa ciudad: jornadas de trabajado de trece, catorce y quince horas, salarios por piezas miserables; a esto se le agrega el conjunto de vejaciones patronales. Sin embargo, los obreros textiles soportaron mucho tiempo esta situación hasta que un incidente mínimo en apariencia hizo desbordar la medida. En efecto, en mayo de 1896 tuvo lugar la coronación del actual zar, Nicolás II, que se había diferido durante dos años por miedo a los revolucionarios. En esta ocasión los patronos manifestaron su celo patriótico imponiendo a sus obreros tres días de paros forzosos, negándose por otra parte, cosa notable, a pagar los salarios de esas jornadas. Los obreros textiles exasperados se pusieron en movimiento. Después de una asamblea en el jardín de Ecaterinov, en la que participaron alrededor de trescientos obreros entre los más duros políticamente. Se decidió ir a la huelga formulándose las reivindicaciones siguientes: 1º las jornadas de la coronación debían ser pagadas; 2º duración del trabajo reducida a diez horas; 3º aumento del salario. Esto ocurría el 24 de mayo. Una semana después todas las fábricas de tejidos y las hilanderías estaban cerradas y 40.000 obreros estaban en huelga. Hoy este acontecimiento, comparado con las vastas huelgas de la revolución, puede parecer mínimo. Dentro del clima de estancamiento político de Rusia en esa época, una huelga general era algo inaudito: representaba toda una revo-

lución en miniatura. Naturalmente que a continuación se desató la represión más brutal; alrededor de un millar de obreros fueron detenidos y enviados a sus lugares de origen, la huelga general fue aplastada. Vemos ya perfilarse todos los caracteres de la futura huelga de masas: primero, la ocasión que desencadenó el movimiento fue fortuita e incluso accesoria, la explosión fue espontánea. Pero en la manera en que el movimiento fue puesto en marcha se manifestaron los frutos de la propaganda llevada adelante durante varios años por la socialdemocracia. En el curso de la huelga general los propagandistas socialdemócratas permanecieron a la cabeza del movimiento, lo dirigieron e hicieron de él un trampolín para una viva agitación revolucionaria. Por otra parte, si las huelgas parecían, exteriormente, limitarse a una reivindicación puramente económica referida a los salarios, la actitud del gobierno, así como la agitación socialista las convirtieron en un acontecimiento político de primer orden. Al fin de cuentas la huelga fue aplastada, los obreros sufrieron una "derrota". No obstante, a partir del mes de enero del año siguiente (1897), los obreros textiles de San Petersburgo volvieron a la huelga general, obteniendo esta vez un éxito evidente: la instauración de la jornada de once horas y media en toda Rusia. Pero hubo un resultado más importante aún: después de la primera huelga general de 1896, que fue emprendida sin asomos siquiera de organización obrera y sin fondos de huelga, se organizó poco a poco en Rusia propiamente dicha una lucha sindical intensiva que se extendió muy pronto de San Petersburgo al resto del país, abriendo perspectivas totalmente nuevas a la propaganda y a la organización de la socialdemocracia. De este modo, un trabajo invisible y subterráneo preparaba, en el aparente silencio sepulcral de los años que siguieron, la revolución proletaria. La huelga del Cáucaso en marzo de 1902 explotó de manera tan fortuita como la de 1896 y parecía también ser el resultado de factores puramente económicos, atenerse a las reivindicaciones parciales. Esta huelga está vinculada con la dura crisis industrial y comercial que precedió en Rusia a la guerra ruso-japonesa y contribuyó mucho a crear, lo mismo que esa guerra, la fermentación revolucionaria. La crisis engendró una desocupación enorme que alimentó el descontento en la masa de los proletarios. El gobierno emprendió también la tarea de remitir progresivamente la "mano de obra inútil" a su región de origen para tranquilizar a la clase obrera. Esta medida, que debía afectar a unos cuatrocientos obreros petroleros, provocó preci-

samente en Batum una protesta masiva. Hubo manifestaciones, arrestos, una represión sangrienta y, finalmente, un proceso político durante el cual la lucha por reivindicaciones parciales y puramente económicas adquirió el carácter de un acontecimiento político y revolucionario. Esta misma huelga de Batum, que no logró éxito y que culminó en una derrota, tuvo por resultado una serie de manifestaciones revolucionarias de masa en Nijni-Novgorod, en Saratov, en otras ciudades; en consecuencia fue el origen de una ola revolucionaria general. A partir de noviembre de 1902, vemos su primera repercusión verdadera bajo la forma de una huelga general en Rostov del Don. Este movimiento fue desencadenado por un conflicto que se produjo en los talleres del ferrocarril de Vladicáucaso a causa de los salarios. Como la administración quiso reducir los salarios, el Comité socialdemócrata del Don publicó un manifiesto llamando a la huelga y planteando las siguientes reivindicaciones: jornada de nueve horas, aumento de salarios, supresión de los castigos, despido de los ingenieros impopulares, etc. Todos los talleres de ferrocarril entraron en huelga. Todas las otras ramas de actividades se unieron al paro, y Rostov conoció repentinamente una situación sin precedentes: había un paro general del trabajo en la industria, todos los días tenían lugar mítines monstruos de 15 a 20.000 obreros al aire libre, a veces los manifestantes estaban rodeados por un cordón de cosacos; los oradores socialdemócratas tomaron allí la palabra públicamente por primera vez; se pronunciaban discursos inflamados sobre el socialismo y la libertad política y eran recibidos con un entusiasmo extraordinario; los panfletos revolucionarios eran difundidos por decenas de millares de ejemplares. En medio de la Rusia inmovilizada en su absolutismo el proletariado de Rostov conquistó, por primera vez, en el fuego de la acción, el derecho de reunión, la libertad de palabra. Como es natural la represión sangrienta no se hizo esperar. En pocos días, las reivindicaciones salariales en los talleres de ferrocarril de Vladicáucaso habían tomado las proporciones de una huelga general política y de una batalla callejera revolucionaria. Una segunda huelga general siguió inmediatamente a la primera, esta vez en la estación de Tichoretzkaia, sobre la misma línea de ferrocarril. Allí también dio lugar a una represión sangrienta, luego a un proceso y, a su turno, Tichoretzkaia ocupó un sitio en la cadena ininterrumpida de los episodios revolucionarios. La primavera de 1903 trajo consigo un desquite a las derrotas de las huelgas de Rostov y Tichoretzkaia: en mayo, junio, julio,

todo el sur de Rusia arde. Literalmente hay una huelga general en Bakú, Tiflis, Batum, Elisavetgrad, Odesa, Kiev, Nicolaiev, Ecaterinoslav. Pero tampoco allí el movimiento es iniciado a partir de un centro, según un plan preconcebido: se desencadena en diversos puntos, por diversos motivos y bajo formas diferentes para confluir luego. Bakú abre la marcha: varias reivindicaciones parciales de salarios en diversas fábricas y ramos culminan en una huelga general. En Tiflis son dos mil empleados de comercio, cuyas jornadas de trabajo van de las seis de la mañana a las once de la noche, los que comienzan la huelga; el 4 de julio a las ocho de la noche todos abandonan los negocios y desfilan en manifestación a través de la ciudad para obligar a los comerciantes a cerrar. La victoria es completa: los empleados de comercio obtienen la jornada de trabajo de ocho a ocho horas y media; el movimiento se extiende inmediatamente a las fábricas, a los talleres, a las oficinas. Los diarios dejan de aparecer, los tranvías sólo circulan bajo la protección de la tropa. En Elisavetgrad, la huelga se desató el 10 de julio en todas las fábricas, teniendo como objetivo reivindicaciones puramente económicas. Estas son aceptadas en su mayoría y la huelga cesa el 14 de julio. Pero dos semanas más tarde estalla de nuevo; esta vez son los panaderos los que dan la consigna, seguidos por los canteros, los carpinteros, los tintoreros, los molineros y, finalmente, por todos los obreros de fábrica. En Odesa el movimiento comienza por una reivindicación salarial, en la que participa la asociación obrera "legal" fundada por los agentes del gobierno según el programa del célebre policía Zubatov. Esta es también una de las más sorprendentes astucias de la dialéctica histórica. Las luchas económicas del período precedente —entre otras la gran huelga general de San Petersburgo (en 1896)— habían llevado a la socialdemocracia rusa a exagerar lo que se ha dado en llamar el "economismo", preparando por ese costado en la clase obrera el terreno a las actividades demagógicas de Zubatov. Pero un poco más tarde la gran corriente revolucionaria hizo virar de norte al esquiife de los falsos pabellones y lo obligó a bogar a la cabeza de la flota proletaria revolucionaria. Son las asociaciones de Zubatov las que dieron en la primavera de 1904 la consigna de la huelga general de San Petersburgo. Los trabajadores de Odesa, que se habían acunado hasta entonces con la ilusión de la benevolencia del gobierno con respecto a ellos y con su simpatía en favor de una lucha puramente económica, quisieron de repente ponerlas a prueba: obligaron a la "Asociación obrera" de Zu-

batov a proclamar la huelga con objetivos reivindicativos modestos. El patrón los echó simplemente a la calle, y, cuando reclamaron al jefe de la Asociación el apoyo gubernamental prometido este personaje los evitó, cosa que llevó al colmo la fermentación revolucionaria. Inmediatamente los socialdemócratas tomaron el mando del movimiento de huelga, que ganó otras fábricas. El 1 de julio, huelga de 2.500 obreros de los ferrocarriles; el 4 de julio los obreros del puerto entran en huelga, reclamando un aumento de salarios que iba de los 80 kopeks a dos rublos y una reducción de una media hora en la jornada de trabajo. El 6 de julio los marinos se unen al movimiento. El 13 de julio, paro del personal de los tranvías. Tiene lugar una reunión de todos los huelguistas —7 a 8.000 personas—; la manifestación se forma y va de fábrica en fábrica, crece como una avalancha hasta contar con una masa de 40 a 50.000 personas, y llega hasta el puerto para organizar un paro general. Muy pronto en toda la ciudad reina la huelga general. En Kiev paro general el 21 de julio en los talleres de ferrocarril. Allí también lo que desencadena el paro son las condiciones miserables de trabajo y las reivindicaciones salariales. El día siguiente las fundiciones siguen el ejemplo. El 23 de julio se produce un incidente que da la señal de la huelga general. A la noche dos delegados de los ferroviarios son detenidos; los huelguistas reclaman su inmediata libertad; ante la negativa que se les opone deciden impedir que los trenes salgan de la ciudad. En la estación todos los huelguistas con sus mujeres y sus hijos se apostan sobre los rieles como una verdadera marea humana. Se amenaza con abrir fuego sobre ellos. Los obreros desnudan sus pechos gritando: "¡Tiren!" Se tira sobre la multitud, hay de treinta a cuarenta muertos entre los cuales se cuentan mujeres y niños. Ante esta noticia todo Kiev se alza en huelga. Los cadáveres de las víctimas son transportados a hombros acompañados por un cortejo impresionante. Reuniones, discursos, arrestos, combates aislados en la calle —Kiev está en plena revolución—. El movimiento se detiene rápidamente; pero los tipógrafos han ganado una reducción de una hora en la jornada de trabajo así como un aumento de salario de un rublo; se concede la jornada de ocho horas en una fábrica de porcelana; los talleres de ferrocarril son cerrados por decisión ministerial; otras profesiones continúan huelgas parciales por sus reivindicaciones. Por contagio, la huelga general gana Nicoláiev, bajo la influencia inmediata de las noticias de Odesa, de Bakú, de Batum y de Tiflís, y a pesar de la resis-

tencia del comité socialdemócrata, que quería retardar el estallido del movimiento hasta el momento en que la tropa saliera de la ciudad para las maniobras, no se pudo frenar el movimiento de masa. Los huelguistas iban de taller en taller; la resistencia de la tropa no hizo más que echar aceite al fuego. Inmediatamente se vio formarse manifestaciones enormes que arrastraban al son de cántos revolucionarios a todos los obreros, empleados, personal de tranvías, hombres y mujeres. El paro era total. En Ecaternoslav los panaderos comienzan la huelga el 5 de agosto; el 7 son los obreros de los talleres de ferrocarril; luego todas las otras fábricas; el 8 de agosto la circulación de tranvías se detiene, los diarios dejan de aparecer. Es así como se formó la grandiosa huelga general del sur de Rusia en el curso del verano de 1903. Mil conflictos económicos parciales, mil incidentes "fortuitos" convergieron, confluyendo en un océano poderoso; en algunas semanas todo el sur del Imperio zarista fue transformado en una extraña república obrera revolucionaria.

"Abrazos fraternales, gritos de entusiasmo y de arrebató, cántos de libertad, risas felices, alegría y una dicha delirante; se escuchaba todo un concierto en esta multitud de personas yendo y viniendo a través de la ciudad de la mañana a la noche. Reinaba una atmósfera de euforia; casi se podía creer que una vida nueva y mejor comenzaba sobre la tierra. Espectáculo emocionante y al mismo tiempo idílico y conmovedor." Así escribía entonces el corresponsal de *Osvobodzhénie*,<sup>8</sup> órgano liberal de Struve.

A partir de comienzos del año 1904 comenzó la guerra, que provocó por un tiempo una interrupción del movimiento de huelga general. Al principio se expandió en el país una ola turbia de manifestaciones "patrióticas" organizadas por la policía. El chauvinismo zarista oficial comenzó por sacrificar a la sociedad burguesa "liberal". Pero inmediatamente la socialdemocracia dominó nuevamente el campo de batalla; a las manifestaciones policiales de la canalla patriótica se oponen manifestaciones obreras revolucionarias. Finalmente, las bochornosas derrotas del ejército zarista despiertan a la propia sociedad liberal de su sueño. Comienza la era de los congresos, de los discursos, de las demandas y manifiestos liberales y democrá-

<sup>8</sup> *Osvobodzhénie* [Liberación]: revista quincenal de la burguesía liberal monárquica; se editó en el extranjero, en los años 1902-1905, bajo la dirección de P. B. Struve. Esta publicación sirvió más adelante de núcleo del principal partido burgués de Rusia: el partido demócrata-constitucionalista (Kadete).



ticos. El absolutismo, momentáneamente aplastado por la vergüenza de la derrota, en medio de su confusión, deja actuar a esos señores que ya ven abrirse ante ellos el paraíso liberal. El liberalismo ocupa la primera fila de la escena política durante seis meses; el proletariado se hunde en las sombras. Solamente después de una larga depresión el absolutismo se reincorpora, la camarilla reúne sus fuerzas; es suficiente con un buen golpe de la bota de los cosacos para enviar a los liberales a su covacha, especialmente desde el mes de diciembre. Y los discursos, los congresos, son tachados de "pretensión insolente" y prohibidos de un plumazo; el liberalismo se encuentra súbitamente con que se le termina la cuerda. Pero en el momento mismo en que el liberalismo está desorientado comienza la acción del proletariado. En diciembre de 1904 al calor de la desocupación estalla la gigantesca huelga de Bakú; la clase obrera ocupa de nuevo el campo de batalla. Prohibida y reducida al silencio la palabra, vuelve a comenzar la acción. En Bakú, durante varias semanas, en plena huelga general, la socialdemocracia domina enteramente la situación; los extraños acontecimientos ocurridos en el Cáucaso en diciembre habrían provocado una gran conmoción si no hubiesen sido rápidamente desbordados por la marea ascendente de la revolución de la que ellos mismos eran el origen. Las noticias fantasiosas y confusas sobre la huelga general de Bakú no habían llegado aún a todos los rincones del Imperio, cuando en enero de 1905 estalla la huelga general de San Petersburgo. También allí el pretexto que desencadenó el movimiento fue mínimo, como se sabe. Dos obreros de las canteras de Putilov fueron despedidos porque pertenecían a la asociación "legal" de Zubatov. Esta medida de rigor provocó el 16 de enero una huelga de solidaridad de todos los obreros de esas canteras que contó con más de 12.000 huelguistas. Esta fue para los socialdemócratas la ocasión de emprender una propáganda activa por la extensión de las reivindicaciones: reclamaban la jornada de ocho horas, el derecho de asociación, la libertad de palabra y de prensa, etc. La agitación que animaba los talleres de Putilov se extendió rápidamente a otras fábricas y algunos días después 140.000 obreros estaban en huelga. Después de las deliberaciones en común y de discusiones tormentosas, fue elaborada la carta proletaria de las libertades cívicas, mencionando como primera reivindicación la jornada de ocho horas; 200.000 obreros conducidos por el sacerdote Gapon<sup>9</sup> desfilaron delante del palacio

<sup>9</sup> Gapon, sacerdote ruso (1870-1906) que organizó de acuerdo con la

del zar el 22 de enero llevando esta carta. En una semana el despido de dos obreros de las canteras de Putilov se convertía en el prólogo de la más poderosa revolución de los tiempos modernos. Los acontecimientos que siguieron son conocidos: la sangrienta represión de San Petersburgo daba lugar, en enero y en febrero, en todos los centros industriales y las ciudades de Rusia, de Polonia, de Lituania, de las provincias bálticas, del Cáucaso, de la Siberia, del Norte al Sur, del Este al Oeste, a gigantescas huelgas de masas y a huelgas generales. Pero si se examinan las cosas más de cerca, las huelgas de masas toman formas diferentes de las del período precedente: esta vez son las organizaciones socialdemócratas las que en todas partes llamaron a la huelga, en todo momento es la solidaridad revolucionaria con el proletariado de San Petersburgo lo que fue expresamente designado como el motivo y el objetivo de la huelga general, en todas partes hubo desde el principio de las manifestaciones, discursos y enfrentamientos con la tropa. Sin embargo tampoco allí se puede hablar de plan previo, ni de acción organizada porque los llamamientos de los partidos apenas seguían a los levantamientos espontáneos de las masas; los dirigentes apenas tenían tiempo para formular las consignas cuando ya la masa de proletarios se lanzaba al asalto. Otra diferencia: las huelgas de masas y las huelgas generales anteriores tenían su origen en la convergencia de las reivindicaciones salariales parciales; éstas, en la atmósfera general de la situación revolucionaria y bajo el impulso de la propaganda socialdemócrata, se convertían rápidamente en manifestaciones políticas; el elemento económico y la expansión sindical eran su punto de partida, la acción de clase coordinada y la dirección política constituían su resultado final. Aquí el movimiento es inverso. Las huelgas generales de enero-febrero estallaron antes que nada bajo la forma de una acción coordinada y dirigida por la socialdemocracia; pero esta acción se diseminó rápidamente en una infinidad de huelgas locales, parcelarias, económicas, en diversas regiones, ciudades, profesiones, fábricas. Durante toda la primavera de 1905 hasta el pleno verano se ve surgir en este Imperio gigantesco una poderosa lucha política de todo el proletariado contra el capital; la agitación gana por arriba a las profesiones liberales y pequeñosburgueses, los empleados de comercio, de la banca, los ingenieros, los actores, los artistas, y penetra hacia abajo hasta los domésticos, los agentes subalter-

policía de Zubatov las manifestaciones del "Domingo sangriento" de San Petersburgo.

nos de la policía, incluso hasta las capas del subproletariado, extendiéndose al mismo tiempo a los campos y golpeando a las puertas de los cuarteles. He aquí el fresco inmenso y variado de la batalla general del trabajo contra el capital; en ella vemos reflejarse toda la complejidad del organismo social, de la conciencia política de cada categoría y de cada región; vemos desarrollarse toda la gama de conflictos, desde la lucha sindical llevada adelante en buena y debida forma por el ejército de élite bien entrenado del proletariado industrial, hasta la explosión anárquica de rebelión de un puñado de obreros agrícolas y el levantamiento confuso de una guarnición militar, desde la revuelta distinguida y discreta en puños de camisa y cuello duro en el mostrador de un banco hasta las protestas a la vez tímidas y audaces de policías descontentos reunidos en secreto en un puesto lleno de humo, oscuro y sucio.

Los partidarios de "batallas ordenadas y disciplinadas" concebidas según un plan y un esquema, en particular los que pretenden saber siempre exactamente y desde lejos como "habría que haber actuado", estiman que fue un "grave error" el parcelar la gran acción de huelga general política de enero de 1905 en una infinidad de luchas económicas, porque esto desemboca a sus ojos en la parálisis de la acción y en su conversión en un "fuego de artificio". Incluso el partido socialdemócrata ruso que participó realmente de la revolución, aunque no fuera su autor, y que debe aprender sus leyes a medida que se va desarrollando, se encontró durante algún tiempo un poco desorientado por el reflujo aparentemente estéril de la primera marea de huelgas generales. Sin embargo, la historia, que había cometido este "grave error", realizaba de tal modo un trabajo revolucionario gigantesco tan inevitable como incalculable en sus consecuencias, sin preocuparse de los razonamientos de aquellos que hacían de maestros de escuela sin que nadie se lo pidiera.

El brusco levantamiento general del proletariado en enero, desencadenado por los acontecimientos de San Petersburgo, era en su acción exterior un acto revolucionario, una declaración de guerra al absolutismo. Pero esta primera lucha general y directa de clases desencadenó una reacción tanto más poderosa en el interior por cuanto despertaba por primera vez, como por un sacudimiento eléctrico, el sentimiento y la conciencia de clase en millones y millones de hombres. Este despertar de la conciencia de clase se manifiesta de inmediato de la manera siguiente: una masa de millones de proletarios descubre repentinamente, con una agudeza insoportable, el carácter intolerante

ble de su existencia social y económica, a la que estaba sometida desde hacía decenios bajo el yugo del capitalismo. Inmediatamente se desata un levantamiento general y espontáneo para sacudir el yugo, para romper esas cadenas. Los sufrimientos del proletariado moderno reavivan bajo mil formas diferentes el recuerdo de esas viejas heridas siempre sangrantes. Aquí se lucha por la jornada de ocho horas, allí contra el trabajo a destajo; aquí se lleva sobre carretillas a los amos brutales después de haberlos amarrado y metido dentro de una bolsa; en otra parte se combate el infame sistema de las multas; en todos lados se lucha por mejores salarios, aquí y allí por la supresión del trabajo a domicilio. Los talleres anacrónicos y degradados de las grandes ciudades, las pequeñas ciudades provincianas adormecidas hasta allí por un sueño idílico, la aldea con su sistema de propiedad heredada de la servidumbre —todo eso es bruscamente extraído del sueño por el brusco trueno de enero, toma conciencia de sus derechos y busca febrilmente reparar el tiempo perdido. En este caso la lucha económica no fue en realidad un parcelamiento, un desperdicio de la acción, sino un cambio de frente: la primera batalla general contra el absolutismo se convierte repentinamente y con gran naturalidad en un ajuste de cuentas general con el capital, ajuste de cuentas que, de acuerdo con su naturaleza, revistió la forma de lucha aislada y dispersa por los salarios. Es falso decir que la acción política de clase en febrero fue abatida porque la huelga general se fragmentó en huelgas económicas. Lo contrario es verdad: una vez agotado el contenido posible de la acción política, considerando la situación dada y la fase en que se encontraba la revolución, ésta se dividió o mejor se transformó en acción económica. De hecho, ¿qué más podía obtener la huelga general de enero? Había que ser inconsciente para esperar que el absolutismo fuera abatido de golpe por una sola huelga general "prolongada" según el modelo anarquista. Es el proletariado el que debe derrocar al absolutismo en Rusia. Pero el proletariado tiene necesidad para eso de un alto grado de educación política, de conciencia de clase y de organización. No puede aprender todo esto en los folletos o en los panfletos, sino que esta educación debe ser adquirida en la escuela política viva, en la lucha y por la lucha, en el curso de la revolución en marcha. Por otra parte, el absolutismo no puede ser derrocado en cualquier momento, simplemente con la ayuda de una dosis suficiente "de esfuerzos" y de "perseverancia". La caída del absolutismo sólo es un signo exterior de la evolución interna de las clases en

la sociedad rusa. Antes que nada, para que el absolutismo sea derrotado, es necesario establecer la estructura interna de la futura Rusia burguesa, constituir su estructura de Estado moderno de clases. Esto implica la división y la diversificación de las capas sociales y de los intereses, la constitución no sólo del partido proletario revolucionario, sino también de los diversos partidos: liberal, radical, pequeño burgués, conservador y reaccionario; esto implica el despertar al conocimiento, a la conciencia de clase no sólo de las capas populares, sino también de las capas burguesas; pero estas últimas sólo pueden constituirse y madurar en el curso de la lucha revolucionaria, en la escuela viva de los acontecimientos, en la confrontación con el proletariado y entre ellas mismas en un roce continuo y recíproco. Esta división y esta maduración de las clases en la sociedad burguesa, así como su acción en la lucha contra el absolutismo, son a la vez entorpecidas y trabadas por una parte, estimuladas y aceleradas por otra, por el papel dominante y particular del proletariado y por su acción de clase. Las diversas corrientes subterráneas del proceso revolucionario se entrecruzan, se obstaculizan mutuamente, avivan las contradicciones internas de la revolución, sin embargo esto tiene por resultado precipitar e intensificar la poderosa explosión. De tal modo este problema en apariencia tan simple, tan poco complejo, puramente mecánico —el derrocamiento del absolutismo— exige todo un proceso social muy largo; es necesario que el terreno social sea roturado de arriba a abajo, que lo que está abajo aparezca en la superficie, que lo que está arriba se hunda profundamente, que “el orden” aparente se cambie en caos y que a partir de la “anarquía” aparente sea creado un orden nuevo. Ahora bien, en este proceso de transformación de las estructuras sociales de la antigua Rusia, desempeñaron un papel irremplazable no sólo el trueno de la huelga general de enero, sino mucho más aún la gran tormenta de la primavera y el verano siguientes y las huelgas económicas. La batalla general y encarnizada del asalariado contra el capital ha contribuido a la vez a la diferenciación de las diversas capas populares y a la de las capas burguesas, a la formación de una conciencia de clase tanto en el proletariado revolucionario como en la burguesía liberal y conservadora. Si en las ciudades las reivindicaciones salariales contribuyeron a la creación del gran partido monárquico de los industriales de Moscú, la gran revuelta campesina de Livonia significó la rápida liquidación del famoso liberalismo aristócrata y agrario de los *zemstvos*. Pero al

mismo tiempo el período, de las batallas económicas de la primavera y del verano de 1905 permitió al proletariado de las ciudades extraer inmediatamente después las lecciones del prólogo de enero y tomar conciencia de las tareas futuras de la revolución, gracias a la propaganda intensa dirigida por la socialdemocracia y su dirección política. A este primer resultado se suma otro de carácter social durable: la elevación general del nivel de vida del proletariado en el plano económico, social e intelectual. Casi todas las huelgas de la primavera de 1905 tuvieron una culminación victoriosa. Citemos solamente, a título de ejemplo elegido entre una colección de hechos enormes y cuya amplitud aún no se puede medir, un cierto número de datos sobre algunas huelgas importantes, que se desarrollaron todas en Varsovia bajo la conducción de la socialdemocracia polaca y lituana. En las más grandes empresas metalúrgicas de Varsovia: Sociedad Anónima Lilpop, Rau y Lowenstein, Rudzky y Cía., Bormann Schwede y Cía., Handtke, Gerlach y Pulst, Geisler Hnos., Eberhard, Wolski y Cía., Sociedad Anónima Conrad y Jarmuskiescicz, Weber y Daehm, Gwizdzinski y Cía., Fábrica de Alambres Wolanoski, Sociedad Anónima Gostynsky y Cía., K. Brun e hijos, Fraget, Norblin, Werner, Buch, Kenneberg Hnos., Labor, Fábrica de Lámparas Dittmar, Serkowski, Wieszynski, en total 22 establecimientos, los obreros obtuvieron, después de una huelga de 4 a 5 semanas (comenzada el 25 y el 26 de enero) la jornada de trabajo de nueve horas así como un aumento de salarios del 15 al 25 por 100; obtuvieron igualmente diversas mejoras de menor importancia. En los más grandes talleres de la industria de la madera de Varsovia, sobre todo Karmansky, Damiecki, Gromel, Szerbinski, Trenerowski, Horn, Bevensee, Twarkovski, Daab y Martens, en total diez establecimientos, los huelguistas obtuvieron a partir del 23 de febrero la jornada de nueve horas; sin embargo no se contentaron y mantuvieron la exigencia de la jornada de ocho horas, cosa que lograron una semana más tarde, al mismo tiempo que un aumento de salario. Toda la industria de la construcción entró en huelga el 27 de febrero, reclamando, según la consigna de la socialdemocracia, la jornada de ocho horas; el 11 de marzo obtenían la jornada de nueve horas, un aumento de salarios para todas las categorías, el pago regular del salario por semana, etc. Los pintores de obra, los carpinteros, los talabarteros y los herreros obtuvieron juntos la jornada de ocho horas sin reducción de salario. Las fábricas de teléfonos estuvieron en huelga durante diez días y obtuvieron la jornada de

ocho horas y un aumento de salario del 10 al 15 por 100. La gran fábrica de tejido de lino de Hiele y Dietrich (10.000 obreros) obtuvo después de nueve semanas de huelga una reducción de una hora en la jornada de trabajo y aumentos de salario que iban del 5 al 10 por 100. Resultados análogos con variantes infinitas se dan en todas las industrias de Varsovia, de Lodz, de Sosnovice.

En Rusia propiamente dicha la jornada de ocho horas fue conquistada:

- en diciembre de 1904, por varias categorías de los obreros petroleros de Bakú;
- en mayo de 1905, por los obreros azucareros del distrito de Kiev;
- en enero, en el conjunto de las imprentas de la ciudad de Samara (al mismo tiempo que un aumento de los salarios del trabajo a destajo y la supresión de las multas);
- en febrero, en la fábrica de instrumentos de medicina del ejército, en una ebanistería y en la fábrica de municiones de San Petersburgo. Además se instauró en las minas de Vladivostok un sistema de trabajo por equipos de ocho horas;
- en marzo, en el taller mecánico de la impresora de papeles del Estado, perteneciente al Estado;
- en abril, los herreros de la ciudad de Bodroujsk;
- en mayo, los empleados de tranvías eléctricos en Tiflís; en mayo igualmente la jornada de ocho horas y media fue introducida en la enorme empresa de tejido de lana de Morosov (al mismo tiempo que se suprimía el trabajo de noche y que se aumentaban los salarios en un 8 por 100);
- en junio, se introducía la jornada de ocho horas en varios molinos aceiteros de San Petersburgo y de Moscú.

La jornada de ocho horas y media en julio para los herreros del puerto de San Petersburgo; en noviembre, en todas las imprentas privadas de la ciudad de Orel, así como un aumento del 20 por 100 de los salarios por hora y del 100 por 100 de los salarios a destajo, se instituía igualmente un comité de arbitraje compuesto por un número igual de patronos y obreros.

La jornada de nueve horas en todos los talleres de ferrocarril en febrero; en muchos arsenales nacionales de guerra y astilleros navales; en la mayoría de las fábricas de Berdjansk; en todas las imprentas de Poltava y de Minsk; la jornada de nueve horas y media en las cuencas marítimas, el astillero y la fundición mecánica de Nicolaiev; en junio, después de una huelga

general de los mozos de café de Varsovia, fue introducida en la mayoría de los restaurantes y cafés al mismo tiempo que un aumento de salarios del 20 al 40 por 100 y vacaciones de quince días por año.

La jornada de diez horas en casi todas las fábricas de Lodz, Sosnovice, Riga, Kovno, Reval, Dorpat, Minsk, Varkov; para los panaderos de Odesa; en los talleres artesanales de Kichinev; en varias fábricas de sombreros de San Petersburgo; en las fábricas de fósforos de Kovno (junto con un aumento de salarios del 10 por 100), en todos los astilleros navales del Estado y para todos los obreros de los puertos.

Los aumentos de salarios son generalmente menos considerables que la reducción del tiempo de trabajo, pero son sin embargo importantes: así, en Varsovia, durante el mes de marzo de 1905, los talleres municipales impusieron un aumento de salario del 15 por 100; en Ivanovo-Voznesensk, centro de industria textil, los aumentos de salarios alcanzaron entre el 7 y el 15 por 100; en Kovno, 75 por 100 de la población obrera total se benefició con los aumentos de salarios. Se instauró un salario mínimo fijo en un cierto número de panaderías de Odesa, en los astilleros marítimos del Neva en San Petersburgo, etc.

A decir verdad estas ventajas han sido retiradas más de una vez en uno u otro lugar. Pero esto sólo sirvió de pretexto para nuevas batallas, para respuestas aún más encarnizadas; es así como el período de las huelgas de la primavera de 1905 introdujo una serie infinita de conflictos económicos siempre más vastos y enmarañados que todavía subsisten en la actualidad. En los períodos de tranquilidad exterior de la revolución, cuando los telegramas no comunican al mundo ninguna noticia sensacional del frente ruso, cuando el lector de Europa occidental deja su periódico de la mañana, con un aire desilusionado, comprobando que no hay "nada de nuevo" en Rusia, en realidad el gran trabajo de topo de la revolución prosigue sin tregua, día tras día, hora tras hora, su inmenso trabajo subterráneo, mirando las profundidades de todo el Imperio. La lucha económica intensa hace que se produzca rápidamente el paso, por medio de métodos acelerados, del estadio de la acumulación primitiva de la economía patriarcal fundada sobre el pillaje, al estadio de la civilización más moderna. Actualmente Rusia está adelantada en lo que concierne a la duración real del trabajo, no sólo con respecto a la legislación rusa que prevé una jornada de trabajo de once horas y media, sino también con respecto a las condiciones efectivas del trabajo en Alemania. En la mayoría



de las ramas de la gran industria rusa se practica hoy la jornada de ocho horas lo cual constituye, a los ojos mismos de la socialdemocracia alemana, un objetivo inaccesible. Más aún, este "constitucionalismo industrial" tan deseado en Alemania, objeto de todos los anhelos, en nombre del cual los adeptos de una táctica oportunista quisieran preservar las aguas estancadas del parlamentarismo —única vía posible de salvación— al abrigo de toda brisa un poco fuerte, ha visto la luz en Rusia, en plena tempestad revolucionaria, al mismo tiempo que el "constitucionalismo" político. En realidad, lo que se produjo no fue solamente una elevación general del nivel de vida de la clase obrera, sino también de su nivel cultural. El nivel de vida, bajo una forma durable de bienestar material, no tiene cabida en la revolución. Esta está llena de contradicciones y de contrastes e implica a veces victorias económicas sorprendentes, a veces las respuestas más brutales del capitalismo: hoy la jornada de ocho horas, mañana los lock-out en masa y el hambre total para centenares de miles de personas. El resultado más precioso, porque es el más permanente de este flujo y reflujo brusco de la revolución, es su *peso intelectual*. El crecimiento por saltos del proletariado en el plano intelectual y cultural ofrece una garantía absoluta de su irresistible progreso futuro tanto en la lucha económica como en la política.

Pero esto no es todo, las mismas relaciones entre obreros y patrones son subvertidas: a partir de la huelga general de enero y de las huelgas siguientes de 1905 el principio del capitalista amo en su casa fue prácticamente suprimido. Hemos visto constituirse espontáneamente en las grandes fábricas de todos los centros industriales importantes, consejos obreros, únicas instancias con las que el patrón trata y que arbitran en todos los conflictos. Y además, las huelgas en apariencia caóticas y la acción revolucionaria "desorganizada" que siguieron a la huelga general de enero se convierten en el punto de partida de un enfebrecido trabajo de organización. La historia se burla de los burócratas enamorados de los esquemas prefabricados, guardianes celosos de la prosperidad de los sindicatos alemanes. Las organizaciones sólidas, concebidas como fortalezas inexpugnables, y cuya existencia hay que asegurar antes de soñar eventualmente con emprender una hipotética huelga de masas en Alemania, han salido por el contrario en Rusia de la misma huelga de masas. Y mientras los guardianes celosos de los sindicatos alemanes temen ante todo ver romperse en mil pedazos esas organizaciones, como una preciosa porcelana en me-

dio del torbellino revolucionario, la revolución rusa nos presenta un cuadro totalmente diferente: lo que emerge de los torbellinos, de las tempestades, de las llamas y de la hoguera de las huelgas de masas, como Afrodita surgiendo de la espuma del mar, son... los sindicatos nuevos y jóvenes, vigorosos y ardientes. Citemos aún un pequeño ejemplo, aunque típico para todo el Imperio. En el curso de la segunda conferencia de los sindicatos rusos, que tuvo lugar a fines de febrero de 1906 en San Petersburgo, el delegado de los sindicatos petersburgueses presentó un informe sobre el desarrollo de las organizaciones sindicales en la capital de los zares, informe en el que decía:

"El 22 de enero de 1905, que ha barrido a la asociación de Gapon, ha marcado una etapa. La masa de los trabajadores aprendió por la fuerza de los acontecimientos a apreciar la importancia de la organización y comprendió que podía crear por sí sola esas organizaciones. El primer sindicato de San Petersburgo, el de los tipógrafos, nace en estrecha relación con el movimiento de enero. La comisión elegida para el estudio de las remuneraciones elaboró los estatutos y el 19 de junio fue el primer día de existencia del sindicato. Los sindicatos de los oficinistas y tenedores de libros vieron la luz aproximadamente al mismo tiempo. Al lado de estas organizaciones, cuya existencia era casi pública (y legal), vimos surgir entre enero y octubre de 1905 los sindicatos semilegales e ilegales. Citemos entre los primeros al de los empleados de farmacia y al de los empleados de comercio. Entre los sindicatos ilegales hay que mencionar a la unión de relojeros, cuya primera reunión secreta tuvo lugar el 24 de abril. Todas las tentativas para convocar a una asamblea general pública chocaron contra la resistencia obstinada de la policía y de los patronos representados por la cámara de comercio. Este fracaso no impidió la existencia del sindicato que realizó asambleas secretas con sus adherentes el 9 de junio y el 14 de agosto, sin contar las sesiones del comité de los sindicatos. El sindicato de sastres y cortadoras fue fundado en la primavera de 1905 en el curso de una reunión secreta llevada a cabo en un bosque, con la asistencia de 70 sastres. Después de haber discutido el problema de la fundación, una comisión elegida fue encargada de elaborar los estatutos. Todas las tentativas de la comisión por asegurar al sindicato una existencia legal no tuvieron éxito. Su acción se limita a la propaganda o al reclutamiento en los diferentes talleres. Una suerte semejante le estaba reservada al sindicato de los zapateros. En julio fue convocada una reunión secreta por la noche en un

bosque fuera de la ciudad. Más de 100 zapateros se reunieron; se presentó un informe sobre la importancia de los sindicatos, sobre su historia en Europa occidental y su misión en Rusia. Inmediatamente se decidió fundarlo y fue elegida una comisión de doce miembros encargada de redactar los estatutos y de convocar una asamblea general de zapateros. Los estatutos fueron redactados, pero hasta ahora no se pudo imprimirlos ni convocar la asamblea general."

Tales fueron los comienzos de los sindicatos. Después vinieron las jornadas de octubre, la segunda huelga general, el úkase del 30 de octubre y el corto "período constitucional". Los trabajadores se arrojaron con entusiasmo en las olas de la libertad política a fin de utilizarla para el trabajo de organización. Al lado de las actividades políticas cotidianas —reuniones, discusiones, fundación de grupos— se comenzó inmediatamente el trabajo de organización de los sindicatos. En octubre y noviembre fueron creados cuarenta sindicatos nuevos en San Petersburgo. De inmediato se creó un "buro central", es decir, una unión de sindicatos; aparecieron varios periódicos sindicales e incluso a partir de noviembre un órgano central: *El Sindicato*.

La descripción de lo que ocurrió en San Petersburgo se aplica a Moscú y a Odesa, a Kiev y a Nicolaiev, a Sarátov y a Voronej, a Samara y a Nijni-Novgorod, a todas las grandes ciudades de Rusia y con más razón a Polonia. Los sindicatos de esas ciudades buscan tomar contacto entre sí, llevan a cabo conferencias. El fin del "período constitucional" y el retorno a la reacción de diciembre de 1905 pone provisoriamente término a la actividad pública amplia de los sindicatos, sin provocar por eso su desaparición. Continúan actuando como organizaciones secretas y prosiguen al mismo tiempo abiertamente la lucha por los salarios. Constituyen una mezcla original de actividad sindical a la vez legal e ilegal que corresponde a las contradicciones de la situación revolucionaria. Pero incluso en medio de la lucha el trabajo de organización se prosigue con seriedad y hasta con pedantería. Los sindicatos de la socialdemocracia polaca y lituana, por ejemplo, que en el último congreso del partido (en julio de 1906) estaban representadas por cinco delegados y comprendían diez mil miembros que cotizaban, son provistos de estatutos regulares, de carnets impresos de adherentes, de estampillas, etc. Y esos mismos panaderos y zapateros, metalúrgicos y tipógrafos, de Varsovia y de Lodz, que en junio de 1905 estaban en las barricadas y que en diciembre sólo esperan una consigna de San Petersburgo para salir a la

calle, encuentran el tiempo necesario para reflexionar seriamente entre dos huelgas, entre la prisión y el lock-out, en pleno estado de sitio, y para discutir a fondo y atentamente los estatutos sindicales. Más aún, los que se batían ayer y que se batirán mañana en las barricadas algunas veces reconvinieron severamente a sus dirigentes en el curso de alguna reunión y los amenazaron con abandonar el partido porque no se habían podido imprimir más rápidamente los carnets de afiliación —en imprentas clandestinas y bajo la constante amenaza de persecución policial.

Este entusiasmo y esta seriedad duran aún hasta el presente. En el curso de las dos primeras semanas de julio de 1906 fueron creados —para citar un ejemplo— quince nuevos sindicatos en Ecaternoslav; en Kostroma seis, otros en Kiev, Poltava, en Smolensk, en Tcherkassy, en Proskurov, y hasta en las más pequeñas localidades de los distritos provinciales. En la sesión realizada el 5 de junio último (1906) por la Unión de Sindicatos de Moscú, se decidió, de conformidad con las conclusiones e informes de los delegados de cada organización, que los sindicatos deberían velar por la disciplina de sus adherentes e impedirles tomar parte en combates callejeros, porque la huelga de masas es considerada como inoportuna. Frente a las provocaciones eventuales del gobierno deben vigilar para que la masa no salga a la calle. Finalmente la Unión decidió que durante todo el tiempo en que un sindicato realice una huelga, los otros deben abstenerse de presentar reivindicaciones salariales. En lo sucesivo la mayoría de las luchas económicas serán dirigidas por los sindicatos. \*

\* Sólo en las dos primeras semanas de junio de 1906, los sindicatos emprendieron las siguientes luchas reivindicativas:

Los tipógrafos de San Petersburgo, Moscú, Odesa, Minsk, Vilna, Saratov, Tambov, por la jornada de ocho horas y el reposo semanal.

Huelga general de los marinos de Odesa, Nicolaiev, Kertch, Crimea, Cáucaso, la flota del Volga, Cronstadt, Varsovia y Plock, por el reconocimiento del sindicato y la liberación de los delegados detenidos.

Los obreros de los puertos de Saratov, Nicolaiev, Zaritsin, Arcangelsk, Bialystock, Vilna, Odesa, Jarkov, Brest-Litovsk, Radom, Tiflis.

Los obreros agrícolas en los distritos de Verjné-Dnieprovsk, Borinsovik, Simferópol, en las gobernaciones de Todolsk, Tula, Kursk, en los distritos de Kozlov, Lipovitz, en Finlandia, en las gobernaciones de Kiev, en el distrito de Elisavetgrad.

En varias ciudades la huelga se extendió en este periodo a casi todos los oficios al mismo tiempo: por ejemplo en Saratov, Arcangelsk, Kertch, Kremenchtug; en Backmut, huelga general de los mineros en toda la cuenca.

En otras ciudades el movimiento reivindicativo afectó a todos los oficios

Es así como la gran lucha económica cuyo punto de partida ha sido la huelga general de enero que continúa hasta el presente, constituye el transfondo de la revolución, de donde a veces vemos brotar explosiones aisladas o estallar inmensas batallas del proletariado en su totalidad —bajo la influencia conjugada y alternada de la propaganda política y de los acontecimientos externos. Citemos algunas de estas explosiones sucesivas: en Varsovia el 1 de mayo de 1905, en ocasión de la fiesta del trabajo, una huelga general total sin ejemplo hasta entonces, acompañada por una manifestación de masas perfectamente pacífica, terminó en un enfrentamiento sangriento de la multitud desarmada con la tropa. En Lodz, en el mes de junio, la dispersión por parte del ejército de una reunión de masas, dio lugar a una manifestación de cien mil obreros; en ocasión del entierro de algunas de las víctimas de la soldadesca, se produce un nuevo encuentro con el ejército, y finalmente se declara la huelga general. Esta termina los días 23, 24 y 25 de mayo con un combate de barricadas, el primero del Imperio de los zares. En junio igualmente estalló en el puerto de Odesa, a propósito de un pequeño incidente a bordo del acorazado *Potemkin*, la primera gran sublevación de marineros de la flota del Mar Negro, que provocó a su vez una inmensa huelga de masas en Odesa y Nicolaiev. Este motín tuvo otras repercusiones aún: una huelga y algunas rebeliones de marinos en Kronstadt, Libau y Vladivostock.

En octubre tuvo lugar en San Petersburgo la experiencia revolucionaria de la instauración de la jornada de ocho horas. El consejo de los delegados obreros decide introducir por métodos revolucionarios la jornada de ocho horas. De este modo, en una fecha determinada, todos los obreros de San Petersburgo declararán a sus patrones que se niegan a trabajar más de ocho horas por día y abandonarán sus lugares de trabajo a la hora fijada. Esta idea sirvió de pretexto para una intensa campaña de propaganda, fue acogida y ejecutada por el proletariado que no escatimó los más grandes sacrificios; por ejemplo, por los obreros textiles, que hasta entonces eran pagados a destajo y cuya jornada de trabajo era de once horas, la reducción a ocho sucesivamente en el curso de esas dos semanas: por ejemplo, en San Petersburgo, Varsovia, Moscú, en toda la provincia de Ivánovo-Vosnesensk.

La huelga tenía como objeto en todas partes la reducción del tiempo de trabajo, el descanso semanal, reivindicaciones relativas a los salarios. La mayoría de las huelgas terminaron con la victoria. Los informes locales hacen resaltar que afectaron parcialmente categorías de obreros que participaban por primera vez en una lucha reivindicativa salarial.

horas representaba una pérdida enorme de salario, pero sin embargo la aceptaron sin vacilaciones. Por espacio de una semana la jornada de ocho horas se había introducido en San Petersburgo y la alegría de la clase obrera no conoce límites. No obstante, inmediatamente la patronal, en un principio desamparada, se prepara para la reacción: en todas partes se amenaza con cerrar las fábricas. Un cierto número de obreros acepta negociar y obtienen la jornada de diez horas en un lado, la de nueve en otro. Sin embargo, la élite del proletariado de San Petersburgo, los obreros de las grandes fábricas nacionales de metalurgia permanecen inmovibles: sigue un lock-out; de 45 a 50.000 obreros son lanzados a la calle por un mes. De este hecho, el movimiento en favor de la jornada de ocho horas prosigue en la huelga general de diciembre, desencadenada en gran parte por el lock-out. En el intervalo sobreviene en octubre, en respuesta al proyecto de Duma de Bulygin,<sup>10</sup> la segunda y poderosísima huelga general desencadenada ante una consigna de los ferroviarios y que se extiende a todo el Imperio. Esta segunda gran acción revolucionaria del proletariado reviste un carácter sensiblemente diferente al de la primera huelga de enero. La conciencia política desempeña un papel mucho más importante en ella. Ciertamente, la ocasión que desencadenó la huelga de masas fue también aquí accesoria y aparentemente fortuita: se trata del conflicto entre los ferroviarios, y la administración, a propósito de la caja de jubilaciones. Pero el levantamiento general del proletariado que se produjo se sustenta en un pensamiento político claro. El prólogo de la huelga de enero había sido una súplica dirigida al zar a fin de obtener la libertad política; la consigna de la huelga de octubre era: "Terminemos con la comedia institucional del zarismo!" Y gracias al éxito inmediato de la huelga, que se traduce en el manifiesto zarista del 30 de octubre, el movimiento no se repliega sobre sí mismo como en enero para volver al comienzo de la lucha económica, sino que desborda hacia el exterior, ejerciendo con ardor la libertad política recientemente conquistada. Manifestaciones, reuniones, una prensa naciente, discusiones públicas, masacres sangrientas para terminar con el regocijo, seguidos de nuevas huelgas de masas y de nuevas manifestaciones, tal es el cuadro agitado de las jornadas de noviembre y diciembre. En noviem-

<sup>10</sup> Bulygin, estadista ruso (1851-1919). Designado Ministro del Interior en febrero de 1905, debió redactar, bajo la presión revolucionaria, un decreto prometiendo un régimen constitucional. La primera Duma que se constituyó después de la revolución de 1905 lleva su nombre.

bre, ante el llamamiento de la socialdemocracia, se organiza en San Petersburgo la primera huelga de protesta contra la represión sangrienta y la proclamación del estado de sitio en Livonia y en Polonia. El sueño de la Constitución es seguido por un despertar brutal, y la sorda agitación termina por desatar en diciembre la tercera huelga general de masas, que se extiende a todo el Imperio. Esta vez el desarrollo y la culminación son totalmente diferentes que en los casos anteriores. La acción política no cede el lugar a la acción económica como en enero, tampoco obtiene una victoria rápida como en octubre. La camarilla zarista no renueva sus tentativas por instaurar una libertad política verdadera y la acción revolucionaria choca así, por primera vez, con toda la extensión de ese muro inquebrantable: la fuerza material del absolutismo. Por la lógica evolución interna de los acontecimientos en curso, la huelga de masas se transforma en rebelión abierta, en lucha armada, en combates callejeros y en barricadas en Moscú. Las jornadas de diciembre en Moscú constituyen el punto culminante de la acción política y del movimiento de huelgas de masas, cerrando de este modo el primer año laborioso de la revolución. Los acontecimientos de Moscú muestran en imagen reducida la evolución lógica y el porvenir del movimiento revolucionario en su conjunto: su culminación inevitable en una rebelión general abierta. Sin embargo, ésta sólo puede producirse después de un entrenamiento adquirido en una serie de rebeliones parciales y preparatorias, que desembocan provisionalmente en "derrotas" exteriores y parciales, pudiendo aparecer cada una como "prematura".

El año 1906 es el de las elecciones y del episodio de la Duma. El proletariado, animado por un poderoso instinto revolucionario que le permite tener una visión clara de la situación, boicotea la farsa constitucional zarista. El liberalismo ocupa de nuevo por algunos meses el escenario político. Parece volverse a la situación de 1904. La acción cede el lugar a la palabra y el proletariado entra en la sombra por algún tiempo, para consagrarse con más ardor aún a la lucha sindical y al trabajo de organización. Las huelgas de masas cesan, mientras día tras día los liberales hacen estallar los petardos de su elocuencia. Finalmente, la cortina de hierro cae bruscamente, los actores son dispersados, de los petardos de elocuencia liberal sólo queda el humo y el polvo. Una tentativa de la socialdemocracia por llamar a manifestarse con una corta huelga de masas en favor de la Duma y del restablecimiento de la libertad de palabra cae en el vacío. La huelga política de masas agotó su papel como tal y el paso

de la huelga al levantamiento general del pueblo y a los combates callejeros no está maduro. El episodio liberal está terminado, el episodio proletario no ha recommenzado aún. La escena permanece provisionalmente vacía.

#### IV

En las páginas que preceden hemos tratado de esbozar sumariamente la historia de la huelga de masas en Rusia. Una simple ojeada sobre esta historia nos ofrece una imagen de la huelga de masas que no se parece en nada a la que nos hacemos de ella en Alemania en el curso de las discusiones. En lugar de un esquema rígido y vacío que nos muestra una "acción" política lineal ejecutada con prudencia y según un plan decidido por las instancias supremas de los sindicatos, vemos un fragmento de vida real hecho de carne y de sangre que no se puede separar del medio revolucionario, unida por el contrario por mil vínculos al organismo revolucionario en su totalidad. La huelga de masas tal como nos la muestra la revolución rusa es un fenómeno tan fluido que refleja en sí todas las fases de la lucha política y económica, todos los estadios y todos los momentos de la revolución. Su campo de aplicación, su fuerza de acción, los factores de su desencadenamiento, se transforman de continuo. Repentinamente abre perspectivas nuevas a la revolución en un momento en que ésta parecía encaminarse hacia un estancamiento. Y se niega a funcionar en el momento en que se creía poder contar con ella con toda seguridad. A veces la ola del movimiento invade todo el Imperio, se divide en una red infinita de pequeños arroyos; veces brota del suelo como una fuente viva a veces se pierde dentro de la tierra. Huelgas económicas y políticas, huelgas de masas y huelgas parciales, huelgas de demostración o de combate, huelgas generales que afectan a sectores particulares o a ciudades enteras, luchas reivindicativas pacíficas o batallas callejeras, combates de barricada: todas estas formas de lucha se entrecruzan o se rozan, se atraviesan o desbordan una sobre otra; es un océano de fenómenos eternamente nuevos y fluctuantes. Y la ley del movimiento de esos fenómenos aparece claramente: no reside en la huelga de masas en sí misma, en sus particularidades técnicas, sino en la relación de las fuerzas políticas y sociales de la revolución. La huelga de masas es simplemente la forma que adopta la lucha revolucionaria y toda desnivelación en la relación de las fuerzas en lucha,



en el desarrollo del partido y la división de las clases, en la posición de la contrarrevolución, influye inmediatamente sobre la acción de la huelga a través de mil caminos invisibles e incontrolables. Sin embargo, la acción de la huelga en sí misma no se detiene prácticamente ni un solo instante. No hace más que revestir otras formas, modificar su extensión, sus objetivos, sus efectos. Es el pulso vivo de la revolución y al mismo tiempo su motor más poderoso. En una palabra, la huelga de masas, tal como nos la ofrece la revolución rusa, no es un medio ingenioso inventado para reforzar la lucha proletaria; *representa al movimiento mismo de la masa proletaria, la forma de manifestación de la lucha proletaria en el curso de la revolución.*

A partir de esto se pueden deducir algunos puntos de vista generales que permitirán juzgar el problema de la huelga de masas.

① Es absolutamente erróneo concebir la huelga de masas como una acción aislada; ella es más bien el signo, el concepto unificador de todo un período de años, quizás de decenios, de la lucha de clases. Si se consideran las innumerables y diferentes huelgas de masas que tuvieron lugar en Rusia desde hace cuatro años, una sola variante e incluso de importancia secundaria corresponde a la definición de ella como acto único y breve de características puramente políticas, desencadenado y detenido a voluntad según un plan preconcebido: me refiero aquí a la simple huelga de protesta. Durante todo este período de cinco años sólo vemos en Rusia algunas huelgas de ese género en pequeño número y, lo que es notable, limitadas por lo común, a una ciudad. Citemos entre otras la huelga general anual del 1 de mayo en Varsovia y Lodz —en Rusia propiamente dicha la costumbre de celebrar el 1 de mayo mediante la paralización del trabajo no está aún extendida ampliamente—, la huelga de masas en Varsovia el 11 de septiembre de 1905 en ocasión del entierro del condenado a muerte Martín Kasprzak;<sup>11</sup> la de noviembre de 1905 en San Petersburgo en señal de protesta contra la proclamación del estado de sitio en Polonia y Livonia; la del 22 de enero de 1906 en Varsovia, Lodz, Czenstochau y en la cuenca minera de Dombrowa, lo mismo que en algunas ciudades rusas en conmemoración del domingo sangriento de San Petersburgo; en julio de 1906 una huelga general de Tiflis en manifestación de solidaridad con los soldados condenados por suble-

<sup>11</sup> Martin Kasprzak, dirigente del grupo de Varsovia del Partido Revolucionario Socialista Proletario. Rosa Luxemburg lo conoció en el año 1887, cuando ella se adhirió a ese movimiento.

vación y finalmente por la misma razón en septiembre de ese año durante el proceso militar de Reval. Todas las otras huelgas de masas parciales o huelgas generales son huelgas de lucha y no de protesta. Con ese carácter nacieron espontáneamente en ocasión de incidentes particulares locales y fortuitos y no de acuerdo con un plan preconcebido y deliberado y, merced a la potencia de fuerzas elementales, adquirieron las dimensiones de un movimiento de gran envergadura. No concluían con la retirada ordenada, sino que se transformaban a veces en luchas económicas, a veces en combates callejeros y otras veces se derrumbaban por sí mismas.

Dentro de este cuadro de conjunto, las huelgas de protesta política pura desempeñaron un papel de segundo orden: el de puntos minúsculos y aislados en medio de una gran superficie. Si consideramos las cosas según la cronología, comprobamos lo siguiente: las huelgas de protesta que, a diferencia de las huelgas de lucha, exigen un nivel muy elevado de disciplina del partido, una dirección política y una ideología política conscientes, y aparecen en consecuencia según el esquema como la forma más alta y madura de la huelga de masas, son importantes sobre todo al comienzo del movimiento. De este modo el paro total del 1 de mayo de 1905 en Varsovia, primer ejemplo de la aplicación perfecta de una decisión del partido, fue un acontecimiento de gran alcance para el movimiento proletario en Polonia. Igualmente la huelga de solidaridad en noviembre de 1905 en San Petersburgo, primer ejemplo de una acción de masas concertada, causó sensación. También el "ensayo de huelga general" de los camaradas de Hamburgo el 17 de enero de 1906, que ocupara un lugar destacado en la historia de la futura huelga de masas en Alemania, constituye el primer intento espontáneo de usar esta arma tan discutida, intento que, por otra parte, tuvo éxito y que testimonia la combatividad de los obreros hamburgueses.

De igual modo, una vez comenzado el período de huelgas de masas en Alemania, culminará seguramente con la instauración de la fiesta del 1 de mayo con un paro general del trabajo. Esta fiesta podrá ser celebrada como la primera demostración colocada bajo el signo de las luchas de masas. En tal sentido, ese "viejo caballo de batalla", como se ha llamado al 1 de mayo en el congreso sindical de Colonia, tiene todavía un gran porvenir y está llamado a desempeñar un papel importante en las luchas de clase proletarias en Alemania. Sin embargo, con el desarrollo de las luchas revolucionarias la importancia de tales demostra-

ciones disminuye con rapidez. Los mismos factores que hacen objetivamente posible el desencadenamiento de las huelgas de protesta según un plan preconcebido y de acuerdo a una consigna de los partidos, a saber, el crecimiento de la conciencia política y de la educación del proletariado hacen imposible esta clase de huelgas. En las actuales circunstancias, el proletariado ruso y, más concretamente, su vanguardia más activa, no quiere saber ya nada de las huelgas demostrativas, los obreros no tienen ganas de bromas y sólo quieren luchas serias con todas sus consecuencias. Si es verdad que en el curso de la primera gran huelga de masas en enero de 1905 el elemento demostrativo desempeñaba todavía un gran papel —bajo una forma no deliberada sino instintiva y espontánea— en cambio la tentativa del comité central del Partido Socialdemócrata Ruso por llamar en el mes de agosto a una huelga de masas en favor de la Duma fracasó entre otras causas por la aversión del proletariado consciente hacia las acciones tibias y de mera demostración.

② Pero, si en lugar de esta categoría secundaria de las huelgas de demostración, consideramos la huelga combativa tal como la vemos hoy en Rusia constituyendo el soporte real de la acción proletaria, nos sorprende el hecho de que el elemento económico y el elemento político se presenten tan indisolublemente vinculados. Aquí también la realidad se aparta del esquema teórico; la concepción pedante que hace derivar lógicamente la huelga de masas política pura de la huelga general económica, como si aquella fuera el estadio más maduro y elevado y que distingue cuidadosamente una forma de otra, es desmentida por la experiencia de la revolución rusa. Esto no ha quedado demostrado solamente por el hecho de que las huelgas de masas —desde la primera gran huelga reivindicativa de los obreros textiles de San Petersburgo en 1896-97 hasta la última gran huelga de diciembre de 1905— hayan pasado insensiblemente del campo de las reivindicaciones económicas al de la política, aunque es casi imposible trazar fronteras entre unas y otras. Sin embargo, cada una de las grandes huelgas de masas vuelve a trazar, en miniatura por así decirlo, la historia general de las huelgas en Rusia, comenzando por un conflicto sindical puramente reivindicativo o al menos parcial, recorriendo luego todos los grados hasta la manifestación política. La tempestad que sacudió el sur de Rusia en 1902 y 1903 comenzó en Bakú, como ya vimos, con una protesta contra las medidas tomadas contra los parados, en Rostov con reivindicaciones salariales, en Tiflís con una lucha de los

empleados de comercio para obtener una disminución de la jornada de trabajo, en Odesa con una reivindicación de salarios en una pequeña fábrica aislada. La huelga de masas de enero de 1905 se inició con un conflicto en el interior de las fábricas Putilov, la huelga de octubre con reivindicaciones de los ferroviarios por su caja de jubilaciones, la huelga de diciembre, finalmente, con la lucha de los empleados de correos y telégrafos para obtener el derecho de asociación. El progreso del movimiento no se manifiesta por el hecho de que el elemento económico desaparece, sino más bien por la rapidez con que se recorren todas las etapas hasta la manifestación política, y por la posición más o menos extrema del punto final alcanzado por la huelga de masas.

Sin embargo, el movimiento en su conjunto no se orienta únicamente en el sentido de un paso de lo económico a lo político, sino también en el sentido inverso. Cada una de las acciones de masa políticas se transforma, luego de haber alcanzado su apogeo, en una multitud de huelgas económicas. Esto es válido no sólo para cada una de las grandes huelgas, sino también para la revolución en su conjunto. Cuando la lucha política se extiende, se clarifica y se intensifica, la lucha reivindicativa no sólo no desaparece sino que se extiende, organiza e intensifica paralelamente. Existe interacción completa entre ambas.

Cada nuevo impulso y cada nueva victoria de la lucha política dan un ímpetu poderoso a la lucha económica ampliando sus posibilidades de acción exterior y dando a los obreros nuevos bríos para mejorar su situación aumentando su combatividad. Cada ola de acción política deja detrás suyo un limo fértil de donde surgen inmediatamente mil brotes nuevos: las reivindicaciones económicas. E inversamente, la guerra económica incesante que los obreros libran contra el capital mantiene despierta la energía combativa incluso en las horas de tranquilidad política; de alguna manera constituye una reserva permanente de energía de la que la lucha política extrae siempre fuerzas frescas. Al mismo tiempo el trabajo infatigable de corrosión reivindicativa desencadena aquí o allá conflictos agudos a partir de los cuales estallan bruscamente las batallas políticas.

En una palabra, la lucha económica presenta una continuidad, es el hilo que vincula los diferentes núcleos políticos; la lucha política es una fecundación periódica que prepara el terreno a las luchas económicas. La causa y el efecto se suceden y alternan sin cesar, y de este modo el factor económico y el factor

político, lejos de distinguirse completamente o incluso de excluirse recíprocamente como lo pretende el esquema pedante, constituyen en un período de huelgas de masas dos aspectos complementarios de las luchas de clases proletarias en Rusia. La huelga de masas constituye precisamente su unidad. La teoría sutil diseña artificialmente con la ayuda de la lógica a la huelga de masas para obtener una "huelga política pura", pero he aquí que una disección semejante, al igual que todas las disecciones, no nos permite ver el fenómeno vivo, nos entrega un cadáver.

③ Finalmente los acontecimientos de Rusia nos muestran que la huelga de masas es inseparable de la revolución; su historia se confunde con la historia de la revolución. Sin duda, cuando los campeones del oportunismo en Alemania escuchan hablar de revolución piensan inmediatamente en la sangre vertida, en batallas callejeras, en la pólvora y el plomo, y deducen con toda lógica que la huelga de masas conduce inevitablemente a la revolución; concluyen que es menester abstenerse de realizarla. Y de hecho verificamos que en Rusia casi todas las huelgas de masas terminan en un enfrentamiento sangriento con las fuerzas zaristas del orden; lo cual es tan cierto para las huelgas pretendidamente políticas como para los conflictos económicos. Pero la revolución es otra cosa, es algo más que un simple baño de sangre. A diferencia de la policía que entiende por revolución simplemente la batalla callejera y la pelea, es decir, el "desorden", el socialismo científico ve en la revolución antes que nada una transformación interna profunda de las relaciones de clase. Desde ese punto de vista entre la revolución y la huelga de masas existe en Rusia una relación mucho más estrecha que la que se establece a través de la comprobación trivial, a saber que la huelga de masas concluye generalmente en un baño de sangre.

Hemos estudiado el mecanismo interno de la huelga de masas rusa fundada sobre una relación de causalidad recíproca entre el conflicto político y el conflicto económico. Pero esta relación de causalidad recíproca está determinada precisamente por el período revolucionario. Solamente en la tempestad revolucionaria cada lucha parcial entre el capital y el trabajo adquiere las dimensiones de una explosión general. En Alemania se asiste todos los años, todos los días, a los conflictos más violentos, más brutales entre los obreros y los patrones sin que la lucha supere los límites de la rama de industria, de la ciudad e incluso de la fábrica en cuestión. El despido de obreros organizados como en San Petersburgo, la desocupación como en Bakú, reivindicaciones salariales como en Odesa, luchas por el

derecho de asociación como en Moscú: todo esto se produce diariamente en Alemania. Pero ninguno de esos incidentes da lugar a una acción de clase común. E incluso si esos conflictos se extienden hasta convertirse en huelgas de masas con carácter netamente político no desembocan en una explosión general. La huelga general de los ferroviarios holandeses que a pesar de las simpatías ardientes que suscitó se extinguió en medio de la inmovilidad absoluta del conjunto del proletariado, nos proporciona un ejemplo aleccionador de ello.

A la inversa, sólo en un período revolucionario, cuando los fundamentos sociales y las barreras que separan a las clases sociales están quebrantadas, cualquier acción política del proletariado puede arrancar de la indiferencia en pocas horas a las capas populares que habían permanecido hasta entonces apartadas, lo que se manifiesta naturalmente a través de una batalla económica tumultuosa. Súbitamente electrizados por la acción política los obreros reaccionan de inmediato en el campo que les es más próximo: se sublevan contra su condición de esclavitud económica. El gesto de revuelta que es la lucha política les hace sentir con una intensidad insospechada el peso de sus cadenas económicas. Mientras que en Alemania la lucha política más violenta, la campaña electoral o los debates parlamentarios a propósito de las tarifas aduaneras, no tienen más que una importancia mínima sobre el curso o la intensidad de las luchas reivindicativas que se llevan a cabo al mismo tiempo, en Rusia toda acción del proletariado se manifiesta inmediatamente por una extensión e intensificación de la lucha económica.

De este modo sólo la revolución crea las condiciones sociales que permiten un paso inmediato de la lucha económica a la lucha política y de ésta a aquélla, lo que se expresa a través de la huelga de masas. El esquema vulgar sólo percibe una relación entre la huelga de masas y la revolución en los enfrentamientos sangrientos con que concluyen las huelgas de masas; pero un examen más profundo de los acontecimientos rusos nos hace descubrir una relación *inversa*. En realidad no es la huelga de masas la que produce la revolución, sino la revolución la que produce la huelga de masas.

④ Es suficiente con resumir lo que precede para descubrir una solución al problema de la dirección y de la iniciativa de la huelga de masas. Si ella no significa un acto aislado sino todo un período de la lucha de clases, si este período se confunde con el período revolucionario, es evidente que no se puede desencadenar arbitrariamente, aunque la decisión emane de las instan-

cias supremas del más poderoso de los partidos socialistas. Mientras no esté al alcance de la socialdemocracia el poner en marcha o anular las revoluciones a su gusto, ni siquiera el entusiasmo y la impaciencia más fogosa de las tropas socialistas serán suficientes para crear un verdadero período de huelga general como movimiento popular potente y vivo. La audacia de la dirección del partido y la disciplina de los obreros pueden lograr sin duda organizar una manifestación única y de corta duración: tal fue el caso de la huelga de masas en Suecia o más recientemente en Austria, o también de la huelga del 17 de enero en Hamburgo<sup>12</sup>. Pero estas manifestaciones se parecen a un verdadero período de huelgas de masas revolucionario tanto como unas maniobras navales realizadas en un puerto extranjero, cuando las relaciones diplomáticas son tensas, se parecen a una guerra. Una huelga de masas nacida simplemente de la disciplina y del entusiasmo desempeñará en el mejor de los casos sólo el papel de un síntoma de la combatividad de los trabajadores, después de lo cual la situación retornará a la apacible rutina cotidiana. Ciertamente, incluso durante la revolución, las huelgas no caen del cielo. Es necesario que de una u otra manera sean realizadas por los obreros. La resolución y la decisión de la clase obrera desempeñará también un papel y es menester precisar que tanto la iniciativa como la dirección de las operaciones ulteriores incumben muy naturalmente a la parte más esclarecida y mejor organizada del proletariado: la socialdemocracia. Pero esta iniciativa y esta dirección sólo se aplican a la ejecución de tal o cual acción aislada, de tal o cual huelga de masas cuando el período revolucionario está ya en curso y las más de las veces esto ocurre en el interior de una ciudad dada. Por ejemplo, ya hemos visto que alguna vez la socialdemocracia ha lanzado expresamente y con éxito la consigna de huelga en Bakú, en Varsovia, en Lodz, en San Petersburgo. Semejante iniciativa tiene muchas menos posibilidades de éxito si se aplica a movimientos generales que afectan al conjunto del proletariado. Por otra parte, la iniciativa y la dirección de las operaciones tienen sus límites determinados. Precisamente durante la revolución es en extremo difícil para un organismo dirigente del movimiento obrero prevenir y calcular la ocasión y los factores que pueden desencadenar o no explosiones. Tomar la iniciativa y la dirección de las operaciones no consiste aquí tampoco en dar arbitrariamente órdenes, sino en adaptarse lo más hábilmente posible a la situación y en man-

<sup>12</sup> El 17 de enero de 1906, en Hamburgo, se produjo lo que Rosa Luxemburg denomina "un ensayo de huelga de masas".

tener el contacto más estrecho con la moral de las masas. El elemento espontáneo, según ya vimos, desempeña un gran papel en todas las huelgas de masas en Rusia, ya sea como elemento impulsor, ya sea como freno. Pero esto es así no porque en Rusia la socialdemocracia sea aún joven y débil, sino por el hecho de que cada operación particular es el resultado de una tal infinidad de factores económicos, políticos, sociales, generales y locales, materiales y psicológicos que ninguno de ellos puede definirse ni calcularse como un ejemplo aritmético. Incluso si el proletariado, con la socialdemocracia a la cabeza, desempeña un papel dirigente, la revolución no es una maniobra del proletariado sino una batalla que se desarrolla cuando alrededor todos los fundamentos sociales crujen, se desmoronan y se desplazan incesantemente. Si el elemento espontáneo desempeña un papel tan importante en las huelgas de masas en Rusia, no es porque el proletariado ruso sea "insuficientemente educado", sino porque las revoluciones no se aprenden en la escuela.

Por otra parte, comprobamos que en Rusia esta revolución que hace tan difícil a la socialdemocracia conquistar la dirección de la huelga y que tan pronto le arranca, como tan pronto le ofrece la batuta de director de orquesta, resuelve por el contrario precisamente todas las dificultades de la huelga, esas dificultades que el esquema teórico tal como es discutido en Alemania considera como la preocupación principal de la dirección: el problema del "aprovisionamiento", de los "gastos", de los "sacrificios materiales". Indudablemente no los resuelve de la misma forma en que se solucionan, lápiz en mano, en el curso de una apacible conferencia secreta mantenida por las instancias superiores del movimiento obrero. El "arreglo" de todos esos problemas se resume en lo siguiente: la revolución hace entrar en escena masas populares tan inmensas que toda tentativa de regular por adelantado o estimar los gastos del movimiento —tal como se hace la estimación de los gastos de un proceso civil— aparece como una empresa desesperada. Es verdad que en la propia Rusia los organismos directivos tratan de sostener con sus mejores medios a las víctimas del combate. De este modo, por ejemplo, el Partido ayudó durante semanas a las valerosas víctimas del gigantesco lock-out que tuvo lugar en San Petersburgo, luego de la campaña por la jornada de ocho horas. Pero en el inmenso balance de la revolución esto equivale a una gota de agua en el mar. En el momento en que comienza un período de huelgas de masas de gran envergadura, todas las previsiones y cálculos de gastos son tan vanos como la pretensión



de vaciar el océano con un vaso. En efecto, el precio que paga la masa proletaria por toda revolución es un océano de privaciones y de sufrimientos terribles. Un período revolucionario resuelve esta dificultad en apariencia insoluble desencadenando en la masa una suma tal de idealismo que la vuelve insensible a los sufrimientos más agudos. No se puede hacer ni la revolución ni la huelga de masas con la psicología de un sindicato que sólo consentiría en detener el trabajo el 1 de mayo con la condición de poder contar con precisión con un subsidio determinado por adelantado en caso de ser despedido. Pero en la tempestad revolucionaria el proletario, el padre de familia prudente, se transforma en un "revolucionario romántico" para el cual el bien supremo mismo —la vida— y con mayor razón el bienestar material tienen poco valor en comparación con el ideal de lucha. En consecuencia, si es verdad que el período revolucionario se encarga de la dirección de la huelga en el sentido de la iniciativa de su desencadenamiento y de la carga de los gastos, no es menos cierto que en un sentido completamente diferente la dirección de la huelga de masas corresponde a la socialdemocracia y a sus organismos directivos. En lugar de plantearse el problema de la técnica y del mecanismo de la huelga de masas en un período revolucionario, la socialdemocracia está llamada a asumir la dirección política. La tarea de "dirección" más importante en el período de la huelga de masas consiste en dar la consigna de la lucha, en orientar, en regular la táctica de la lucha política de manera tal, que en cada fase y en cada instante del combate, sea realizada y movilizada la totalidad del poder del proletariado ya comprometido y lanzado a la batalla y que este poder se exprese por la posición del partido en la lucha; es necesario que la táctica de la socialdemocracia nunca se encuentre, en lo que respecta a la energía y a la precisión, por debajo del nivel de la relación de las fuerzas en acción, sino que por el contrario sobrepase ese nivel; en tal caso dicha dirección política se transformará automáticamente en cierta medida en dirección técnica. Una táctica socialista consecuente, resuelta, avanzada, provoca en las masas un sentimiento de seguridad, de confianza, de combatividad; una táctica vacilante, débil, fundada en una sobreestimación de las fuerzas del proletariado, paraliza y desorienta a las masas. En el primer caso las huelgas estallan "espontáneamente" y siempre "en el momento oportuno"; en el segundo caso será inútil que el partido llame directamente a la huelga. Todo será en vano. La revolución rusa nos ofrece ejemplos que hablan de uno y del otro caso.

## V

En los momentos actuales la cuestión a plantear es la siguiente: ¿en qué medida todas las lecciones que se pueden extraer de la huelga general en Rusia pueden aplicarse a Alemania? Las condiciones sociales y políticas, la historia y la situación del movimiento obrero difieren enteramente en Alemania y en Rusia. A primera vista podría pensarse que las leyes internas de las huelgas de masas en Rusia, tal como las hemos expuesto más arriba, son resultado de condiciones específicamente rusas, no siendo válidas en absoluto para el proletariado alemán. En la revolución, la lucha política y la lucha económica están vinculadas por relaciones muy estrechas y su unidad se revela en el período de las huelgas de masas. Pero, ¿no es eso una consecuencia del absolutismo ruso? En un Estado donde toda forma y manifestación del movimiento obrero están prohibidos, donde la más simple de las huelgas es un crimen, toda lucha económica se transforma necesariamente en lucha política.

Por otra parte, e inversamente, si la primera explosión de la revolución implicó un ajuste de cuentas general de la clase obrera con la patronal, esto es la simple consecuencia del hecho de que hasta entonces el obrero ruso tenía el nivel de vida más bajo y jamás había llevado adelante la menor batalla económica en regla para mejorar su suerte. El proletariado ruso debía comenzar primero por salir de la más innoble condición: ¿por qué asombrarnos entonces de que haya puesto en ello un ardor juvenil desde el momento en que la revolución hubo traído el primer soplo vivificador en el aire irrespirable del absolutismo? Y, finalmente, el curso tumultuoso de la huelga de masas, así como su carácter elemental y espontáneo se explican en parte por la situación política atrasada de Rusia y en parte por la falta de educación y de organización del proletariado ruso. En un país donde la clase obrera tiene detrás suyo treinta años de experiencia de vida política, un partido socialista con tres millones de votos y un centro de tropas sindicalmente organizadas que alcanzan un millón y cuarto, es imposible que la lucha política, que las huelgas de masas, revistan el mismo carácter tempestuoso y elemental que en un Estado semibárbaro que acaba apenas de pasar sin transición de la Edad Media al orden burgués moderno. Esta es la idea que se hace generalmente la gente que quiere medir el grado de madurez de la situación económica de un país, a partir de la letra de sus leyes escritas.

Examinemos los problemas separadamente. En primer lugar, es inexacto hacer remontar el principio de la lucha económica a la explosión de la revolución. De hecho, las huelgas y los conflictos salariales no habían dejado de estar cada vez más a la orden del día; a partir del inicio de la década del 90 en Rusia propiamente dicha e incluso desde fines de los años 80 en la Polonia rusa, prácticamente habían adquirido carta de ciudadanía. Es verdad que provocaban a menudo brutales represiones policiales, sin embargo formaban parte de los hechos cotidianos. Es así como en Varsovia y en Lodz existía desde 1891 una caja mutual importante; el entusiasmo por los sindicatos hizo nacer en Polonia durante algún tiempo incluso esas ilusiones "economistas" que algunos años más tarde reinaron en San Petersburgo y en el resto de Rusia\*.

De igual modo hay mucha exageración en la idea que nos hacíamos de la miseria del proletariado del Imperio zarista antes de la revolución. La categoría de obrero que es actualmente la más activa y ardiente, tanto en la lucha económica como en la política, la de los trabajadores de la gran industria de las grandes ciudades, tenía un nivel de existencia apenas inferior al de

\* En consecuencia, sólo por error la camarada Roland-Holst puede escribir en el prefacio de la edición rusa de su libro *Generalstreik und Sozialdemokratie* [Huelga general y socialdemocracia]:

"El proletariado [de Rusia] desde los comienzos de la gran industria casi se había familiarizado con la huelga de masas por la simple razón de que bajo la opresión política del absolutismo las huelgas parciales se habían revelado como imposibles" (véase *Neue Zeit*, 1906, n. 33). Todo lo contrario fue lo que se produjo. El informante de la Unión de Sindicatos de San Petersburgo, al comienzo de su informe leído en el curso de la segunda conferencia de los sindicatos rusos en febrero de 1906, señalaba lo siguiente: "En el momento en que se reúne la presente conferencia, no tengo necesidad de hacerles notar que nuestro movimiento sindical no tiene su origen en el período «liberal» del príncipe Sviatopol-Mirski [en 1904.—R. L.] como muchos tratan de hacerlo creer; de donde sí nació es del 22 de enero. El movimiento sindical tiene raíces mucho más profundas; está indisolublemente ligado a todo el pasado de nuestro movimiento obrero. Nuestros sindicatos son sólo formas nuevas de organización que prosiguen la lucha económica que el proletariado ruso lleva adelante desde hace años. Sin profundizar más en la historia tenemos el derecho de decir que la lucha económica de los obreros de San Petersburgo reviste formas más o menos organizadas desde las memorables huelgas de 1896 y 1897. La dirección de esta lucha política corresponde a esa organización socialdemócrata que se llamó *Unión de lucha por la emancipación de la clase obrera* de San Petersburgo y que luego de la conferencia de marzo de 1898 se llamó *Comité petersburgués del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia*. Se creó un sistema complicado de organizaciones en las fábricas, en los distritos y en los barrios con innumerables hilos que vinculaban al organismo central con las masas obreras y permitían responder por medio de tales a todas las necesidades de la clase obrera. De este modo estaba ya la posibilidad de apoyar y dirigir las huelgas."

las categorías correspondientes del proletariado alemán; en cierto número de oficios encontramos salarios iguales e incluso superiores a los existentes en Alemania. Del mismo modo, en lo que respecta a la duración del trabajo, la diferencia entre las grandes empresas industriales de los dos países es insignificante. La idea de un pretendido ilotismo material y cultural de la clase obrera rusa no reposa sobre nada sólido. Si se reflexiona un poco es refutada por el hecho mismo de la revolución y del papel eminente que en ella desempeñó el proletariado. Revoluciones con semejante madurez y lucidez política no se hacen con un subproletariado miserable. Los obreros de la gran industria de San Petersburgo, de Varsovia, de Moscú y de Odesa que encabezaban el combate, están mucho más próximos del tipo occidental en el plano cultural e intelectual de lo que se imaginan los que consideran al parlamentarismo burgués y a la práctica sindical regular como la única e indispensable escuela del proletariado. El desarrollo industrial moderno de Rusia y la influencia de quince años de socialdemocracia dirigiendo y animando la lucha económica han logrado, incluso en ausencia de garantías exteriores del orden legal burgués, un trabajo civilizador importante.

Pero las diferencias se atenúan también si consideramos el otro aspecto de la cuestión y examinamos más de cerca el nivel de vida real de la clase obrera alemana. Las grandes huelgas, de masas políticas agitaron violentamente, desde el primer instante, a las capas más amplias del proletariado ruso, que se lanzó enardecidamente a la batalla económica. ¿Pero acaso no existen en Alemania en el seno de la clase obrera categorías que viven en una oscuridad que la bienhechora luz del sindicato apenas ha iluminado, categorías que se estorzarón muy poco o que trataron sin éxito de salir de su ilotismo social, llevando adelante, cotidianamente, la lucha por los salarios? Tomemos el ejemplo de la miseria de los *mineros*; inclusive en el apacible trajín cotidiano, en la fría atmósfera de la rutina parlamentaria alemana —como en los otros países, por otra parte, hasta en Inglaterra, paraíso de los sindicatos— la lucha de los *mineros* sólo se manifiesta a través de impulsos, fuertes erupciones, huelgas de masas que tienen el carácter de fuerzas elementales. Esta es la prueba de que la oposición entre el capital y el trabajo está demasiado exacerbada, es demasiado violenta como para permitir la disgregación en luchas sindicales parciales, apacibles y metódicas. Pero esta miseria obrera de carácter eruptivo, que incluso en tiempos normales constituye un crisol de tempestades de donde parten

las sacudidas violentas, debería desatar inmediata e inevitablemente un conflicto político y económico brutal con motivo de cada acción política de masas en Alemania, de todo choque un poco violento que agite momentáneamente el equilibrio social normal.

Tomemos el ejemplo de la miseria de los *obreros textiles*: aquí también la lucha económica se manifiesta por medio de explosiones exasperadas y la mayoría de las veces inútiles, que inquietan al país cada dos o tres años y que sólo dan una pálida idea de la violencia explosiva con la que la enorme masa concentrada de los esclavos de la gran industria textil cartelizada reaccionaría en el momento de un sacudimiento político proveniente de una poderosa acción de masas del proletariado alemán.

Consideremos luego la miseria de los trabajadores a domicilio, la de los obreros de la confección, de la electricidad, verdaderos centros eruptivos donde al menor signo de crisis política estallarían conflictos económicos violentos, agravados por el hecho de que el proletariado se embarca aquí muy raramente en la batalla en tiempos de paz social, que su lucha es cada vez más inútil y que el capital lo obliga cada vez más brutalmente a inclinarse apretando los dientes bajo su yugo.

Veamos ahora a las grandes categorías del proletariado que en general, en tiempos "normales", no poseen ningún medio para llevar adelante una lucha económica pacífica por mejorar su condición y están privados de todo derecho a la sindicación. Citemos como primer ejemplo la miseria evidente de los empleados de los *ferrocarriles y de correos*. Estos obreros del estado están en Alemania, en pleno país de la legalidad parlamentaria; en la misma situación que los empleados rusos todavía antes de la revolución; cuando reinaba un absolutismo sin trabas. Desde la gran huelga de octubre de 1905 la situación del ferroviario ruso; en un país donde reinaba todavía formalmente el absolutismo, estaba a cien pies por encima de la del ferroviario alemán en lo que concierne a su libertad de movimiento económico y social. Los ferroviarios y los carteros rusos conquistaron de hecho el derecho a sindicarse en plena tormenta revolucionaria, por así decirlo, e incluso si momentáneamente llueven procesos sobre procesos y despidos sobre despidos, nada puede destruir su solidaridad interna. Sin embargo, suponer como lo hace toda la reacción en Alemania, que la obediencia incondicional de los ferroviarios y carteros alemanes durará eternamente, que es roca inamovible, sería hacer un cálculo psicológico enteramente falso. Es verdad que los dirigentes sindicales

alemanes están tan acostumbrados a la situación existente que, descontentos de soportar sin emoción esta vergüenza sin ejemplo en Europa, pueden contemplar con alguna satisfacción los progresos de la lucha sindical en su país; aunque si hay un levantamiento general del proletariado industrial, la cólera sorda y amasada durante largo tiempo en el corazón de esos esclavos con uniforme del estado estallará inevitablemente. Y cuando la vanguardia del proletariado, los obreros industriales, quieran conquistar nuevos derechos políticos o defender los antiguos, el gran ejército de los ferroviarios y carteros tomará necesariamente conciencia de la vergüenza de su situación y terminará por sublevarse para librarse de esa parte de absolutismo ruso que se ha creado especialmente para ellos en Alemania. La teoría pedante que pretende hacer desarrollar los grandes movimientos populares según esquemas y recetas, ve en la conquista del derecho a la sindicación por parte de los ferroviarios, una *condición* previa sin la cual es imposible "imaginar" siquiera una huelga de masas. El curso verdadero y natural de los acontecimientos sólo puede ser el inverso: únicamente por medio de una acción de masas vigorosa y espontánea podrá ser conquistado el derecho a la sindicación para los carteros y ferroviarios alemanes, y este problema insoluble dentro de la situación actual de Alemania encontrará súbitamente su solución y su realización bajo el efecto y la presión de una acción general del proletariado.

Y finalmente, la más grande e impresionante de las miserias; la de los obreros agrícolas. Dado el carácter específico de la economía inglesa y del escaso papel desempeñado por la agricultura en el conjunto de la economía nacional, se puede comprender que los sindicatos estén organizados pensando exclusivamente en los obreros industriales. En Alemania una organización sindical, por maravillosamente desarrollada que esté, si abarca únicamente a los obreros industriales, sería inaccesible al inmenso ejército de los obreros agrícolas y sólo daría una imagen débil y parcial de la condición proletaria en su conjunto. Pero por otra parte, sería igualmente peligroso caer en la ilusión de que las condiciones en el campo son inmutables y eternas e ignorar que el trabajo infatigable llevado a cabo por la socialdemocracia y más aún por toda la política en Alemania, no cesa de minar la pasividad aparente del obrero agrícola; sería un error pensar que en caso de que el proletariado alemán emprendiera una gran acción de clase, cualquiera sea su objetivo, el proletariado agrícola se mantendría fuera. Ahora bien, la participación de los obreros sólo puede manifestarse inicialmente por

una lucha económica tempestuosa, por medio de potentes huelgas de masas.

De este modo tenemos una imagen por completo diferente de la pretendida superioridad económica del proletariado alemán con relación al proletariado ruso, si dejando de lado la lista de profesiones industriales o artesanales sindicalmente organizadas consideramos las grandes categorías de obreros que se encuentran al margen de la lucha sindical, o cuya situación económica particular no puede entrar en el estrecho marco de la lucha sindical cotidiana. Pero, incluso si miramos hacia la vanguardia organizada del proletariado industrial alemán y si por otra parte observamos el espíritu de los objetivos económicos perseguidos actualmente por los obreros rusos, comprobamos que no se trata en modo alguno de combates que los más antiguos sindicatos alemanes puedan permitirse despreciar como anacrónicos. Así ocurre con la reivindicación principal de las huelgas rusas a partir del 22 de enero de 1905: la jornada de ocho horas no es en absoluto un objetivo superado por el proletariado alemán, todo lo contrario, en la mayoría de los casos aparece como un bello ideal lejano. Otro tanto puede decirse de la "situación del patrón amo en su casa", de la lucha por la introducción de comités obreros en todas las fábricas, la supresión del trabajo a destajo, del trabajo artesanal a domicilio, del respeto absoluto del reposo dominical, del reconocimiento del derecho a sindicarse. Observados de cerca todos los objetivos económicos que el proletariado ruso coloca al orden del día de la revolución tienen también la mayor actualidad para el proletariado alemán y rozan los puntos dolorosos de la condición obrera. Como resultado de estas reflexiones, tenemos en principio como conclusión que la huelga de masas puramente política, tema preferido de todas las discusiones, es también para Alemania un simple esquema teórico sin vida. Si las huelgas de masas nacen de una gran fermentación revolucionaria y se transforman naturalmente en luchas políticas resueltas del proletariado urbano, cederán con la misma naturalidad el lugar a todo un período de luchas económicas elementales, tal como ha ocurrido en Rusia. Los temores de los dirigentes sindicales que temen que en un período de luchas políticas tempestuosas, en un período de huelgas de masas, la batalla por los objetivos económicos pueda ser apartada o ahogada, reposan sobre una concepción totalmente escolástica y gratuita del desarrollo de los acontecimientos y por el contrario incluso en Alemania un período revolucionario más bien transformaría el carácter de la batalla económica e intensificaría ésta a un punto

tal que la pequeña guerrilla sindical actual aparecería en comparación como un juego de niños. Y por otra parte, esta explosión elemental de huelgas de masas económicas daría a la lucha política un nuevo impulso y fuerzas frescas. La interacción entre la lucha económica y la lucha política, que constituye hoy el motor interno de las huelgas de masas en Rusia, y al mismo tiempo el mecanismo regulador de la acción revolucionaria del proletariado, se produciría igualmente en Alemania como una consecuencia natural de la situación.

## VI

Dentro de esta perspectiva, el problema de la organización en sus relaciones con la huelga de masas adopta en Alemania un aspecto totalmente distinto.

La posición adoptada por numerosos dirigentes sindicales sobre este problema se limita la mayoría de las veces a la siguiente afirmación: "No somos aún lo suficientemente fuertes como para arriesgar una prueba de fuerza tan temeraria como la huelga de masas." Ahora bien, esta posición es indefendible, puesto que constituye un problema insoluble el hecho de querer apreciar en frío, por medio de un cálculo aritmético, en qué momento el proletariado sería lo "bastante fuerte" como para emprender cualquier lucha. Hace treinta años los sindicatos alemanes contaban con 50.000 miembros, cifra que de acuerdo con los criterios establecidos más arriba no permitía imaginar siquiera una huelga de masas. Quince años más tarde los sindicatos eran ocho veces más poderosos, ya que contaban con 237.000 miembros. Sin embargo, si en esa época se hubiese preguntado a los actuales dirigentes si la organización del proletariado tenía la madurez necesaria como para emprender una huelga de masas seguramente habrían respondido que se estaba lejos de ello, que la organización sindical debiera primero reagrupar millones de adherentes. Al presente contamos con más de un millón de afiliados, pero la opinión de los dirigentes es siempre la misma y esto podría durar indefinidamente. Dicha actitud se funda sobre el postulado implícito de que la clase obrera en su totalidad, hasta el último hombre, hasta la última mujer, debe entrar en la organización antes de que seamos lo "suficientemente poderosos" como para arriesgar una acción de masas, la cual se revelaría según la vieja fórmula probablemente como superflua. Pero esta



teoría es perfectamente utópica por la simple razón de que sufre una contradicción interna; de que se mueve en un círculo vicioso. Cualquier forma directa de lucha de clases estaría sometida a la condición de una organización total de los trabajadores. Pero las circunstancias y las condiciones de la evolución capitalista y del estado burgués hacen que en una situación "normal", sin luchas de clases violentas, ciertas categorías —y de hecho se trata precisamente del grueso de las tropas, las categorías más importantes, las más miserables, las más aplastadas por el Estado y por el capital— no puedan en absoluto estar organizadas. De este modo comprobamos que incluso en Inglaterra un siglo entero de trabajo sindical infatigable, sin todos esos "disturbios" —excepto al principio del período del cartismo—, sin todas las desviaciones y las tentaciones del "romanticismo revolucionario", sólo ha logrado organizar una minoría entre las categorías privilegiadas del proletariado.

Pero por otra parte los sindicatos, al igual que las demás organizaciones de combate del proletariado, no pueden a la larga mantenerse sino por medio de la lucha, y una lucha que no es solamente la pequeña guerra de ranas y ratones en las aguas estancadas del parlamentarismo burgués, sino un período revolucionario de luchas violentas de masas. La concepción rígida y mecánica de la burocracia sólo admite la lucha como resultado de la organización que ha llegado a un cierto grado de fuerza. La evolución dialéctica viva, por el contrario, hace nacer a la organización como producto de la lucha. Hemos visto ya un magnífico ejemplo de ese fenómeno en Rusia, donde un proletariado casi inorgánico comenzó a crear, en un año y medio de luchas revolucionarias tumultuosas, una vasta red de organizaciones. Otro ejemplo de este orden nos es proporcionado por la propia historia de los sindicatos alemanes. En 1878 los sindicatos contaban con 50.000 miembros. Ya vimos que según la teoría de los dirigentes sindicales actuales esta organización no era lo "suficientemente poderosa" como para embarcarse en una lucha política violenta. Sin embargo, los sindicatos alemanes no obstante su debilidad se embarcaron en la lucha (me refiero a la lucha contra la ley de excepción)<sup>13</sup> y revelaron ser lo "suficientemente poderosos" como para salir vencedores quintuplicando su potencia. Luego de la supresión de la ley, en 1891,

<sup>13</sup> La ley de excepción contra los socialistas que Bismarck logró hacer votar por el Reichstag en 1878 y hacer renovar hasta 1890, prohibía la existencia del partido socialdemócrata. Muchos de los dirigentes emigraron, en particular a Suiza, donde hicieron aparecer el periódico *Der Sozialdemokrat*.

contaban con 227.659 adherentes. A decir verdad el método gracias al cual lograron la victoria contra la ley de excepción no corresponde para nada al ideal de un trabajo apacible y paciente de hormiga; todos comenzaron por hundirse en la batalla para subir y renacer luego con la próxima ola. Ahora bien, este es el método específico precisamente de crecimiento de las organizaciones proletarias: prueban sus fuerzas en la batalla y salen renovadas de ellas. Examinando con más detenimiento las condiciones alemanas y la situación de las diversas categorías de obreros, se ve claramente que el próximo período de luchas de masas políticas y violentas implicaría para los sindicatos no la amenaza del desastre que se teme, sino, por el contrario, la perspectiva nueva e insospechada de una extensión de su esfera de influencia por medio de saltos rápidos. Pero este problema tiene todavía otros aspectos. El plan que consistiría en emprender una huelga de masas a título de acción política de clase importante con la única ayuda de los obreros organizados es absolutamente ilusorio. Para que la huelga, o más bien las huelgas de masas, para que la lucha se vea coronada por el éxito, debe convertirse en un verdadero movimiento popular, es decir, arrastrar a la batalla a las capas más amplias del proletariado. Incluso en el plano parlamentario, la potencia de la lucha de clases proletaria no se apoya sobre un pequeño grupo organizado, sino sobre la vasta periferia del proletariado animado por simpatías revolucionarias. Si la socialdemocracia quisiera llevar adelante la batalla electoral con el único apoyo de algunos centenares de afiliados se condenaría a sí misma al aniquilamiento. Aunque la socialdemocracia desee hacer entrar en sus organizaciones a casi todo el contingente de sus electores, la experiencia de treinta años demuestra que el electorado del socialismo no aumenta en función del crecimiento del partido sino a la inversa, que las capas obreras recientemente conquistadas en el curso de la batalla electoral constituyen el terreno que será luego fecundado por la organización. Aquí también no es sólo la organización la que proporciona las tropas combatientes, sino la batalla la que proporciona en una medida mucho más amplia los contingentes para la organización. Evidentemente esto es mucho más valioso para la acción de masas política que para la lucha parlamentaria. Aunque la socialdemocracia, como núcleo organizado de la clase obrera, sea la vanguardia de toda la masa de los trabajadores, y aunque el movimiento obrero extraiga su fuerza, su unidad, su conciencia política de esta misma organización, el movimiento proletario no puede ser concebido jamás

como el movimiento de una minoría organizada. Toda verdadera gran lucha de clases debe fundarse en el apoyo y la colaboración de las más amplias capas, una estrategia que no tomara en cuenta esta colaboración, que sólo pensara en los desfiles bien ordenados de la pequeña parte del proletariado reclutado en sus filas, se vería condenada a un lamentable fracaso. En Alemania las huelgas y las acciones políticas de masas no pueden ser dirigidas solamente por los militantes organizados, ni organizadas o "comandadas" por un estado mayor que emane de un organismo central del partido. Como en Rusia, lo que se necesita en semejante eventualidad es menos una "disciplina", una "educación política", una evaluación tan precisa como sea posible de los gastos y los subsidios, que una acción de clase resuelta y verdaderamente revolucionaria, capaz de interesar y de arrastrar a las capas más extensas de las masas proletarias desorganizadas, pero revolucionarias por sus simpatías y su condición. La sobreestimación o la falsa apreciación del papel de la organización en la lucha de clases del proletariado está vinculada generalmente a una subestimación de la masa de los proletarios desorganizados y de su madurez política. Sólo en un período revolucionario, en medio de la efervescencia de las grandes luchas tumultuosas de clase es donde se manifiesta el papel educador de la evolución rápida del capitalismo y de la influencia socialista sobre las amplias capas populares; en tiempos normales las estadísticas de las organizaciones o incluso las estadísticas electorales sólo dan una idea extremadamente pobre de esta influencia.

Hemos visto que en Rusia, desde hace más o menos dos años, el menor conflicto limitado de los obreros con la patronal, la menor brutalidad por parte de las autoridades gubernamentales locales, pueden engendrar inmediatamente una acción general del proletariado. Todo el mundo se da cuenta de ello y lo encuentra normal porque en Rusia precisamente está "la revolución". ¿Pero qué se quiere decir con esto? Se quiere decir que el sentimiento, el instinto de clase es tan vivo en el proletariado ruso que todo problema parcial que afecte a un grupo restringido de obreros le concierne directamente como un problema general, como un asunto de clase, y reacciona inmediatamente en su conjunto. Mientras que en Alemania, en Francia, en Italia, en Holanda, los conflictos sindicales más violentos no dan lugar a ninguna acción general del proletariado —ni siquiera de su núcleo organizado— en Rusia, el menor incidente desencadena una tempestad violenta. Pero esto sólo significa una

cosa: por paradójico que pueda parecer el instinto de clase del proletariado ruso muy joven, no educado, poco esclarecido y aún menos organizado, es infinitamente más vigoroso que el de la clase obrera organizada, educada y esclarecida de Alemania o de cualquier otro país de Europa Occidental. Esto no es para ponerlo en la cuenta de no se qué virtud del "Oriente joven y virgen" por oposición con el "Occidente podrido", sino que se trata muy simplemente del resultado de la acción revolucionaria directa de las masas. En el obrero alemán esclarecido la conciencia de clase inculcada por la socialdemocracia es una conciencia *teórica, latente*: en el periodo de la dominación del parlamentarismo burgués no tiene en general ocasión de manifestarse por una acción de masas directa; es la suma ideal de las cuatrocientas acciones paralelas de las circunscripciones durante la lucha electoral, de los numerosos conflictos económicos parciales, etc. En la revolución, donde la propia masa aparece en la escena política, la conciencia de clase se vuelve *práctica y activa*. De este modo un año de revolución ha dado al proletariado ruso esa "educación" que treinta años de luchas parlamentarias y sindicales no pueden dar artificialmente al proletariado alemán. Ciertamente, este instinto de clase viviente y activo que anima al proletariado disminuirá sensiblemente incluso en Rusia una vez cerrado el período revolucionario y una vez instituido el régimen parlamentario burgués legal, o al menos se transformará en una conciencia escondida y latente. Pero inversamente no es menos cierto que en Alemania, en un período de acciones políticas enérgicas, un vivo instinto de clase revolucionario, ávido por actuar, se apoderará de las capas más amplias y profundas del proletariado; esto se hará con tanta más fuerza y tanto más rápidamente cuanto más poderosa haya sido la influencia educadora de la socialdemocracia. Esa obra educadora, así como la acción estimulante revolucionaria de la política alemana actual, se manifestarán en lo siguiente: en un período revolucionario auténtico la masa de todos los que en la actualidad se encuentran en un estado de apatía política aparente y son insensibles a todos los esfuerzos de los sindicatos y del partido para organizarlos se enrolará en las filas de la socialdemocracia. Seis meses de revolución harán más por las masas actualmente desorganizadas que diez años de reuniones públicas y de distribución de panfletos. Y cuando la situación en Alemania haya alcanzado el grado de madurez necesario para un período semejante, las categorías que están hoy más atrasadas

y desorganizadas, constituirán naturalmente el elemento más radical en la lucha, el más fogoso, y no el más pasivo. Si se producen huelgas de masas en Alemania, quienes desplegarán la mayor capacidad de acción no serán los obreros mejor organizados no ciertamente los obreros gráficos sino los obreros menos organizados o incluso desorganizadas tales como los mineros, los obreros textiles o también los obreros agrícolas.

De este modo llegamos a las mismas conclusiones para Alemania, en lo que concierne al papel a desempeñar por la "dirección" de la socialdemocracia en relación a las huelgas de masas, que para Rusia en el análisis de los actuales acontecimientos. En efecto, dejemos de lado la teoría pedante de una huelga demostrativa montada artificialmente por el partido y los sindicatos y asociada por una minoría organizada y consideremos el cuadro vivo de un verdadero movimiento popular surgido de la exasperación de los conflictos de clase y de la situación política que explota con la violencia de una fuerza elemental en conflictos tanto económicos como políticos y en huelgas de masas. La tarea de la socialdemocracia consistirá entonces no en la preparación o la dirección técnica de la huelga, sino en la dirección política del conjunto del movimiento.

La socialdemocracia es la vanguardia más esclarecida y consciente del proletariado. No puede ni debe esperar con fatalismo, con los brazos cruzados, que se produzca una "situación revolucionaria" ni que el movimiento popular espontáneo caiga del cielo. Por el contrario, tiene el deber como siempre de adelantarse al curso de los acontecimientos, de buscar precipitarlos. No lo logrará lanzando al azar y no importa en qué momento, oportuno o no, la consigna de la huelga, sino más bien haciendo comprender a las capas más amplias del proletariado que la llegada de un período semejante es inevitable, explicándoles las condiciones sociales internas que conducen a ello así como sus consecuencias políticas. Para arrastrar a las capas más amplias del proletariado a una acción política socialista y para que, inversamente, en caso de un movimiento de masas la socialdemocracia asuma y mantenga la dirección efectiva, que domine en sentido político a todo el movimiento, es necesario que, en el período de las luchas futuras, sepa fijar con claridad, coherencia y resolución absolutas la táctica y las metas del proletariado alemán.

## VII

Hemos visto que en Rusia la huelga de masas no es el producto artificial de una táctica impuesta por la socialdemocracia, sino un fenómeno histórico natural nacido sobre el suelo de la revolución actual. Ahora bien, ¿cuáles son los factores que provocaron la nueva forma en que se ha producido la revolución? La revolución rusa tiene como primera tarea la abolición del absolutismo y el establecimiento de un Estado moderno legal con régimen parlamentario burgués. Formalmente es la misma tarea que se había propuesto la revolución de marzo de 1848 en Alemania y la gran revolución burguesa francesa de fines del siglo XVIII. Pero estas revoluciones, que presentan analogías formales con la revolución actual, tuvieron lugar en condiciones y en un clima histórico totalmente diferentes de los de la Rusia actual. La diferencia esencial es la siguiente: entre estas revoluciones burguesas de Occidente y la revolución burguesa actual en Oriente se expandió todo el ciclo del desarrollo capitalista. El capitalismo no afectó solamente a los países de Europa occidental, sino igualmente a la Rusia absolutista. La gran industria, con todas sus secuelas, se convirtió en el modo de producción dominante en Rusia, es decir, decisivo para la evolución social: la división moderna de las clases y las contradicciones sociales acentuadas, la vida en las grandes ciudades y el proletariado moderno. De todo ello resultó una situación histórica extraña y llena de contradicciones. Por sus objetivos formales la revolución burguesa es llevada adelante en principio por un proletariado moderno, con una conciencia de clase desarrollada, en un medio internacional colocado bajo el signo de la decadencia burguesa. En la actualidad el elemento motor en las revoluciones occidentales no es, como ocurría anteriormente, la burguesía —la masa proletaria estaba por ese entonces perdida en el seno de la pequeña burguesía y servía de fuerza de maniobra a las clases dominantes—. Hoy es el proletariado consciente el que constituye el elemento activo y dirigente, mientras que las capas de la gran burguesía se muestran ya sea abiertamente contrarrevolucionarias, ya sea moderadamente liberales, y sólo la pequeña burguesía rural y la *intelligentzia* pequeñoburguesa de las ciudades tienen una actitud francamente de oposición, incluso revolucionaria. Pero el proletariado ruso, llamado a desempeñar de este modo un papel dirigente en la revolución burguesa, emprende la lucha en el momento en que la oposición entre el capital y el traba-

o es particularmente tajante, y cuando está liberado de las ilusiones de la democracia burguesa; cuando posee en cambio una conciencia aguda de sus intereses específicos de clase. Esta situación contradictoria se manifiesta por el hecho de que en esta revolución normalmente burguesa el conflicto entre la sociedad burguesa y el absolutismo está dominado por el conflicto entre el proletariado y la sociedad burguesa, de que el proletariado lucha a la vez contra el absolutismo y la explotación capitalista, de que la lucha revolucionaria tiene por objeto a la vez la libertad política y la conquista de la jornada de ocho horas así como un nivel material de existencia conveniente para el proletariado. Ese doble carácter de la revolución rusa se manifiesta en esa vinculación e interacción estrecha entre la lucha económica y la lucha política, que los acontecimientos de Rusia nos hicieron conocer y que se expresan precisamente en la huelga de masas. En las revoluciones burguesas anteriores eran los partidos burgueses los que tomaron a su cargo la educación política y la dirección de la masa revolucionaria, pero sólo se trataba de derribar al gobierno anterior. El combate de barricadas, de corta duración, era por ese entonces la forma más apropiada de lucha revolucionaria. En el presente la clase obrera está obligada a educarse, reunirse y dirigirse a sí misma en el curso de la lucha y de este modo la revolución está orientada tanto contra la explotación capitalista como contra el régimen de estado anterior. La huelga de masas aparece así como el medio natural de reclutar, organizar y preparar para la revolución a las más amplias capas proletarias, y es al mismo tiempo un medio de minar y abatir el estado anterior o de contener la explotación capitalista. El proletariado industrial urbano es en el presente el alma de la revolución en Rusia. Pero para llevar a cabo una acción política de masas es necesario primero que el proletariado se reúna en masa; para ello es menester que salga de las fábricas y de los talleres, de las minas y de los altos hornos y que supere esa dispersión y derroche de fuerzas a que lo condena el yugo capitalista. La huelga de masas es, por consiguiente, la forma natural y espontánea de toda gran acción revolucionaria del proletariado en la revolución; cuanto más importante se vuelve la industria como forma predominante de la economía de una sociedad, mayor es el papel desempeñado por el proletariado en la revolución, más exasperada es la oposición entre el capital y el trabajo y mayor importancia y amplitud tienen necesariamente las huelgas de masas. La precedente forma básica de las revoluciones burguesas, la lucha de barricadas, el enfrentamiento directo con el poder armado del estado es en la revolución moderna

un mero punto exterior, un momento solamente de todo el proceso de la lucha de masas proletaria.

De este modo la nueva forma de la revolución ha permitido alcanzar ese nivel "civilizado" y "atenuado" de las luchas de clase profetizado por los oportunistas de la socialdemocracia alemana, los Bernstein, los David<sup>14</sup> y secuaces. A decir verdad imaginaban esta lucha de clases "atenuada", "civilizada" según sus deseos, a través de las ilusiones pequeñoburguesas y democráticas: creían que la lucha de clases se limitaría exclusivamente a la batalla parlamentaria y que la revolución en el sentido de combates callejeros sería simplemente suprimida. La historia ha resuelto el problema a su manera, que es a la vez la más profunda y la más sutil: hizo surgir la huelga de masas que ciertamente no reemplaza ni torna superfluos los enfrentamientos directos y brutales en la calle, sino que los reduce a un simple momento en el largo período de luchas políticas y al mismo tiempo vincula a la revolución con un trabajo gigantesco de civilización en el sentido estricto del término: la elevación material e intelectual del conjunto de la clase obrera, "civilizando" las formas bárbaras de la explotación capitalista.

La huelga de masas aparece de ese modo no como un producto específicamente ruso generado por el absolutismo, sino como una forma universal de la lucha de clases proletaria determinada por el nivel actual del desarrollo capitalista y de las relaciones de clase. Las tres revoluciones burguesas: la francesa de 1789, la alemana de marzo de 1848 y la actual revolución rusa constituyen desde este punto de vista una cadena de evolución continua: reflejan la grandeza y la decadencia del siglo capitalista. En la gran revolución francesa, los conflictos internos de la sociedad burguesa todavía latentes ceden el lugar a un largo período de luchas brutales donde todas las oposiciones brotan y maduran al calor de la revolución y estallan con una violencia extrema y sin ninguna traba. Medio siglo más tarde la revolución burguesa alemana, que se produce a mitad de camino de la evolución capitalista, es detenida por la oposición de los intereses y el equilibrio de fuerzas entre el capital y el trabajo, ahogada por un compromiso entre feudalismo y burguesía, reducida a un breve y lastimoso interludio, rápidamente amordazado. Pasa otro medio siglo y la revolución rusa actual estalla en un punto de la evolución histórica situado ya sobre la otra vertiente de la montaña,

<sup>14</sup> Eduard David, político alemán (1863-1930), diputado socialista al Reichstag, autor de un proyecto de programa agrario (1895) rechazado por el partido; teórico reformista, partidario de la pequeña propiedad campesina.



más allá del apogeo de la sociedad capitalista. La revolución burguesa no puede más ser ahogada por la oposición entre burguesía y proletariado, por el contrario se extiende durante un largo período de conflictos sociales violentos que hacen aparecer los viejos ajustes de cuentas con el absolutismo como irrisorios comparados a los nuevos exigidos por la revolución. La revolución de hoy realiza los resultados del desarrollo capitalista internacional en este caso particular de la Rusia absolutista: aparece menos como la heredera de las viejas revoluciones burguesas que como la precursora de una nueva serie de revoluciones proletarias. El país más atrasado, precisamente porque tiene un retraso imperdonable en la tarea de cumplir la revolución burguesa, muestra al proletariado de Alemania y de los países más avanzados las vías y los métodos de lucha de clases futura. Incluso desde este punto de vista, es completamente erróneo considerar de lejos a la revolución rusa como un espectáculo grandioso, como algo específicamente ruso, contentándose con admirar el heroísmo de los combatientes, dicho de otro modo los accesorios exteriores de la batalla. Por el contrario, es importante que los obreros alemanes aprendan a mirar la revolución rusa como *algo que les concierne directamente*; no basta con que experimenten una solidaridad internacional con el proletariado ruso, deben considerar a esta revolución como un *capítulo de su propia historia social y política*. Los dirigentes y los parlamentarios que piensan que el proletariado alemán es "demasiado débil" y la situación en Alemania poco madura para las luchas revolucionarias de masa no sospechan que lo que refleja el grado de madurez de la situación de clase y la potencia del proletariado en Alemania no son las estadísticas de los sindicatos ni las estadísticas electorales, sino los acontecimientos de la revolución rusa. El grado de madurez de las luchas de clases en Francia bajo la monarquía de julio y las batallas de julio en París se midió en la revolución de marzo de 1848 en Alemania, en su evolución y en su fracaso. Asimismo hoy la madurez de las oposiciones de clase en Alemania se refleja en los acontecimientos y el poder de la revolución rusa. Los burócratas registran los cajones de sus escritorios para encontrar la prueba del poder y de la madurez del movimiento obrero alemán sin ver que lo que buscan está delante de sus ojos, en una gran revelación histórica. Porque históricamente la revolución rusa es un reflejo de la potencia y de la madurez del movimiento obrero internacional y antes que nada del movimiento alemán. Se reduciría la revolución rusa a un resultado muy pequeño, grotescamente mezquino, si se extrajera

de ella para el proletariado alemán la simple lección que extraen los camaradas Frohme, Elm<sup>15</sup> y otros: pedir prestada a la revolución rusa la forma exterior de la lucha, la huelga de masas, y guardarla en el arsenal de reserva para el caso de que se suprima el sufragio universal; dicho de otro modo, reducirla al papel pasivo de un arma de defensa para el parlamentarismo.<sup>16</sup> Si nos quitan el derecho de sufragio en el Reichstag nos defenderemos. Este es un principio que no se discute. Pero para mantener ese principio, es inútil adoptar la postura heroica de un Dantón, como lo hizo el camarada Elm en el Congreso de Jena; la defensa de los derechos parlamentarios modestos que poseemos ya no es una innovación sublime que reclame las terribles hecatombes de la revolución rusa para alentar su aplicación. Pero la política del proletariado en el período revolucionario no debe reducirse en ningún caso a una simple actitud defensiva. Sin duda es difícil prever con certeza si la abolición del sufragio universal en Alemania conducirá a una situación que provoque inmediatamente una huelga de masas; por otra parte, es verdad que una vez que Alemania entre en un período de huelgas de masas le sería imposible a la socialdemocracia detener su táctica en una simple defensa de los derechos parlamentarios. Está fuera del alcance de la socialdemocracia el determinar por adelantado la ocasión y el momento en que se desencadenarán las huelgas de masas, porque está fuera de su alcance el hacer nacer situaciones por medio de simples resoluciones de congreso. Pero lo que sí está a su alcance y constituye su deber es precisar la orientación política de esas luchas cuando se producen y traducirla en una táctica resuelta y consecuente. No se pueden dirigir a voluntad los acontecimientos históricos imponiéndoles reglas, pero se pueden calcular por adelantado sus consecuencias probables y regular acorde con ellas la propia conducta.

El peligro más inminente que acecha al movimiento obrero alemán desde hace años es el de un golpe de estado de la reacción, que pretendería privar a las masas populares más amplias de su derecho político más importante, a saber el sufragio universal para las elecciones del Reichstag. A pesar de los alcances inmensos que tendría un acontecimiento semejante, es imposible pre-

<sup>15</sup> Frohme (1850-1935), socialista sindicalista (federación de la construcción). Elm (1857-1918), uno de los pioneros del movimiento cooperativista. Sindicalista y defensor de la autonomía de los sindicatos frente al partido.

<sup>16</sup> A comienzos del siglo se tenía la supresión del sufragio universal para las elecciones al Reichstag, con el propósito de impedir el imetuoso avance socialista. En realidad, esto ocurrió sólo en los parlamentos locales (Landtag), donde existía un sistema de sufragio calificado

decir con certeza, repitámoslo, que habrá inmediatamente una respuesta popular directa a ese golpe de estado, bajo la forma de una huelga de masas. Hoy ignoramos, en efecto, la infinidad de circunstancias y de factores que en un movimiento de masas contribuyen a determinar la situación. Sin embargo, si se considera la exasperación de los antagonismos de clases en Alemania y por otra parte las consecuencias internacionales múltiples de la revolución rusa, así como una Rusia renovada en el futuro, es evidente que el trastorno político que provocaría en Alemania la abolición del sufragio universal no se atrincheraría sólo en la defensa de ese derecho. Un golpe de estado semejante desencadenaría inevitablemente, en un lapso más o menos largo, una expresión elemental de cólera; una vez despiertas las masas populares ajustarían todas sus cuentas políticas con la reacción: se levantarían contra el precio usurario del pan y el encarecimiento artificial de la carne; contra las cargas impuestas por los gastos ilimitados del militarismo y del "marinismo"; contra la corrupción de la política colonial, la vergüenza nacional del proceso de Koenigsberg y la detención de las reformas sociales; contra las medidas que apuntan a la privación de los derechos a los ferroviarios, los empleados de correos y los obreros agrícolas; contra las medidas represivas tomadas con los mineros; contra el juicio de Löbtau y toda justicia clasista; contra el sistema brutal de lock-out. En resumen, contra toda la opresión ejercida desde hace veinte años por el poder coaligado de los terratenientes de Prusia oriental y del gran capital de los carteles.

Una vez que la bola de nieve se pone a rodar no puede detenerse, lo quiera o no la socialdemocracia. Los adversarios de la huelga de masas niegan la lección y el ejemplo de la revolución rusa como inaplicables a Alemania, bajo el pretexto de que en Rusia era necesario primero saltar sin transición de un régimen de despotismo oriental a un orden legal burgués moderno. Esta separación formal entre el régimen político antiguo y el moderno sería suficiente para explicar la vehemencia y la violencia de la revolución rusa. En Alemania poseemos desde hace largo tiempo las formas y las garantías de un régimen de Estado fundado sobre el derecho; es por ello que un desencadenamiento tan elemental de conflictos sociales es imposible a sus ojos. Los que así razonan olvidan que en cambio en Alemania, una vez iniciadas las luchas políticas, el objetivo histórico será totalmente distinto al de la Rusia de hoy. Es justamente porque en Alemania el régimen constitucional existe desde hace mucho tiempo y tuvo el tiempo de agotarse y de llegar a su declinación, porque la

democracia burguesa y el liberalismo han llegado a su término, que ya no puede plantearse más la revolución *burguesa* en Alemania. Un período de luchas políticas abiertas no tendría necesariamente en Alemania como único objetivo histórico la *dictadura del proletariado*. Pero la distancia que separa la situación actual en Alemania de ese objetivo es todavía mucho mayor que la que separa el régimen legal burgués del régimen del despotismo oriental. Por eso el objetivo no puede ser logrado de una sola vez; sólo puede ser alcanzado después de un largo período de conflictos sociales gigantescos.

Pero, ¿no hay contradicciones flagrantes en las perspectivas que abrimos? Por una parte afirmamos que en el curso de un eventual período de acciones de masa futuras, quienes comenzarán por obtener el derecho de coalición serán al principio las capas sociales más atrasadas de Alemania, los obreros agrícolas, los empleados de ferrocarril y de correos, y afirmamos también que será necesario suprimir primero los excesos más odiosos de la explotación capitalista; por otra parte, el objetivo político de este período sería ya la conquista del poder político por el proletariado. Por un lado se trataría de reivindicaciones económicas y sindicales teniendo en cuenta intereses inmediatos, y por el otro del objetivo final de la socialdemocracia. Ciertamente, tenemos aquí contradicciones flagrantes, pero que no surgen de nuestra lógica sino de la evolución del capitalismo. El capitalismo no evoluciona siguiendo una hermosa línea recta, sigue un recorrido caprichoso y lleno de bruscos zig-zag. Así como los diferentes países capitalistas representan los estadios más diversos de la evolución, en el interior de cada país se encuentran las capas más diversas de una misma clase obrera. Pero la historia no espera con paciencia a que los países y las capas más atrasadas alcancen a los países y a las capas más avanzadas, para que el conjunto pueda ponerse en marcha en formación simétrica, en columnas cerradas. Se dan las explosiones en los puntos neurálgicos cuando la situación está madura y en la tormenta revolucionaria bastan algunos días o algunos meses para compensar los retrasos, corregir las desigualdades, poner en marcha de golpe todo el progreso social. En la revolución rusa, todos los estadios de desarrollo, toda la escala de intereses de las categorías distintas de obreros estaban representados en el programa revolucionario de la socialdemocracia y el número infinito de luchas parciales confluía en la inmensa acción común de clase del proletariado; lo mismo ocurrirá en Alemania cuando la situación esté madura. La tarea de la socialdemocracia consistirá en regu-

lar su táctica no en base a los niveles más atrasados, sino en base a los más avanzados de la evolución.

### VIII

La más importante de las condiciones exigidas en el período de grandes luchas que sobrevendrá, tarde o temprano, para la clase obrera alemana es, junto a la resuelta firmeza y coherencia de la táctica, la mayor capacidad posible de acción, y en consecuencia la mayor unidad posible en el grupo socialista que dirige la masa proletaria.

Sin embargo, las primeras tentativas débiles de preparar una acción de masas más considerable pusieron de manifiesto un inconveniente capital a este respecto: la división, la separación completa entre las dos organizaciones del movimiento obrero, el partido socialista y los sindicatos.

De un análisis bastante detallado de las huelgas de masas en Rusia, como también de las condiciones de la misma Alemania, resulta evidente que cualquier acción de lucha un poco importante, si no debe limitarse a una simple manifestación de un día, sino convertirse en una real acción de masas, no puede ser concebida como una huelga del tipo llamado político. Los sindicatos deben participar en ella a la par de la socialdemocracia. No ya, como se imaginan los dirigentes sindicales, por la razón de que el partido socialista, con su organización numéricamente inferior, estaría obligado a recurrir a la colaboración del millón y medio de trabajadores adherentes al sindicatos, y no podría hacer nada sin ellos. La razón es mucho más profunda: toda acción directa de masas, todo período declarado de lucha de clases debe ser al mismo tiempo político y económico. En Alemania, apenas se produzcan en ésta o aquella ocasión, en este o aquel momento dado, grandes luchas políticas, huelgas de masas, ellas abrirán simultáneamente un período de luchas sindicales violentas, sin que los acontecimientos se pregunten en modo alguno si los dirigentes sindicales aprueban o no el movimiento. Si ellos se mantuvieran apartados o trataran de oponerse a la lucha, la consecuencia de este comportamiento sería simplemente que los dirigentes del sindicato, al igual que los dirigentes del partido, en un caso similar, serían marginados por el desarrollo de los acontecimientos, y las luchas tanto económicas como políticas serían llevadas adelante por las masas aún sin ellos.

En efecto, la división entre lucha política y lucha económica, y su separación, no es sino un producto artificial, aunque explicable históricamente, del período parlamentario. Por una parte, en el desarrollo pacífico "normal" de la sociedad burguesa, la lucha económica está fraccionada, disgregada en una multitud de luchas parciales en cada empresa, en cada rama de la producción. Por la otra, la lucha política es conducida, no por la masa misma en una acción directa, sino de conformidad con la estructura del estado burgués, de modo representativo, por la presión ejercida sobre el cuerpo legislativo. Una vez abierto un período de luchas revolucionarias, es decir, una vez que la masa haya aparecido en el campo de batalla, cesan tanto la dispersión de la lucha económica como la forma parlamentaria indirecta de la lucha política. En una acción revolucionaria de masas, lucha política y lucha económica son una sola cosa, y el límite artificial trazado entre sindicato y partido socialista, como entre dos formas separadas, totalmente distintas del movimiento obrero, es simplemente cancelado.

Pero aquello que en el movimiento revolucionario de masas se vuelve claro para todos, existe también como dato de hecho real para el período parlamentario. No existen dos luchas distintas de la clase obrera, una económica y otra política; existe sólo una única lucha de clase que tiende simultáneamente a limitar la explotación capitalista dentro de la sociedad burguesa y a suprimir la explotación capitalista y al mismo tiempo la sociedad burguesa.

Si estos dos aspectos de la lucha de clase, en un período parlamentario, se separan por razones técnicas, ellas no constituyen dos acciones paralelas, sino sólo dos fases, dos grados de la lucha de emancipación de la clase obrera. La lucha sindical abraza los intereses inmediatos, la lucha socialista los intereses futuros del movimiento obrero. "Los comunistas —dice el *Manifiesto del Partido Comunista*— representan, frente a grupos de intereses diversos (intereses nacionales o locales) de los proletarios, los intereses comunes a todo el proletariado y, en todos los grados del desarrollo de la lucha de clases, el interés del movimiento en su conjunto, es decir, el objetivo final, la emancipación del proletariado." <sup>17</sup>

Los sindicatos sólo representan los intereses de grupos del movimiento obrero y un nivel de su desarrollo. El socialismo repre-

<sup>17</sup> No se trata de una cita textual del *Manifiesto*, sino de un resumen —hecho de memoria por Rosa Luxemburg— de los primeros párrafos del capítulo titulado: "Proletarios y comunistas".

senta a la clase obrera y los intereses de su emancipación en su conjunto.

La relación de los sindicatos con el partido socialista es, en consecuencia, la de una parte con el todo y si, entre los dirigentes sindicales, la teoría de la "igualdad de derechos" entre los sindicatos y la socialdemocracia encuentra tanto eco, se debe a un sustancial desconocimiento de los sindicatos y de su papel en la lucha general por la emancipación de la clase obrera.

Esta teoría de la acción paralela del partido y de los sindicatos y de su "igualdad de derechos" no es por tanto un artificio abstracto: tiene sus raíces históricas. En efecto, se apoya en una ilusión relativa al período pacífico y "normal" de la sociedad burguesa, en el cual la lucha política del partido socialista parecía abrirse gradualmente en la lucha *parlamentaria*. Pero la lucha parlamentaria, que constituye el complemento y la verificación de la lucha sindical, es, como aquélla, una lucha llevada exclusivamente en el terreno del orden social burgués. Ella es, por su naturaleza, una obra de reformas políticas, así como los sindicatos son una obra de reformas económicas. Es una obra política en el presente, así como los sindicatos son una obra económica en el presente. La lucha parlamentaria no es sino una fase de un aspecto del conjunto de la lucha de clases proletaria, cuyo objetivo final supera igualmente la lucha parlamentaria y la lucha sindical. También la lucha parlamentaria es a la política socialista como una parte es al todo, exactamente igual que el trabajo sindical. El partido socialista es precisamente hoy el punto de encuentro, tanto de la lucha parlamentaria como de la lucha sindical, en una lucha de clases que tiende a la destrucción del ordenamiento social burgués.

La teoría de la "igualdad de derechos" entre los sindicatos y el partido socialista no es por tanto un simple error teórico, una simple confusión: es una expresión de la conocida tendencia del ala oportunista del socialismo que quiere reducir de hecho la lucha política de la clase obrera a la lucha parlamentaria, y transformar la socialdemocracia de un partido proletario revolucionario en un partido reformista pequeñoburgués.\*

\* Del mismo modo que se niega habitualmente la existencia de una tendencia similar en el seno de la socialdemocracia alemana, es necesario saludar la franqueza con que la tendencia oportunista ha formulado últimamente los fines que le son propios.

En un congreso del partido, en Maguncia, el 10 de septiembre de 1906, fue aprobada la siguiente resolución propuesta por el doctor David:

"Considerando que el Partido Socialdemócrata no concibe la idea de «Re-

Si la socialdemocracia aceptara la teoría de la "igualdad de derechos" de los sindicatos, aceptaría así, de un modo indirecto y tácito, la transformación que desde hace mucho tiempo están impulsando los representantes de la tendencia oportunista.

Sin embargo, un cambio tal de las relaciones en el seno del movimiento obrero es imposible en Alemania más que en cualquier otro país. El nexo teórico que hace del sindicato una simple parte de la socialdemocracia encuentra en Alemania su demostración en los hechos, en la práctica viva: se manifiesta en tres direcciones:

① Los sindicatos alemanes son un producto directo del partido socialista: es el partido socialista quien ha creado los inicios del actual movimiento sindical en Alemania; es el partido socialista el que veló por su crecimiento y el que todavía hoy les da sus mejores mentes y los militantes más activos de sus organizaciones.

volución» en el sentido de una transformación violenta, sino en el sentido pacífico del desarrollo, es decir, de la fundación gradual de un principio social nuevo, la conferencia pública del partido en Maguncia rechaza todo «romanticismo revolucionario».

"La conferencia no ve en la conquista del poder político otra cosa que la conquista de la mayoría de la población para las ideas y las reivindicaciones de la socialdemocracia; conquista que no puede hacerse con medios violentos, sino agitando las mentes por medio de la propaganda ideológica y de la acción práctica de reforma en todos los aspectos de la vida política, económica y social.

"Con la convicción de que el socialismo prospera mucho más con los medios legales que con los medios ilegales y el desorden, la conferencia rechaza la «acción directa de masa» como principio tácito, y se limita al principio de la acción reformista parlamentaria, es decir, desea que el partido se esfuerce, de ahora en adelante como en el pasado, por realizar poco a poco nuestros objetivos por la vía legislativa y a través de un desarrollo orgánico.

"La condición fundamental de este método de lucha reformadora es la de que la posibilidad para la masa de la población proletaria de participar en la legislación en el Imperio y en los distintos Estados, no disminuya, sino que por el contrario sea extendida hasta la completa igualdad de derecho. Por esta razón la conferencia considera como un derecho incontestable de la clase obrera, si todos los otros medios desaparecen, el de llegar a rehusarse a trabajar durante un tiempo más o menos largo, tanto para rechazar los atentados contra sus derechos legales como para conquistar otros nuevos.

"Pero dado que la huelga política de masa puede ser llevada adelante victoriosamente por la clase obrera sólo si ella se mantiene en el terreno estrictamente legal y no ofrece, de parte de los huelguistas, ninguna ocasión para la intervención de la fuerza armada, la conferencia ve en la extensión de la organización política, sindical y cooperativa el único adiestramiento necesario y eficaz para el uso de este medio de lucha. Solamente así pueden ser creadas en las masas del pueblo las condiciones que garantizan el desarrollo victorioso de una huelga de masa: una consciente disciplina de su objetivo y una base económica suficiente."



② Los sindicatos alemanes son también un producto de la socialdemocracia en este sentido: la teoría socialista constituye el espíritu vivificador de la práctica sindical; los sindicatos deben su superioridad sobre todos los grupos sindicales burgueses y profesionales, a la idea de la lucha de clases. Sus éxitos materiales, su fuerza, son el resultado de esta práctica cuya iluminada por la teoría del socialismo. La fuerza de la "práctica política" de los sindicatos alemanes reside en su comprensión de las causas sociales y económicas profundas del régimen capitalista. Ahora bien, esta comprensión ellos la deben sólo a la teoría del socialismo científico, sobre la que se funda su acción. En este sentido, la tentativa de emancipar a los sindicatos de la teoría socialista, mediante la búsqueda de otra "teoría sindicalista" en oposición al socialismo, es, desde el punto de vista de los mismos sindicatos y de su futuro, una tentativa suicida. Separar la práctica sindicalista del socialismo científico, significaría para los sindicatos alemanes perder inmediatamente toda su superioridad sobre los distintos sindicatos burgueses; y caer de la altura conquistada al nivel de los viejos balbucesos y de un verdadero empirismo de baja estofa.

③ Los sindicatos son también directamente —cosa ésta de la que los dirigentes han tomado poco a poco conciencia— en su fuerza numérica un producto del movimiento socialista y de la propaganda socialista. Es cierto que en más de un país la agitación sindical precedió y precede la agitación política y, en todas partes el trabajo de los sindicatos allana el camino al trabajo del partido. Desde el punto de vista de su acción, partido y sindicato se dan recíprocamente una mano. Pero si se considera el marco que representa la lucha de clases en Alemania, en su conjunto y en sus causas profundas, esta relación se modifica sensiblemente. Muchos dirigentes sindicales se complacen, a partir de la enorme cuota de su millón y cuarto de inscriptos, en lanzar, no sin un aire de triunfo, una mirada de conmiseración sobre el pobre medio millón escaso de afiliados al partido, y en recordar los tiempos, quince años ha, en los que en las filas del partido se tenía todavía una idea pesimista de las posibilidades de desarrollo de los sindicatos. Ellos señalan que entre estos dos hechos, la elevada cifra de los inscriptos al sindicato y la cifra inferior de los afiliados socialistas, existe en alguna medida *una relación directa de causa a efecto.* Millares y millares de obreros no entran en las organizaciones del partido precisamente porque *entran* en los sindicatos. En teoría, todos los trabajadores deberían estar inscriptos en ambas partes: asistir a las reuniones

de una y otra parte, pagar una cuota doble, leer los periódicos obreros, etc. Pero para hacerlo es necesario ya un elevado grado de inteligencia y de ese idealismo que, por puro sentimiento del deber hacia el movimiento obrero, no retrocedía ante los sacrificios cotidianos de tiempo y de dinero; es necesario también el apasionado interés por la vida del partido que no puede satisfacerse sino perteneciendo a su organización. Todo esto se encuentra en la minoría más consciente e inteligente de los obreros socialistas en las grandes ciudades, donde la vida del partido es rica y atrayente, donde la existencia del obrero alcanza su nivel más alto. Pero en las capas más amplias de la masa obrera de las grandes ciudades, así como en provincias, en los pequeños y pequeñísimos huecos donde la vida política local no tiene independencia y es el simple reflejo de los acontecimientos que suceden en la capital, donde, en consecuencia, la vida del partido es pobre y monótona, donde finalmente la existencia económica de los trabajadores por lo demás absolutamente mísera, la doble organización es muy difícil de mantener.

Para el obrero que pertenece a la masa, si tiene ideas socialistas, la cuestión se resuelve entonces por sí misma: él se adhiere a su sindicato. En efecto, sólo puede satisfacer los intereses inmediatos de la lucha económica, dada la naturaleza misma de esta lucha, perteneciendo a una organización profesional. La cuota que paga, con frecuencia a costa de grandes sacrificios, le proporciona una utilidad inmediata y visible. En cuanto a sus convicciones socialistas puede practicarlas aún sin pertenecer a una específica organización de partido: votando en las elecciones para el parlamento, asistiendo a reuniones públicas socialistas, siguiendo los informes en las asambleas representativas, leyendo los periódicos del partido, hecho que puede comprobarse si se compara el número de los electores socialistas y el de los abonados al *Vorwärts*<sup>18</sup> con las cifras de los afiliados al partido en Berlín. Y, lo que tiene importancia decisiva, el obrero con ideas socialistas en cuanto es un hombre simple que no entiende nada de la teoría complicada y sutil "de las dos almas"<sup>19</sup>, se siente justamente *socialista* también en el sindicato. Aunque las federaciones sindicales no enarbolan oficialmente la bandera del

<sup>18</sup> *Vorwärts* [Adelante]: órgano central de la socialdemocracia alemana. Comenzó a publicarse en 1876, bajo la redacción de G. Liebknecht y otros. Desde la segunda mitad de la década del noventa, después de la muerte de Engels, *Vorwärts* publicó sistemáticamente los artículos de los revisionistas. Era a la vez órgano local de Berlín y órgano central del partido.

<sup>19</sup> Alusión a un verso del *Fausto*: "Dos almas habitan aquí, en mi pecho"

partido, el trabajador perteneciente a la masa en cada ciudad o región, ve en la cabeza de su sindicato, como los dirigentes más activos, a los colegas que él conoce también, en la vida pública, como compañeros, como socialistas: sean diputados del partido en el Reichstag, en los Landtag, en los consejos municipales, sean funcionarios, fiduciarios, presidentes de comités electorales, redactores de periódicos, secretarios de organizaciones del partido, sean simplemente oradores y propagandistas del partido. Además, en la propaganda en el interior de su sindicato, encuentra por lo general las ideas ya familiares y comprensibles para él sobre la explotación capitalista, sobre las relaciones entre las clases, que conocía a través de la propaganda socialista. Y todavía más, los oradores más estimados en las reuniones sindicales son también socialistas conocidos.

Todo ello contribuye, por lo tanto, a dar al obrero la impresión de que organizándose sindicalmente pertenece de igual modo a su partido obrero y forma parte de la organización socialista. En esto consiste la verdadera fuerza de reclutamiento de los sindicatos alemanes. No es la apariencia de la neutralidad, es la realidad socialista de su esencia lo que ha dado a las federaciones el medio para alcanzar su fuerza actual. Este hecho es confirmado simplemente por la existencia misma de los sindicatos afiliados a los distintos partidos burgueses católicos, Hirsch-Duncker<sup>20</sup>, etc., con lo que se pretende probar precisamente la necesidad de esta "neutralidad" política. Cuando el obrero alemán que puede adherirse libremente a un sindicato cristiano, católico, evangélico o liberal, no elige ninguno de ellos, sino el "sindicato libre", o también pasa de aquéllos a éste, haciéndolo sólo porque concibe a las federaciones comprometidas en la moderna lucha de clases, como organizaciones o, lo que en Alemania es lo mismo, como sindicatos socialistas.

En pocas palabras, la apariencia de "neutralidad", que es un hecho para más de un dirigente sindical, no existe para la gran masa de los trabajadores organizados en el sindicato. Y este es el gran éxito del movimiento sindical. Si alguna vez esta apariencia de neutralidad, esta distinción o esta separación entre los sindicatos y la socialdemocracia se transformara en verdadera y apareciera sobre todo ante los ojos de las masas proletarias, los sindicatos perderían de golpe toda su ventaja frente a las asocia-

<sup>20</sup> Hirsch, político alemán (1832-1905). Cofundador del partido progresista con Duncker y Schulze-Delitzsch. En 1868 fundó los *Deutsche Gewerksvereine* o sindicatos de contenido liberal-burgués.

ciones burguesas con las que compiten y perderían así toda su fuerza de reclutamiento, el fuego que las torna vivas. Lo que aquí afirmo encuentra una demostración convincente en hechos conocidos por todos. La apariencia de neutralidad podría prestar grandes servicios como medio de atracción en un país donde el partido socialista no contara por sí solo con crédito alguno entre las masas, donde su popularidad, en lugar de servirle, perjudicaría una organización obrera ante los ojos de las masas, donde, en pocas palabras, los sindicatos tuvieran que comenzar a reclutar por sí solos sus adherentes en una masa absolutamente no educada y animada de sentimientos burgueses.

Un modelo de país semejante ha sido durante todo el siglo pasado y en cierta medida lo es aún, Inglaterra. Pero en Alemania, la situación del partido es completamente distinta. En un país en el que la socialdemocracia es el partido político más potente, en el que su fuerza de reclutamiento está atestiguada por un ejército de tres millones de proletarios, es ridículo hablar de una aversión al socialismo que los alejaría, y de la necesidad de mantener, para una organización de lucha de los obreros, la neutralidad política. Es suficiente comparar las cifras de los electores socialistas con las cifras de las organizaciones sindicales en Alemania, para advertir al recién llegado que los sindicatos alemanes no conquistaron sus huestes, como en Inglaterra, en una masa sin educación y animada por sentimientos burgueses, sino en una masa de proletarios ya despierta por el socialismo y ganada para las ideas de la lucha de clases, es decir, en la masa de los electores socialistas. Más de un dirigente sindical rechaza con indignación —corolario obligado de la teoría de la "neutralidad"— la idea de considerar los sindicatos como una escuela de reclutas para el socialismo. En efecto, esta suposición que les parece tan ofensiva y que, en realidad, sería clarividente, es puramente imaginaria porque la situación es por lo general inversa: en Alemania, es la socialdemocracia la escuela de reclutamiento de los sindicatos.

Si bien la obra de organización de los sindicatos es con frecuencia muy fatigosa y difícil, no obstante, y exceptuando alguna región o algún caso particular, no sólo el terreno ha sido ya desbrozado por el arado socialista, sino que la misma semilla sindical y el sembrador deben ser también socialistas, "rojos", para que se pueda cosechar. Si en lugar de comparar las fuerzas numéricas sindicales con las de las organizaciones socialistas, las medimos con las masas electorales socialistas —y este es el único modo justo de comparar— llegamos a un resultado que se aleja

bastante de los análisis divulgados. Se observa, en efecto, que los "sindicatos libres" representan efectivamente la minoría de la clase obrera en Alemania, y que con su millón y medio de inscriptos no recogen ni siquiera la mitad de la masa conquistada por el partido socialista.

La conclusión más importante de los hechos citados es esta: la completa *unidad* del movimiento obrero sindical y socialista, absolutamente necesaria para las futuras luchas de masas alemanas, *está realizada desde ahora* y se manifiesta en la vasta multitud que forma al mismo tiempo la base del partido socialista y la de los sindicatos y en la convicción a partir de la cual las dos caras del movimiento se confunden en una unidad mental. La pretendida oposición entre partido y sindicato se reduce, en este orden de cosas, a una oposición entre el partido y un cierto grupo de funcionarios sindicales y, al mismo tiempo, en una oposición en el interior de los sindicatos, entre este grupo y la masa de los proletarios organizados sindicalmente.

El gran desarrollo del movimiento sindical en Alemania, durante los últimos quince años, en particular en el período de la prosperidad económica entre 1895 y 1900, condujo como es natural a una especialización de sus métodos de lucha y de su dirección y al surgimiento de una verdadera categoría de funcionarios sindicales. Todos estos hechos son un producto histórico, perfectamente explicable y natural, del desarrollo de los sindicatos en quince años, un producto de la prosperidad económica y de la calma política en Alemania. Aunque inseparables de ciertos inconvenientes, no dejan por ello de ser un mal necesario. Pero la dialéctica de la evolución comporta lógicamente que estos medios necesarios para el desarrollo de los sindicatos se transformen, en un momento dado de la organización y en cierto grado de madurez de las condiciones, en su contrario, en obstáculos para la continuación de este desarrollo.

La especialización de su actividad profesional de dirigentes sindicales, así como la restricción natural de horizontes que los liga con las luchas económicas fragmentadas en períodos de quietud, concluyen por llevar fácilmente a los funcionarios sindicales al burocratismo y a una cierta estrechez de miras. Pero estas dos características tienen su expresión en toda una serie de tendencias que podrían ser fatales para el porvenir del movimiento sindical. Entre ellas, habría que enumerar ante todo la tendencia a sobrestimar la organización que paulatinamente de un medio con vistas a un fin se convierte en un fin en sí mismo, en un bien supremo al que deben estar subordinados todos los intereses de

la lucha. Se explica así ante todo, esta necesidad, abiertamente confesada, de tregua, cuando se temen riesgos serios, esta necesidad de pretendidos peligros para la existencia del sindicato, cuando se teme la espontaneidad de ciertas acciones de masas; así se explica la confianza excesiva en el método de lucha sindical, en sus perspectivas y en sus éxitos.

Los dirigentes sindicales, constantemente absorbidos por la pequeña guerra económica, que tienen por objetivo hacer que las masas obreras sepan apreciar el gran valor de cada conquista económica, por mínima que ella sea, de cada aumento salarial y reducción del horario de trabajo, llegan insensiblemente a perder ellos mismos los grandes nexos de causalidad y la visión de conjunto de la situación general. Sólo así se puede entender por qué más de uno de ellos se extiende con tanta satisfacción sobre las conquistas de estos últimos quince años, sobre los millones de aumentos salariales, en lugar de insistir por el contrario en el reverso de la medalla; en el descenso de las condiciones de vida para los proletarios, que simultáneamente han causado el encarecimiento del pan, toda la política fiscal y aduanera, la especulación del terreno edificable, que aumenta de modo exorbitante los alquileres, en pocas palabras, sobre todas las tendencias efectivas de la política burguesa, que anulan en gran parte las conquistas de las luchas sindicales de quince años.

De la verdad socialista *total*, que, poniendo de relieve el trabajo presente y su absoluta necesidad, pone el acento principal sobre la crítica y los límites de este trabajo, se llega a defender así la media verdad sindical, que hace resaltar sólo el resultado positivo de la lucha cotidiana. Y finalmente, la costumbre de silenciar los límites objetivos trazados por el orden social burgués a la lucha sindical, se transforma en hostilidad directa contra toda crítica que muestra, estos límites ligándolos de nuevo al objetivo final del movimiento obrero. El panegírico absoluto, el optimismo ilimitado, son considerados como un deber por todo amigo del movimiento sindical.

Pero dado que el punto de vista socialista consiste precisamente en combatir el optimismo sindical acrítico, y además combatir el optimismo parlamentario, se termina por oponerse a la misma teoría socialista: se busca a tientas una "nueva teoría sindical", es decir una teoría que, en contraste con la doctrina socialista, abraja a las luchas sindicales, en el terreno del orden capitalista, perspectivas ilimitadas de progreso económico. En verdad, hace ya tiempo que dicha teoría existe: es la teoría del profesor Sombart<sup>21</sup> fundada expresamente con la intención de trazar una

<sup>21</sup> Werner Sombart, economista y sociólogo (1863-1911). Escribió diver-

línea de separación entre los sindicatos y la socialdemocracia en Alemania, y de llevar a los sindicatos a pasarse al campo burgués.

A estas tendencias teóricas se une directamente un cambio de las relaciones entre los dirigentes y las masas. A la dirección colectiva de los comités locales, con sus indiscutibles insuficiencias, le sustituye la dirección profesional del funcionario sindical. La dirección y la facultad de juicio se convierten por así decirlo en su especialidad profesional, mientras que a la masa le corresponde principalmente la virtud más pasiva de la disciplina.

Estos inconvenientes del burocratismo comportan seguramente también para el partido peligros que podrían derivar con bastante facilidad de la innovación más reciente: la institución de los secretarios locales del partido. Y estos peligros encontrarán forma de manifestarse si la masa socialista no vigila constantemente a estos secretarios para que permanezcan como puros y simples órganos ejecutivos, sin ser considerados nunca como los representantes profesionales de la iniciativa y de la dirección de la vida local del partido. Pero el burocratismo tiene en la socialdemocracia, por la naturaleza misma de las cosas, por el carácter de la lucha política, límites muy definidos, más estrechos que en la vida sindical. En ésta, la especialización técnica de las luchas salariales, por ejemplo la conclusión de complicados contratos de trabajo a destajo u otros acuerdos similares, actúa de modo que la masa de inscritos no tenga con frecuencia "la visión de conjunto de toda la vida sindical" y en esto se basan para comprobar su incapacidad para decidir. Y este es también un resultado de dicha concepción, al igual que la argumentación por la que se rechaza toda la crítica teórica sobre las perspectivas y las posibilidades de la praxis sindical, haciendo creer que constituiría un peligro para la fe de las masas en el sindicato. Se parte entonces de esta idea: que una fe ciega en las ventajas de la lucha sindical es el único medio para conquistar y para conservar la masa obrera.

Es todo lo opuesto del socialismo, que funda la influencia propia sobre la comprensión de parte de las masas de las contradicciones del ordenamiento existente y de la compleja naturaleza de su desarrollo, en su actitud crítica, en todo momento y en cada estadio de la lucha de clases. Por el contra-

tos trabajos sobre el capitalismo moderno. Especialista del socialismo; al comienzo, más o menos influenciado por el marxismo; luego, se convirtió en un adversario encarnizado.

rio, según esta falsa teoría, la influencia y la fuerza de los sindicatos reposaría sobre la incapacidad de las masas para criticar y juzgar. "Es necesario custodiar la fe para el pueblo", tal es el principio por el cual muchos funcionarios sindicales califican como un atentado contra el movimiento sindical todo análisis crítico de las insuficiencias de este movimiento.

Finalmente, otro resultado de esta especialización y de este burocratismo en los funcionarios sindicales es la fuerte "autonomía" y "neutralidad" de los sindicatos respecto del partido socialista. La autonomía externa del órgano sindical deriva de su desarrollo, como condición natural, como relación nacida de la división técnica del trabajo entre las formas de lucha política y sindical. La "neutralidad" de los sindicatos alemanes ha sido, por su parte, un resultado de la legislación reaccionaria sobre las asociaciones, un resultado del carácter policial del estado prusiano-alemán. Con el tiempo, estos dos elementos cambiaron su naturaleza. De la condición de neutralidad política, impuesta a los sindicatos por la policía, se extrajo a renglón seguido una teoría de su neutralidad voluntaria, pretendida necesidad fundada sobre la naturaleza misma de la lucha sindical. Y la autonomía técnica de los sindicatos, que reposa sobre una división del trabajo hecha en el ámbito de la unidad de lucha de la clase socialista, se ha transformado en el alejamiento de los sindicatos que se apartan de la socialdemocracia, de sus ideas y de su dirección; se ha transformado en lo que se llama la "igualdad de derechos" con la socialdemocracia.

Ahora bien, esta apariencia de división y de igualdad está personificada específicamente por los funcionarios sindicales, alimentada por el aparato administrativo de los sindicatos. Exteriormente, la coexistencia de todo un cuerpo de funcionarios, de comités centrales absolutamente independientes, de una abundante prensa sindical y, en fin, de congresos sindicales, ha creado la apariencia de un paralelismo completo con el aparato administrativo del partido socialista, con su comité directivo, su prensa y sus congresos. Esta ilusión ha conducido además al monstruoso fenómeno siguiente: en los congresos sindicales y en los congresos socialistas, fueron discutidos temarios análogos y sobre el mismo problema fueron adoptadas decisiones distintas, y hasta diametralmente opuestas.

Por una división natural del trabajo entre el congreso del partido que representa los intereses y los problemas generales del movimiento obrero, y las conferencias de los sindicatos que estudian los aspectos más específicos de los problemas y de los



intereses particulares de la lucha corporativa de cada día, se ha producido de manera artificial una escisión entre una pretendida concepción sindical del mundo y la concepción socialista respecto de los mismos problemas e intereses generales del movimiento obrero.

Así, se ha verificado este extraño orden de cosas: el mismo movimiento sindical que, en la base, en la vasta masa proletaria es una sola cosa con el socialismo, se divide netamente en la cúspide, en el edificio administrativo del partido socialista y se planta frente a él como una segunda gran fuerza independiente. El movimiento obrero alemán reviste así la forma singular de una doble pirámide, en la cual la base y el cuerpo están constituidos por una misma masa, mientras que los vértices se alejan uno del otro.

De lo aquí expuesto resulta con claridad cuál es el único camino que permite crear de modo natural y eficaz esta unidad compacta del movimiento obrero alemán, unidad imprescindible para las futuras luchas políticas de clase, y además para el propio desarrollo ulterior de los sindicatos. Nada sería más falso e inútil que intentar establecer esta unidad deseada por medio de esporádicos o periódicos tratos entre la dirección del partido socialista y el comité central de los sindicatos sobre los problemas específicos del movimiento. Son justamente (como vimos) los vértices de la organización de las dos formas del movimiento los que expresan su división y su autonomía, que, en consecuencia, representan la ilusión de la "igualdad de derechos" y de la existencia paralela del partido y de los sindicatos. Querer realizar la unidad entre sí a través de la aproximación de la dirección del partido y del comité general de los sindicatos, sería como querer construir un puente precisamente donde el foso es más amplio y el paso más difícil.

No es en la cúspide, en el vértice de las organizaciones y de su unión federativa, sino en la base, en la masa proletaria organizada, donde está la garantía para la unidad real del movimiento obrero. En la conciencia de un millón de inscritos al sindicato, partido y sindicatos son efectivamente *una sola cosa*: la lucha socialista por la emancipación bajo distintas formas. De esto resulta, como es natural, la necesidad, para suprimir los roces producidos entre el partido socialista y una parte de los sindicatos, de hacer adherir sus relaciones recíprocas en la conciencia de la masa proletaria, es decir, volver a unir los sindicatos a la socialdemocracia. Esto significará de hecho realizar la síntesis del desarrollo que desde la primitiva incor-

poración de los sindicatos condujo a la división de la socialdemocracia, para preparar luego, a través de un período serio de desarrollo, tanto de los sindicatos como del partido, el futuro período de las grandes luchas proletarias de masa; y con esto mismo hacer una necesidad de la reunión del partido y de los sindicatos en el interés común.

No se trata, como es claro, de romper en el partido la estructura sindical actual: se trata de restablecer, entre la dirección de la socialdemocracia y la de los sindicatos, entre los congresos sindicales, la relación natural que corresponde a la relación de hecho entre el movimiento obrero en su conjunto y en su aparente división. Una transformación tal no dejará de provocar la oposición violenta de una parte de los dirigentes sindicales. Pero es hora ya de que la masa obrera socialista aprenda a demostrar si es capaz de juicio y de acción, a demostrar así su madurez para los momentos de grandes luchas y de grandes acciones, en los cuales la masa debe ser el coro que actúa, mientras que los dirigentes son meramente las "figuras parlantes", o sea, los intérpretes de la voluntad de la masa.

El movimiento sindical no consiste en la imagen que se forma en las ilusiones perfectamente explicables, pero erróneas, de una minoría de dirigentes sindicales: él es la realidad que existe en la conciencia unitaria de los proletarios conquistados para la lucha de clases. En esta conciencia, el movimiento sindical es una parte del movimiento socialista. "Que tenga el coraje de ser lo que es."<sup>22</sup>

<sup>22</sup> Alusión a la frase de Bernstein a propósito de la necesidad de la revisión de la doctrina del Partido Socialdemócrata. En su opinión, el partido debía tener el "coraje de parecerse a lo que es hoy en realidad: un partido reformista democrático y socialista" (*Voraussetzungen*, p. 162). De la obra principal de Bernstein, la Editorial Claridad publicó una versión con el título de: *Socialismo teórico y socialismo práctico* (Buenos Aires, 1966).

APÉNDICES

ROSA LUXEMBURG  
DISCURSOS SOBRE LA HUELGA  
POLÍTICA DE MASAS



DISCURSO EN EL CONGRESO DE MANNHEIM  
(1906)

1. *El problema de la huelga de masas*

El discurso de Legien ha sido un ejemplo clásico y típico de la posición adoptada últimamente por algunos dirigentes gremiales frente a la socialdemocracia y frente a los problemas partidarios más importantes. Primeramente habló durante toda una hora para criticar con la mayor acritud la Resolución de Jena, demostrar la imposibilidad y las funestas consecuencias de la idea de la huelga masiva, alertarnos al respecto, para finalmente llegar, por supuesto, a asegurarnos, tranquilizadora y reconfortantemente, que todos somos carne y uña, que en consecuencia no tenemos necesidad alguna de dirimir diferencias, y que podemos ponernos de acuerdo en una resolución. Y ese acuerdo se establece de la manera más curiosa, haciendo que se declare que la Resolución de Colonia, que ya presenta como funesta la mera discusión de la huelga de masas, es idéntica a la Resolución de Jena. Cuando oí que Legien había presentado esa moción, me dije que hacía falta una buena dosis de valor y osadía para pensar que pudiéramos aprobarla. Y no poco me sorprendió oír que la comisión directiva del partido entró a considerarla. (*¡Oigan eso! ¡Muy bien!*) Digamos algunas palabras acerca de la crítica de Legien a la Resolución de Jena. Es característica su apelación a la tradición: según él, todos nos habríamos criado en el concepto de que la huelga general —a la cual identifica sin mayores inconvenientes con la huelga de masas— es un disparate general. Lindos socialdemócratas seríamos si no supiésemos emanciparnos de ideas que tuvimos cuando pequeños. Pues somos un partido del desarrollo histórico para aprender de la historia. (*¡Muy bien!*) Si hoy en día, en vista de la grandiosa revolución rusa, que durante décadas será la maestra de los movimientos revolucionarios del proletariado, se estudia el problema de la huelga de masas principalmente siguiendo los acontecimientos en Italia y Francia, se demuestra con ello precisamente lo que ha demostrado Legien al apelar a la tradición: que no se sabe aprender ni

olvidar nada. (*Agitación. Asentimiento.*) Así es: no saben aprender nada de la revolución rusa. (Legien: ¡*Muy bien!*) Si no, no tendrían el valor de afirmar que el movimiento de huelga masiva es el mayor peligro para la subsistencia de los sindicatos. Evidentemente no tienen ni idea de que el poderoso movimiento gremial ruso es hijo de la revolución. (¡*Muy bien y objeciones.*) El proletariado ruso entró en la revolución sin asomo de organización, y hoy en día todo el país está cubierto por poderosos principios de organización. Ese es justamente el viejo concepto fosilizado inglés, el de que los sindicatos sólo pueden prosperar con un desarrollo tranquilo. La revolución rusa ha demostrado que en muchos casos las organizaciones proletarias más poderosas pueden nacer y florecer en la lucha. Por su parte, David ha criticado la idea de la huelga de masas desde su particular punto de vista legalista de Maguncia. Nos ha presentado el espantajo de las ametralladoras. Tampoco él tiene idea de qué sucede en Rusia (*risas*), y olvida que las ametralladoras son atendidas por seres vivos, por soldados, y que, cuando ha madurado el momento, no pierden su eficacia. Siguen siendo tan mortíferas como antes, sólo que se vuelven contra el régimen imperante (*vivos aplausos*). Un último argumento de Legien tendía a demostrar que, en algunos aspectos, su autor ha permanecido dentro de los conceptos de la puerilidad (*risas*). Dijo que, al aceptar la Resolución de Jena, hemos cometido una acción imprudente; que hemos revelado nuestros planes a nuestros enemigos. ¿Desde cuándo los grandes movimientos históricos, los grandes movimientos populares, se desarrollan por la vía de convenios secretos dentro de una sala cerrada? (¡*Muy bien!*) Es una idea pueril de la huelga general la de creer que su destino depende de lo que resuelva la comisión general, inclusive con el comité directivo del partido. (*Viva aprobación y risas.*) Quería decir aún algunas palabras acerca del discurso de Bebel, pero no estoy segura de haberlas comprendido correctamente, ya que yo estaba sentada a la izquierda, y hoy Bebel habló continuamente hacia la derecha. (*Gran hilaridad.*) Pero sí he descubierto una marcada contradicción. En una ocasión dijo que, por supuesto, se atenia a la Resolución de Jena. Si se nos quitara el voto universal, deberíamos defenderlo obviamente por todos los medios, aunque nos quedemos en el camino. Recordé esas palabras, que recomfortaron y refrescaron mi corazón, pero al final dijo lo que podría y debería suceder en Alemania si en virtud de una intervención de Prusia llegásemos a una guerra con Rusia. No estoy

segura de haber comprendido correctamente a Bebel, y me parecería muy bien si en sus palabras finales pudiese prevenir todas las malas interpretaciones. Por lo que pude entender, el sentido de sus palabras era el de que nada podríamos hacer en caso de ser enfrentados a una guerra. Si el discurso de Bebel pudiera interpretarse de esa manera, nuestros amigos en Francia se hallarían en una situación bastante embarazosa, ya que allí nuestros valientes y esforzados compañeros declararon, por intermedio de Vaillant, que si se produjese una guerra con Rusia, interpondrían su veto. Nuestros amigos acuñaron esta frase célebre: *plutôt l'insurrection que la guerre* (antes la insurrección que la guerra). Esa ha sido la voz viril del proletariado francés, y espero que también el proletariado alemán halle valor suficiente como para decir: "No debe ocurrir en contra de nuestra voluntad." (*Vivos aplausos.*) Bebel ha dicho: ¿Green ustedes que el comité directivo del partido puede hacer la huelga de masas? No, la masa debe arrastrar al comité directivo del partido. Pues bien, si el comité directivo del partido no concibe de otra manera su papel, debe ser y será arrastrado, y les ruego rechazar, en este sentido, los convenios del comité directivo con la comisión general, celebrados a nuestras espaldas, y votar por la moción de Kautsky.<sup>1</sup> (*Vivos aplausos.*)

## II. *Acerca de la relación entre el partido y los sindicatos*

Camaradas: Creo que entre nosotros no podrá hallarse ni uno solo que no esté de acuerdo con la idea fundamental de la resolución del comité directivo del partido.<sup>2</sup> Confío en que todos nosotros compartamos la opinión de que la organización centralizada es la forma más apropiada para la lucha sindical moderna, y que hoy en día hay que considerar al anarquismo, tanto en Alemania como en todo el mundo capitalista, a lo sumo como una consecuencia del extravío intelectual y de la decadencia espiritual de los obreros. Pero a pesar de todo ello, con-

<sup>1</sup> En una moción, Karl Kautsky y 32 compañeros solicitaron que se expresara inconfundiblemente, en la resolución del comité directivo del partido acerca del problema de la huelga política de masas, que cada socialdemócrata debía atenerse a las resoluciones de los congresos partidarios y que la socialdemocracia era la forma suprema y más amplia de la lucha proletaria de clases. Kautsky retiró esta parte principal de su moción, luego de las objeciones formuladas por los oportunistas.

<sup>2</sup> En la resolución del comité directivo de la socialdemocracia alemana se exigía combatir contra las actividades anarcosocialistas en las organizaciones sindicales locales y expulsar del Partido Socialdemócrata a los anarcosocialistas.

sideraría la aceptación de la resolución propuesta por el comité directivo del partido como un grave error. (*¡Muy bien!*) Ante todo no puedo comprender, con mi restringida mentalidad subalterna (*hilaridad*), cómo puede hacerse coincidir la toma de posición de los representantes de las asociaciones centrales frente a esta resolución con su postura frente a la anterior resolución de Kautsky. Allí, cuando se trataba de la cuestión más obvia del mundo, la de que todo socialdemócrata debía actuar como tal también dentro del sindicato y respetar las resoluciones de los congresos partidarios, hubo violenta resistencia porque ello debía despertar, hacia el exterior, la impresión de que los sindicatos eran por completo apéndices de la socialdemocracia. Pero en cambio aquí hay total acuerdo en el sentido de que la socialdemocracia emprenda una enérgica acción en beneficio de una determinada forma de organización del sindicato. Me temo que, ante una doble posición de esta naturaleza, la relación entre los sindicatos y la socialdemocracia se asemeje a la de ese conocido convenio conyugal, en el cual una campesina decía a su marido: "Cuando estemos de acuerdo en alguna cuestión, hágase tu voluntad; pero cuando discrepemos, obraremos según mi opinión." (*Hilaridad.*) Además, me parece irresponsable que en este caso se intente utilizar al partido como correctivo contra un determinado grupo de sindicalistas, y que de esa manera carguemos con reyertas y discordias dentro de las filas del partido. Pues no cabe duda de que entre los sindicatos de organización local hay muchos bravos compañeros, y sería irresponsable que, con el fin de servir directamente a los sindicatos en esta cuestión, introduyésemos la discordia en nuestras filas. Respetamos la opinión de que los localistas no deben llevar la discordia dentro de las organizaciones sindicales hasta el punto de estorbar con ello la organización social; pero en nombre de la tantas veces ensalzada igualdad de derechos hay que reconocer cuando menos lo mismo para el partido. Si excluimos directamente del partido a los anarcosocialistas, tal como lo propone el comité directivo del partido, sólo daremos con ello un triste ejemplo de que únicamente hallamos energía y decisión para delimitar nuestro partido hasta la izquierda, mientras dejamos ampliamente abiertas las puertas hacia la derecha. (*¡Muy bien!*)

Von Elm ha citado aquí, como ejemplo de la insensatez anarquista, que en *Die Einigkeit*<sup>3</sup> o en una conferencia de los

<sup>3</sup> *Die Einigkeit* [La Unidad] era el órgano de los anarcosindicalistas. Asociación Libre de Sindicatos Alemanes. Se comenzó a editar desde 1897.



localmente organizados se dijo que había que considerar a la huelga general como el único medio de la verdadera lucha revolucionaria de clases. Evidentemente, eso es una insensatez y no otra cosa. Sin embargo, estimados presentes, se halla igualmente alejado de la táctica socialdemocrática y de nuestros principios el que David declare que los medios legales y parlamentarios son los únicos medios de la socialdemocracia. (*¡Muy bien!*) Se nos dice que los localistas, los anarcosocialistas, socavan a cada paso, mediante su agitación, los fundamentos socialdemócratas. Pero exactamente el mismo socavamiento de los fundamentos socialdemócratas constituye el que una de las asociaciones centralizadas, como Bringmann en vuestra conferencia del mes de febrero,<sup>4</sup> se haya declarado contrario al principio de la lucha de clases. (*Protestas.*) En nuestras filas, el anarquismo no es otra cosa que una reacción hacia la izquierda contra las desviaciones hacia la derecha. (*¡Muy bien!*) Si quieren ustedes combatir al anarquismo, permanezcan ustedes fieles a nuestro antiguamente acreditado principio: entre nosotros no se excluye a nadie por sus puntos de vista. Anularemos a esa gente y minaremos a todo el movimiento anarcosocialista haciéndole frente al oportunismo, pues esta es la verdadera vertiente que nutre las desviaciones anarquistas. Si no hemos excluido a nadie de la extrema derecha, tampoco tenemos el derecho, en todo caso, de excluir a la extrema izquierda. (*Vivos aplausos y protestas.*)

(Protocolo sobre las sesiones del congreso partidario del Partido Socialdemócrata Alemán, realizado en Mannheim del 23 al 29 de setiembre de 1906, Berlín 1906. I: pp. 260-262. II: pp. 315-316.)

<sup>4</sup> La conferencia de los representantes de los comités directivos del comité central tuvo lugar en Berlín, del 19 al 23 de febrero de 1906.

## DISCURSOS EN EL CONGRESO DE MAGDEBURGO (1910)

### 1. *Moción de huelga política de masas*

El congreso del partido, en total coincidencia con la reciente conferencia del partido prusiano,<sup>5</sup> cuyas concepciones se confirmaron por completo en virtud de las enseñanzas dejadas por las luchas por el derecho del voto durante esta primavera, declara que la lucha por el derecho del voto en Prusia sólo puede lograr una victoria mediante una grande y decidida acción de masas del pueblo trabajador, para lo cual deberán aplicarse, en caso de ser necesarios, todos los medios, entre ellos también la huelga política de masas. Frente a ello, el partido declara necesario, en vista del inminente recomienzo de la campaña por el derecho al voto iniciar el planteamiento y propagación de la huelga de masas en la prensa partidaria y en asambleas, agudizando así en las más amplias capas del proletariado el sentimiento de su propio poderío así como su conciencia política, para que las masas se hallen a la altura de las grandes tareas cuando la situación las exija,<sup>6</sup> R. Luxemburg, Haenisch, Westkamp, Schöbel, Sra. Lex, Grütz, Faure, Henke, Pannekoek, Wellmann, Reitze, Rauch, Elfriede Gewehr, Dröner, Schulten, Focke, Albrecht, Liebknecht, Staab, Minna Wiese, Marie Milow, Rudolph, Limbertz, Grenz, Keil-Reichenbach, Fleissner, Graupe, Heinrich Schulz, Rohleder, Leutert, Hengsbach, Hennig, Reiwand, Oertel, Rosenfeld, Frank-Berlin VI., Fauth, Wagner, Antrick, Wassermann-Schöningen, Martin, Bromme, Neukirch, Scholich, Hoffman, Hörsing, Dietrich, Westmeyer, Schumacher, Haug, Böhme, Castan, Ulm, Dittman, Dissman, Dobrohlaw, Hackelbusch, Bühler, Muth, Witzke, Arendsee.

<sup>5</sup> La conferencia de la socialdemocracia prusiana tuvo lugar en Berlín del 3 al 5 de enero de 1910.

<sup>6</sup> La primera oración de esta moción fue aprobada en relación con la resolución acerca del problema del voto; la segunda oración fue retirada.

## II. *Fundamentación de la moción de huelga política de masas*

Una serie de delegados que no firmaron nuestra moción han declarado que coinciden objetivamente por completo con ella, pero que temen que una palabra de nuestra moción pueda producir malos entendidos en determinados círculos del partido, a saber, la palabra "propagación". Estamos de acuerdo en que se teste esa palabra en nuestra moción. Hemos presentado la misma como complemento necesario de la resolución del comité directivo del partido. La resolución del comité directivo encara el problema del derecho del voto desde el punto de vista general. Nosotros quisiéramos dar mayor énfasis al aspecto actual, a las líneas de acción política para la lucha. Es algo que echamos de menos en la resolución del comité directivo, ya que a pesar de todo lo acertado que manifiesta, no aprecia suficientemente el hecho de que desde la conferencia del partido prusiano, hemos avanzado un trecho enorme en nuestra lucha por el voto en Prusia. Desde entonces hemos visto en la cámara de diputados de Prusia la farsa del proyecto de Bethmann Hollweg, con su total bancarrota hacia el final. Por otra parte, hemos presenciado manifestaciones callejeras como jamás las habían visto Alemania ni Prusia. Este acontecimiento, el colapso de la acción parlamentaria del gobierno y de los partidos burgueses por una parte, y el poderoso crecimiento de la acción de las masas, por la otra, no sólo confirmó de manera brillante el concepto de la conferencia del partido de Prusia, sino que también imprimió una significación actual mucho más concreta a las consignas que se formularon en esa conferencia que la que poseían durante la Navidad. Esto se refiere principalmente a la consigna de la huelga política de masas. Ya la conferencia del partido de Prusia la recomendó unánimemente como medio para su eventual aplicación. También en el informe y en los discursos se lo señaló con insistencia. Pero los propios acontecimientos confirieron vida y significación práctica a esta consigna.

Compañeros: Desde las poderosas manifestaciones masivas de la primavera a favor del derecho electoral prusiano, la consigna de la huelga de masas ha pasado a ocupar, en cierto modo, el primer plano del interés de nuestras masas proletarias. De la misma manera que en enero de 1906 los camaradas de Hamburgo habían efectuado una lograda tentativa inicial

con el empleo de la huelga de masas como demostración política, así este año los compañeros de Kiel, los de Francfort y los de Hanau hicieron brillantes manifestaciones de huelgas de masas, y en una serie de otras ciudades, en Breslau, en Halle, en el distrito de agitación de Hesse-Nassau, en Renania, en Bremen, nuestros compañeros se ocuparon con la mayor intensidad de la idea de la huelga de masas, cosa que asimismo se manifestó en una animada discusión celebrada en nuestra prensa partidaria en la primavera. Ello es totalmente obvio, y no podía ser de otro modo. Apenas convocamos a la liza a poderosas masas en la lucha por el voto, en cuanto organizamos imponentes manifestaciones, pronto surge en las propias masas este interrogante: ¿Qué haremos luego? Nadie puede sustraerse a la idea de que es más probable que con la mera manifestación no alcancemos la meta de nuestras luchas por el derecho del voto. Es extremadamente improbable que ante las meras demostraciones de la voluntad de las masas proletarias, los reaccionarios gobernantes en Prusia-Alemania renuncien voluntariamente a su más poderosa fortaleza, y entonces es natural que surja en las masas de los proletarios manifestantes esta pregunta: ¿Tenemos aún otras armas, más eficaces, si el arma de las huelgas de manifestación se revelara como insuficiente? (*¡Bravo!*) ¿Tenemos aún medios y caminos para conferir a nuestra voluntad mayor énfasis, mayor eficacia? Entonces es nuestro deber obvio dar a esta pregunta de las masas una respuesta clara: Sí, ustedes tienen un medio más eficaz aún que pueden poner en acción en caso de necesidad, y ese medio es la negativa a trabajar, la huelga de masas. Y a ello se agrega aún algo más: en cuanto organizamos manifestaciones masivas, en cuanto estas crecen continuamente, se tornan cada vez más poderosas, se crea una situación en la cual el resultado de la lucha por el voto no depende ya sólo de nosotros, sino que también entran en juego otros factores, la conducta de nuestros adversarios. Todos sabemos cómo enfrentó la reacción dominante nuestras primeras manifestaciones masivas; están frescas en nuestro recuerdo todas las cargas con sable, todas las provocaciones de la policía, todos sabemos que hasta ahora ha permanecido irrefutada la noticia publicada en el *Berliner Tageblatt*, de que en la gran manifestación del Jardín Zoológico del 6 de Compañeros, ya es tiempo y es necesario que todos nosotros comprendamos claramente que ese concepto de la huelga de masas es totalmente errado, y una de las tareas que se propone nuestra moción es la de crear total claridad acerca de ese

concepto, y aventar los temores de que sólo ya el planteo del problema de la huelga de masas pudiera bastar, artificialmente —en forma oportuna o inoportuna— para provocar la huelga de masas. Debemos superar esa concepción, tal como el concepto anárquico de la huelga general, al cual aquélla corresponde, se halla enterrado desde mucho tiempo atrás. Una huelga política de masas no es un fenómeno que pueda provocarse artificialmente hablando de ella o propagando esa arma. Una huelga política de masas sólo puede surgir a partir de condiciones históricas; de la madurez de la situación política y económica puede surgir una huelga masiva, y si hay algo que pueda demostrarles que puede hablarse hasta el infinito de la huelga masiva sin el menor resultado práctico cuando se hallan ausentes las condiciones para su concreción, ese algo es la historia de la propia idea de la huelga general. Ya saben ustedes que los anarquistas del tipo de Domela Nieuwenhuis ensalzan desde hace décadas la huelga general como una panacea contra todos los males del orden social imperante y contra la guerra, como un medio para producir la revolución social en 24 horas. Y hoy en día, ¿quién habla aún de la huelga general, salvo los sindicalistas franceses de filiación anarquista? Las tentativas de Nieuwenhuis de vender la idea de la huelga general no puede registrar ni un ápice en materia de éxitos serios, y nadie se ha preocupado por ella. Y el país en el cual menos se ha manifestado la huelga general en la práctica es, hoy en día, Francia, donde los sindicalistas hablan continuamente de ella.

Así, la propia historia de esta idea demuestra que la propagación, el planteo, el ensalzamiento no pueden provocar artificialmente la huelga de masas, sino única y exclusivamente la maduración de las condiciones históricas y económicas. Sólo en la última década, desde que tenemos la poderosa agrupación del capital para formar carteles, la política de lock-out, la agudización sin precedentes de las contradicciones de clases, se revela que las huelgas de masas estallan en un país tras otro no porque otrora las hayan propagado los anarquistas, sino porque las condiciones históricas las exigen.

Para nosotros, en la lucha prusiana por el derecho del voto, la Compañeros, ya es tiempo y es necesario que todos nosotros comprendamos claramente que ese concepto de la huelga de masas es totalmente errado, y una de las tareas que se propone nuestra moción es la de crear total claridad acerca de ese concepto, y aventar los temores de que sólo ya el planteo del problema de la huelga de masas pudiera bastar, artificialmente

—en forma oportuna o inoportuna— para provocar la huelga de masas. Debemos superar esa concepción, tal como el concepto anárquico de la huelga general, al cual aquélla corresponde, se halla enterrado desde mucho tiempo atrás. Una huelga política de masas no es un fenómeno que pueda provocarse artificialmente hablando de ella o propagando esa arma. Una huelga política de masas sólo puede surgir a partir de condiciones históricas; de la madurez de la situación política y económica puede surgir una huelga masiva, y si hay algo que pueda demostrarles que puede hablarse hasta el infinito de la huelga masiva sin el menor resultado práctico cuando se hallan ausentes las condiciones para su concreción, ese algo es la historia de la propia idea de la huelga general. Ya saben ustedes que los anarquistas del tipo de Domela Nieuwenhuis ensalzan desde hace décadas la huelga general como una panacea contra todos los males del orden social imperante y contra la guerra, como un medio para producir la revolución social en 24 horas. Y hoy en día, ¿quién habla aún de la huelga general, salvo los sindicalistas franceses de filiación anarquista? Las tentativas de Nieuwenhuis de vender la idea de la huelga general no puede registrar ni un ápice en materia de éxitos serios, y nadie se ha preocupado por ella. Y el país en el cual menos se ha manifestado la huelga general en la práctica es, hoy en día, Francia, donde los sindicalistas hablan continuamente de ella.

Así, la propia historia de esta idea demuestra que la propagación, el planteo, el ensalzamiento no pueden provocar artificialmente la huelga de masas, sino única y exclusivamente la maduración de las condiciones históricas y económicas. Sólo en la última década, desde que tenemos la poderosa agrupación del capital para formar carteles, la política de lock-out, la agudización sin precedentes de las contradicciones de clases, se revela que las huelgas de masas estallan en un país tras otro no porque otrora las hayan propagado los anarquistas, sino porque las condiciones históricas las exigen.

Para nosotros, en la lucha prusiana por el derecho del voto, la consigna de la huelga de masas se desprende del simple hecho de que el proletariado depende única y exclusivamente de sí mismo, de sus propias fuerzas para llevar esa lucha a la victoria. En cuanto forma más agudizada de la acción política independiente del proletariado, la huelga de masas es para nosotros, en Prusia-Alemania, al mismo tiempo un producto de la intensificación de las contradicciones de clase, de la decadencia del liberalismo burgués, de la democracia burguesa, de

la agrupación de todos los partidos burgueses contra nosotros, un producto de toda la evolución histórica de las últimas décadas.

Concebido de esa manera, colocado sobre semejante base, el planteo de la huelga de masas no significa hacer aparecer artificialmente, como por arte de magia, una huelga de masas sin fundamento y sin las condiciones de eficiencia, sino que es un descollante medio de esclarecimiento para las masas, un medio sobresaliente de educación política y de profundización de la concepción política de las masas proletarias. (*¡Muy bien!*)

No queremos plantear la huelga de masas y difundir su idea como si fuese un remedio milagroso que basta sacarlo del bolsillo para agenciamos triunfos seguros, sino que, por el contrario, tenemos motivos más que suficientes para hablar con la masa sin rodeos —y en ello estoy totalmente de acuerdo con Borgmann, quien creía tener que plantearlo como argumento contra nuestra moción— y decirle que no podemos concluir exitosamente, de una sola sentada, una lucha tal como la del derecho del voto en Prusia. Debemos preparar a las masas para que sepan que la victoria sólo podrá alcanzarse a través de una prolongada serie de luchas difíciles y colmadas de sacrificios. Pero precisamente al señalar toda la dificultad de la lucha inminente en conexión con el planteo de la huelga masiva, cumplimos frente a la clase obrera no sólo una tarea de esclarecimiento político, sino asimismo de educación ética y moral, al apelar al idealismo supremo, a la disposición al sacrificio. Si suman ustedes todo esto, tendrán que admitir que, concebida de esta manera, la propagación de la huelga de masas constituye un buen ejemplo de educación de las masas para el socialismo. (*¡Muy bien!*) Tan caduco como el temor de que la huelga masiva podría estallar inoportunamente sólo porque se habla de ella, es el concepto de que con la propagación ya se halla dada la fijación de un plazo. ¿Quién puede determinar cuándo tendremos que hacer una huelga política masiva en Prusia-Alemania? A ese respecto no decidimos nosotros solos. Una huelga política de masas podrá ser necesaria dentro de acaso uno, dos o tres años, pero posiblemente también pueda serlo ya después del par siguiente de manifestaciones por el derecho del voto, pues además de nuestra táctica hay que tener en cuenta la táctica del adversario, la conducta de la reacción, la situación general, las condiciones económicas. Pero si las cosas son tales que no podemos fijar cuándo ni cómo tendrá lugar la huelga de masas, si tenemos que admitir que posiblemente ya pueda tornarse necesaria a muy breve plazo, surge de ello el claro

deber de preparar a las masas para sus obligaciones y velar para que, cuando la situación esté madura para ello, no echen mano del arma de la huelga de masas movidos por la emotividad y por el encarnizamiento, sino que salgan al campo de batalla como un ejército de luchadores por su clase, políticamente adiestrado y claramente superior, bajo la conducción de la socialdemocracia. (*¡Bravo!*) Un fenómeno histórico tal como la huelga política masiva no puede provocarse mediante una orden, pero tampoco puede detenerse mediante una orden, una vez que el tiempo ha madurado para ello. (*¡Eso es verdad!*) Si omitimos la preparación de las masas mediante un profundo planteo de la huelga política de masas en conexión con el desarrollo histórico y político, todo cuanto lograremos será que llegado el momento, las masas se lancen a la huelga no bajo nuestra conducción, sino en caótica confusión. No somos nosotros, sino las masas las que están destinadas a decidir cuando habrá madurado el momento, y es nuestra obligación darles las armas espirituales, una clara visión de la trascendencia de la lucha, de la magnitud de las tareas a cumplir, y de los sacrificios que a ellas se vinculan. Pues en este caso, como en cualquier otra lucha política, el estar preparado lo es todo. (*Clamorosos aplausos.*)

(Protocolo sobre las sesiones del congreso partidario del Partido Socialdemócrata Alemán. Realizado en Magdeburgo del 18 al 24 de setiembre de 1910; Berlín 1910. I: pp. 181-182. II: pp. 304-307. III: pp. 426-430.)



## LA HUELGA POLÍTICA DE MASAS Y LOS SINDICATOS (1910)

¡Compañeros y compañeras! ¡Estimado público presente!

Debo confesar que no me sentí menos sorprendida que ustedes al divisar aquí, en la asamblea extraordinaria de afiliados a la Asociación Metalúrgica, a varios representantes uniformados de nuestra superioridad terrenal. Me he enterado de que, además del par de entumbrados señores que permanecen en este recinto, se ha acumulado un respetable número de comisarios y agentes de policía en la comisaría más cercana. (*Movimiento.*) ¡Compañeros y estimado público presente! Debo confesar que esa sorpresa tuvo para mí un efecto diferente que para ustedes. No la acogí con indignación, sino que me sobrevino una maravillosa sensación de seguridad. (*Irónico: ¡Bravo!*)

¡Compañeros! Aquí, en Hagen, ustedes aún no están tan avanzados en la cultura prusiana como nosotros en Berlín; yo vengo de la capital, Berlín, en la cual hay un barrio que se llama Moabit. Allí hemos aprendido que si se quiere preservar la seguridad y el orden, la policía prusiana resulta directamente imprescindible. (*Risas.*) ¡Estimado público presente! Sólo después de haber recibido la noticia de que nuestro local de reunión ha sido tan generosamente bendecido por la protección policial, tengo la total tranquilidad de que podremos abandonar la sala con nuestras narices, orejas, ojos y demás partes del cuerpo sanas y salvas. (*Risas.*) Debo confesarles que aparentemente poseo una atracción sumamente especial para la policía. (*Hilaridad.*) Debo confesar que en cada ocasión experimento cierta alegría, y como informante también cierta gratitud respecto a la meritoria policía. Debo decirles que precisamente la presencia de estos señores con sus cabezas cubiertas por sus yelmos confiere cierta agudeza a todo esto. (*¡Muy bien!*) Y hoy, la presencia de la meritoria policía es un bello realce para el tema que trataremos esta noche.

Espero que en el curso de esta velada aún tendré alguna ocasión de ilustrar la especial relación entre las acciones y manifestaciones masivas del proletariado y la meritoria policía. Creo

\* Discurso pronunciado el 1.º de octubre de 1910 en Hagen, en la asamblea extraordinaria de afiliados a la Asociación Metalúrgica Alemana.

que es bueno que también estos señores tengan alguna vez la ocasión de oír lo que pensamos de ellos. (*Muy bien!*) Nunca pierdo la esperanza de que también ellos puedan aprender algo alguna vez, y por eso no debemos ser tan avaros con nuestras palabras y nuestras enseñanzas. Alguna vez también lanzaremos nuestras perlas a la policía prusiana.

Compañeros y estimado público presente: en realidad, no hay tema del momento presente que pueda ser de mayor actualidad en una asamblea gremial alemana que el tema de la huelga de masas y los sindicatos. Nos hemos reunido aquí para discutir este tema, para reflexionar, en cierto modo entre dos tremendas batallas. Hace apenas unas pocas semanas que ustedes libraron aquí, en Hagen y en Schwelm,<sup>7</sup> una lucha ejemplar y grandiosa, que merece la atención y la admiración de toda la clase obrera alemana con conciencia de tal, y en breve lapso, apreciados presentes, acaso se vean ustedes obligados a lanzarse, ustedes y sus innumerables colegas y camaradas de toda Alemania, a una lucha tan poderosa como jamás la hemos visto en Alemania. Todos ustedes saben que en pocos días, pasado mañana, los representantes de la clase obrera organizada comienzan sus negociaciones con los poderosísimos magnates capitalistas de los astilleros navales, en las cuales ha de decidirse si 400.000 obreros metalúrgicos quedarán en la calle.<sup>8</sup>

Compañeros: si eso llega a convertirse en un hecho, y si de ello llegara a seguir lo que muy presumiblemente quepa esperar de la solidaridad, de la conciencia de clase y de la energía de lucha de todos los obreros metalúrgicos organizados, seremos testigos, en toda Alemania, de una lucha como acaso nunca la haya habido antes en el mundo, pues junto con las personas más estrechamente vinculadas y con las familias habría quizás

<sup>7</sup> A mediados de 1910 fueron despedidos en Hagen, Schwelm y en otras localidades de Westfalia unos 20.000 obreros metalúrgicos. Bajo la dirección de la organización lucharon, junto a los 2.790 obreros organizados en la Asociación Alemana de Trabajadores Metalúrgicos, en la Asociación Gremial de Hirsch-Duncker, en las asociaciones gremiales cristianas y en la Asociación de Herreros, unos 17.000 obreros no organizados, en forma conjunta, contra las tentativas de los empresarios de escindir el frente de los trabajadores, concretado a pesar de múltiples dificultades.

<sup>8</sup> La Asociación de Industriales Metalúrgicos Alemanes había amenazado con despedir al 60 por ciento de los obreros metalúrgicos de Alemania, unos 400.000 trabajadores, para reprimir la huelga de los obreros de los astilleros navales que se prolongaba desde el 4 de agosto. En las negociaciones efectuadas a comienzos de octubre de 1910, los dueños de los astilleros estuvieron dispuestos a hacer concesiones parciales, que fueron aceptadas bajo la influencia de los dirigentes gremiales reformistas. La vuelta al trabajo se decidió para el 10 de octubre.

un millón de personas empeñadas en una lucha en la cual se trataría de la existencia o no existencia entre la más poderosa organización sindical y el todopoderoso y jactancioso capital.

Compañeros: en un momento tal, como acabo de decir, entre dos tremendas batallas, está justamente indicado para nosotros hablar y reflexionar aquí acerca del tema que significa, para nosotros, el problema más actual del ayer y del mañana. Así, compañeros, así, estimado público presente, aprende la clase obrera organizada y combativa, en Alemania y en otras partes, a capturar un momento en medio del campo de batalla, en medio del fragor de la lucha, para reflexionar, analizar, para agudizar la conciencia, para poner a prueba sus armas, que ha de utilizar en la lucha.

Y ello es totalmente natural, ello surge de la propia esencia de la lucha obrera. La clase proletaria moderna no desarrolla su lucha según un esquema preconcebido, fijado en algún libro o en alguna teoría; la lucha obrera moderna es un trozo de la historia, un trozo del desarrollo social, y en medio de la historia, en medio de la evolución, en medio de la lucha, aprendemos cómo debemos luchar. ¡Compañeros y estimado público presente! Eso es precisamente lo admirable, eso es justamente lo que hace época en esa colosal obra cultural que reside en el movimiento obrero moderno: que por primera vez la ingente masa del pueblo trabajador forja para sí misma, a partir de su propia conciencia, de sus propias convicciones y de su propio entendimiento, las armas para su propia liberación. Y por eso es extraordinariamente importante que aprovechemos por completo estos breves momentos de tregua entre batallas, tal como el que experimentamos en este momento, para efectuar consideraciones bélicas, para el análisis, para someter a un examen todos los aspectos, todos los interrogantes, todos los problemas que nos plantea la vida.

Uno de los problemas más importantes que ocupan actualmente tanto a las organizaciones gremiales como a las socialistas, no sólo en Alemania sino también en todos los países modernos, es el problema de la huelga de masas. Y entonces vean ustedes el interesante fenómeno que resulta. Como tantas otras veces, resulta aquí que la historia no se detiene, que la evolución prosigue, que para nuestra vida y acción políticas vale por completo lo que dijera Mefistófeles en el *Fausto* de Goethe: "La razón se vuelve sinrazón, el bienestar, tortura." Todo se transforma con el tiempo.

El primer mandamiento para los luchadores políticos como

nosotros es el de seguir la evolución de la época y de rendirse cuentas a sí mismo, en todo momento, acerca de las transformaciones del mundo moderno, así como de las modificaciones de nuestra estrategia de lucha.

Compañeros y estimado público presente: En la historia de la idea de la huelga de masas, la ley eterna de la evolución histórica se ha confirmado de manera brillante y patente. Todos ustedes saben ciertamente que la idea de la huelga de masas o, como se la denominaba antiguamente, de la huelga general, no es un invento de estos últimos días o años. Por el contrario, hace ya décadas que existían personas que habían convertido en su especialidad, en la misión de su vida, la tarea de propagar la idea de la huelga general. Tratábase de los anarquistas, especialmente los franceses, los holandeses y otros. Todos ustedes conocerán a Domela Nieuwenhuis, quien se destacó especialmente por la propaganda de la idea de la huelga general en los congresos socialistas internacionales. Todos ustedes sabrán que especialmente en los países latinos, en España, en Francia, hay grandes secciones de los gremios, conocidos por sindicalistas, que propagan la huelga general, considerándola como la idea salvadora y unificadora. Y todos nosotros hemos visto anteriormente que los obreros que se hallan en el terreno del socialismo científico, que los obreros que han comprendido la necesidad y la importancia de la organización gremial y de la lucha, han combatido con todas sus energías la idea de la huelga general, tal como la propagaban los anarquistas. Y ello con toda la razón, compañeros! Tanto el Congreso Socialista Internacional de Bruselas, celebrado en 1891,<sup>9</sup> como el congreso de Zurich de 1893,<sup>10</sup> rechazaron por abrumadora mayoría de los representantes de la clase obrera de todos los países la idea de Domela Nieuwenhuis y de sus amigos. Hace poco aún hemos vivido un interesante capítulo de esta quimera de la huelga general. Yo misma tuve el placer de participar en 1900 en el Congreso Socialista Internacional de París.<sup>11</sup> Y ustedes recordarán la fuerte escisión que imperaba a la sazón en el socialismo francés, en la así denominada crisis de Millerand,<sup>12</sup> por la gran

<sup>9</sup> El Congreso Internacional de Trabajadores de Bruselas tuvo lugar del 16 al 22 de agosto de 1891.

<sup>10</sup> El Congreso Internacional Socialista de Trabajadores de Zurich tuvo lugar del 6 al 12 de agosto de 1893.

<sup>11</sup> El Congreso Socialista Internacional de París tuvo lugar del 23 al 27 de setiembre de 1900.

<sup>12</sup> Alexandre-Etienne Millerand, quien representaba una corriente oportunista dentro del movimiento socialista francés; fue ministro de comercio

disputa causada por el ingreso de un socialista en el ministerio burgués. Entonces, en el Congreso Socialista de París, hizo uso de la palabra un señor llamado Aristide Briand. Es el mismo señor que actualmente representa, como primer ministro en Francia, al gobierno burgués, y que presumiblemente persiga a los socialistas y a los obreros organizados en forma peor que cualquier otro ministro burgués. En 1900 ese señor no era aún ministro, sino un rabioso y encarnizado partidario de la idea de la huelga general. Y en París he debido oír su atronador discurso, en el cual nos apostrofaba a todos los marxistas como representantes retrógrados del socialismo, que no querían creer en el arte verdadero y exclusivamente liberador de la huelga general. ¡Compañeros y estimado público presente! Como ya lo dije, los socialistas, que se hallan en el terreno del marxismo, los gremialistas, que se toman en serio la organización gremial, reaccionaron todos ante esta idea con una sonrisa compasiva o con un indignado encogerse de hombros. Y con razón, pues, ¿qué resultó? Precisamente en aquellos países en los que la idea de la consigna liberadora del mundo de la huelga general se consideraba como el único medio para salir, de un día para el otro, del infierno del capitalismo, precisamente allí donde florecía esta idea, las organizaciones obreras se hallaban totalmente sumergidas y, hasta el día de hoy, siguen siendo las más débiles de todos los países. Y fue entonces un miembro de la socialdemocracia alemana, nuestro viejo, lamentablemente fallecido e inolvidable Ignaz Auer<sup>18</sup> (*¡Bravo!*), quien con su arte de acuñar agudas frases epigramáticas desechó en dos palabras la idea predilecta del anarquismo, al declarar, en forma breve y concisa: "Huelga general = disparate general."

Compañeros: Así estaban las cosas hace poco tiempo aún, ¿y qué vemos hoy en día? Si observamos los meros hechos, los resultados de la última década, los años transcurridos desde 1900 hasta la fecha, si observamos todos los países del desarrollo capitalista, debemos comprobar que en un país tras otro, año tras año, estallan poderosas huelgas generales y de masas. Compañeros: Sólo quiero recordarles algunas de las más importantes.

del 22 de junio de 1899 al 28 de mayo de 1902 en el gabinete burgués reaccionario de Waldeck-Rousseau. Este primer paso práctico del oportunismo hacia el sometimiento del movimiento obrero francés al estado burgués llevó a violentas disputas entre revolucionarios y oportunistas.

<sup>18</sup> Ignaz Auer (1846-1907) dirigente de la socialdemocracia alemana, fue numerosas veces elegido diputado al Reichstag. A partir de 1900 fue hasta su muerte secretario del Partido Socialdemócrata Alemán.

\* Véase Auer, p. 199, nota 1.

En 1900 tuvimos la poderosa huelga de los mineros de Pennsylvania, de la cual los compañeros norteamericanos afirmaban y declaraban que había hecho más por la difusión de la conciencia socialista de clase que lo que hacen habitualmente 10 años de agitación. En 1902 tuvimos la gran huelga de masas de los mineros de Austria, que en principio, y en apariencia, no tuvo resultado alguno, pero que luego, a raíz de la modificación de la opinión pública y de la presión ejercida sobre el gobierno y el parlamento, conquistó para los mineros la jornada de nueve horas de labor. En 1903 se produjo la huelga de masas de los mineros de Francia, en cuyo transcurso ulterior se conquistó para los mineros franceses la jornada de ocho horas de labor. Aún tuvimos en 1902, en Bélgica, la gran huelga de masas, la huelga política, la lucha por el voto universal. Tuvimos en 1904, justamente en sus comienzos, en enero, la poderosa huelga general de los obreros ferroviarios holandeses, que causó la más colosal de las impresiones en el mundo, que difundió la noticia inaudita de que en Holanda se había paralizado todo el movimiento, y con ello toda la vida económica, la cual pudo ser detenida sólo por la voluntad de una determinada categoría de obreros. Y luego, compañeros, llegó el año 1905. En enero de 1905 circuló por Europa una noticia que sonaba como proveniente de un país de cuento de hadas. Era la noticia de que en la capital septentrional del Zar de todas las Rusias —en San Petersburgo— súbitamente de 100.000 a 200.000 proletarios habían declarado la huelga de masas, dirigiéndose al mismo tiempo al palacio imperial para exigir la libertad política y la jornada de ocho horas. Pues bien, compañeros, desde aquel día no pasó mes ni día sin que estallaran en Rusia huelgas generales locales y huelgas masivas. En un país del cual se suponía hasta entonces que constituía una excepción entre los antiguos países civilizados. En un país del cual se suponía que las leyes de la evolución histórica se derrumbaban, impotentes, ante sus fronteras, en sus umbrales, en un país hacia el cual miraban nostálgicamente los poderosos de Alemania y especialmente de Prusia, porque creían que allí se hallaba el único señor a quien sus súbditos no le causaban preocupación alguna. ¡Compañeros! En ese país se levantó por primera vez una inmensa masa de proletarios y empleó el arma de la huelga de masas, el instrumento de la huelga de masas, política y gremial a un tiempo, para la lucha contra la clase explotadora y la conquista de la libertad política. Y como animado eco de ese período tumultuoso tuvimos en Austria, durante el otoño, una serie de poderosas huel-

gas de masas como manifestación y medio de lucha por el derecho del voto universal para el Consejo Nacional y para los parlamentos provinciales de Bohemia, Galitzia y Trieste. También en 1905 tuvimos en Italia la colosal huelga de los ferroviarios, en Galitzia la huelga masiva de 200.000 trabajadores rurales, de la categoría que vive en la más profunda de las miserias, denigrada hasta lo más hondo. Desde entonces no transcurre un año sin que haya alguna poderosa huelga de masas en tal o cual país. El año pasado, en 1909, tuvimos la recordada huelga general de Suecia, que todos ustedes guardan fresca en su memoria.

En este momento, durante este año —no necesito recordarles lo que ustedes han vivido personalmente— hemos tenido dos huelgas de masas brillantemente llevadas a cabo y victoriosas en Norteamérica. La primera comenzó en marzo y terminó en abril, y fue la huelga de masas de Filadelfia, mientras que la segunda, que acaba de finalizar, fue la huelga general de 70.000 obreros de ambos sexos de la industria de la vestimenta femenina de Nueva York, quienes lograron imponer que en toda su actividad y en todos los talleres sólo tenga validez la ley que determine el sindicato obrero. ¡Bravo! Compañeros: Esto es, por así decirlo, un breve panorama de los hechos, escuetos de la historia, de la huelga de masas de la última década. Y basta comprobar estos hechos para extraer de ellos la siguiente conclusión: muchísimo ha cambiado en estos últimos tiempos en materia de condiciones para la concreción de la huelga de masas. ¿Tenemos acaso motivos para suponer o para pensar que todas estas huelgas masivas y generales que les he enumerado sean, por así decir, un triunfo rezagado de las ideas anarquistas? No, de ninguna manera, estimado público presente, de ningún modo son los anarquistas quienes tienen motivos para proclamar su triunfo y para señalarnos que habríamos llegado con retraso a sus ideas. Tengan ustedes bien en cuenta que en todos aquellos países en los cuales han tenido lugar las huelgas de masas más eficaces y poderosas de los últimos tiempos, el anarquismo se ha extinguido por completo, y observen ustedes el interesante hecho de que durante la revolución rusa, en el país en el cual la huelga de masas tuvo, en cierto modo, su bautismo de fuego en cuanto medio de lucha política, donde en cierto modo ha sido empleada como un brillante ejemplo que hace época, que en ese país, que es además la cuna del conocido teórico y anarquista Mijail Bakunin, contra quien aún Marx y Engels debieron librar violentas batallas en la Internacional, que en la propia Rusia, durante toda la revolución, el anarquismo no sólo no de-

sempeñó papel alguno, sino que fue totalmente abatido por las huestes victoriosas del proletariado organizado. (*¡Bravo!*) Porque hay un hecho, compañeros, que debemos destacar históricamente: la única forma en que fue posible divisar el nombre del anarquismo de esta clase en la revolución rusa, fue como rótulo del lumpenproletariado, de los ladrones, bandidos y granujas que, para vestirse con un manto en cierto modo ideal, se autocalificaban de comunistas anárquicos, y a quienes todo el proletariado socialista reconocía como lo que son: como los representantes del lumpenproletariado. Compañeros: De esta manera se separa por completo, en cierto modo y ya desde un principio de nuestro actual período evolutivo, la idea de la huelga de masas de sus sustentadores y propagandistas anárquicos. La idea de la huelga de masas aparece como directamente opuesta a las quimeras del anarquismo. Porque, compañeros y estimado público presente, mientras que para los antiguos anarquistas la idea de la huelga general habría de ser un medio milagroso para, mediante un pase mágico, por así decir, de un día para otro y sin mayor esfuerzo, saltar súbitamente hacia un paraíso del socialismo, mientras que para los anarquistas la idea de la huelga de masas era algo que se oponía en forma directa a la actividad política, a la lucha política; ahora, por el contrario, consideramos a la huelga de masas como un arma política que sirve, más que nada, para conquistar derechos políticos para el pueblo.

Así se presentan los hechos, estimado público presente, y tenemos ahora plenos motivos para plantearnos, como combatientes que piensan, el siguiente interrogante: ¿Qué ha ocurrido, cómo se ha tornado posible que una idea cuya puesta en acción pareció carente de practicidad durante tanto tiempo, que apareciera como irrealizable, se haya convertido ahora, en cierto modo, en un fenómeno cotidiano, que actualmente se halle a la orden del día en cualquier movimiento político y gremial? Si quieren ofrecer ustedes la respuesta a este interrogante con la minuciosidad que es característica del político serio, tendrán que echar ustedes un vistazo, ante todo, a la evolución económica de las últimas décadas, y en especial del último decenio. Estimado público presente y compañeros: todo aquel que viva en alguno de los principales puntos de la región industrial occidental, sabrá por sí mismo lo experimentado en carne propia. El rasgo sobresaliente de la evolución de Alemania durante los últimos tiempos es la enorme concentración del capital, la concentración y acumulación de la gran industria en su poderío



frente al proletariado. Compañeros, recuerden ustedes que hace aproximadamente doce años pudieron oírse dentro de nuestras propias filas, en las filas de la socialdemocracia, tonantes voces de duda que exigían la revisión de toda la doctrina marxista, que todo cuanto había dicho Marx acerca de la línea, de la orientación de la evolución organizativa del capital, debía desecharse como chatarra. Pues en la realidad, el capitalismo alemán no se desarrolló tal como lo profetizara Marx. Se dijo que la concentración del capital no procede de esa manera, ya que aún quedan con vida muchas empresas pequeñas, y de ese modo el proletariado no tiene una necesidad tan urgente de poner fin a la dominación capitalista y, compañeros, apenas se hubo manifestado este punto de vista, apenas comenzó la gran tarea de revisión de la teoría marxista, llegó la propia vida y demostró —y ello con tanta claridad que aun un ciego debía verlo— que en Alemania, el desarrollo capitalista confirmaba en cierto modo, brillantemente, las previsiones de Marx, lo que había predicho nuestra teoría. En ninguna parte como en Alemania se aglutinó el capital, como ocurrió precisamente en este último año, en su supremacía frente al proletariado, para conformar un inmenso poderío.

En ninguna parte como en Alemania, y en especial aquí, en la región industrial del oeste. Contemplen ustedes solamente las más importantes ramas de la industria. En todas partes se halla concentrado casi todo el capital, casi todo el poder sobre los medios de producción, en unas pocas manos, en carteles que dominan todo el territorio. Otro tanto vale para la industria del carbón, para la industria del hierro, lo mismo vale últimamente para la industria textil. ¿Qué significa el desarrollo de los carteles contra la clase obrera? Hace unos pocos años, el parlamento alemán dispuso una investigación especial, un análisis acerca de la índole y naturaleza de los carteles alemanes. Se había convocado a los representantes de los diversos carteles, a los grandes magnates, quienes debían ofrecer respuestas a diversas preguntas que les formulaban representantes del parlamento y del gobierno federal. Una de esas preguntas rezaba así: ¿Qué posición asumen los carteles alemanes de la gran industria frente a los problemas obreros, qué influencia tienen sobre la conformación de las condiciones de trabajo? A ello respondieron, indignados, los señores representantes de los carteles, y principalmente el señor Kirdorf de Gelsenkirchen: Los carteles no se inmiscuyen absolutamente nunca en las cuestiones obreras. Las condiciones laborales no les importan en absoluto a los carteles.

Nuestro representante, el diputado nacional Molkenbuhr, ya les dijo entonces a esos señores en su propia cara que se había tomado un poco a la ligera la verdad al formular esta declaración. Y hasta el profesor Schmoller, un hombre totalmente conservador, declaraba que no podía creer que los carteles no aprovecharan su poderío como para ejercer alguna presión sobre las condiciones de trabajo. Pero, compañeros y estimado público presente, si alguna prueba era necesaria en el sentido de que los carteles son directamente una potencia hostil a la clase trabajadora, y principalmente a las organizaciones obreras, el reciente despido de obreros de la construcción ha ofrecido la prueba más brillante en tal sentido. (*¡Muy bien!*) Y es absolutamente necesario que cada uno de ustedes, en cuanto luchador y representante de las organizaciones obreras, recuerde el hecho para exhibirlo ante los ojos de nuestro adversario. Durante el despido de los obreros de la construcción—cuando centenares de miles de obreros con mujeres e hijos veían al hambre cara a cara, cuando no sabían con qué habrían de saciar al día siguiente el hambre de sus niños, cuando en virtud de un decreto de una camarilla de capitalistas de Hamburgo los había condenado al hambre— esos carteles, y principalmente la asociación de acerías y los comerciantes en materiales de la construcción, declararon como un solo hombre que había llegado el momento de dar apoyo a los empresarios de la construcción. Y para obligar a los pocos empresarios de la construcción que se negaron a obedecer la orden de su asociación y que no quisieron despedir a sus obreros, los abastecedores locales intentaron negarles el material para construir, para de esa manera ejercer presión sobre los obreros. (*¡Qué vergüenza!*) Este hecho permanece como una prueba histórica de que los representantes de los carteles alemanes, cuando los representantes del parlamento y del gobierno les formularon la pregunta acerca de las condiciones laborales, mintieron directamente en forma desvergonzada (*¡Muy bien!*) cuando negaron utilizar la presión frente a las condiciones de trabajo. Pero, compañeros, además de carteles y sindicatos que no deben ocuparse únicamente de la organización de la producción, hemos recibido durante la última década toda una serie de organizaciones empresarias que ya persiguen desembozadamente la finalidad de librar una guerra a muerte contra las asociaciones obreras. Tenemos actualmente casi en todas las actividades asociaciones de empleadores, que mediante la presión sobre los salarios, la imposición de modos de trabajo forzado intentan sustraer a los obreros los frutos de la trabajosa

labor gremial de largos años, y poner en tela de juicio su derecho a la asociación. Compañeros: todas estas asociaciones de empleadores se hallan centralizadas en dos cimas, la Oficina Central de Asociaciones de Empleadores y la Federación de Asociaciones de Empleadores. Y según el nuevo *Statistischen Jahrbuch für das Deutsche Reich* [Anuario estadístico del imperio alemán] de 1910, resulta que casi 270.000 obreros se cuentan dentro de su ámbito de influencia. Pues bien, compañeros, en realidad el poderío de estos empleadores es mucho más amplio, ya que todos sabemos que esos señores prefieren la oscuridad, con sus prácticas, a la luz solar de la opinión pública. En realidad, la relación, la vinculación entre las asociaciones de empresarios capitalistas y la clase obrera, por ejemplo, y sus organizaciones, son infinitamente mayores de lo que conoce la opinión pública. Pero, compañeros, después de haber visto que de ese modo el desarrollo económico de la última década llevó directamente a lanzar a la lucha, en cierto modo, una inmensa masa de capital como si fuese una potencia animada con una voluntad uniforme y un odio igualmente uniforme contra el proletariado, echemos un vistazo al aspecto político de esta evolución.

¿Qué vemos en los últimos tiempos en el escenario político de Alemania? La relación entre la evolución económica y la política se revela de una manera característica. Y todos sabemos que, en cierto modo, el centro, la cúspide de todo el empresariado, lo constituye la célebre Asociación Central de Industriales Alemanes, a cuyo frente se hallaba Bueck, de quien todos ustedes conocen el sensacional asunto de los 12.000 marcos que ofreciera al gobierno con fines que poco tenían en común con el bienestar del movimiento obrero<sup>14</sup>. Ahora bien, esta Asociación Central de Industriales Alemanes —el mayor instigador frente a todas las organizaciones obreras y al mismo tiempo pináculo de la política de altas tasas aduaneras protectoras, a la vez máximo sostén de las medidas reaccionarias como máximo obstáculo de todas las demandas sociales en el Imperio Alemán— es un sostén de todas las medidas del Partido Conservador. Estimado público presente, nada hay, ningún fenómeno que manifieste de manera tan típica las lacras sociales de nuestra evolución popular, que se las haya señalado hasta al observador más obtuso, que el espectáculo que se ha desarrollado en Alemania, y

<sup>14</sup> El secretario general de la Asociación Central de Industriales Alemanes, Henryk Axel Bueck, había puesto a disposición del Ministerio del Interior, en 1898, 12.000 marcos para financiar la agitación en favor del proyecto de ley de reclusión carcelaria por motivos sociales.

especialmente en Prusia, durante los últimos tiempos, en ocasión de la lucha prusiana por el derecho electoral. ¿Y qué resultó de ella? Que el pueblo debe acudir a medios que la clase obrera necesita para conquistar los derechos políticos democráticos más elementales, que en estricta justicia hasta hubiese debido conquistar ya el verdadero liberalismo. Se trata aún de la lucha por el voto universal para ambos sexos para elegir diputados provinciales en Prusia.

Compañeros y estimado público presente: Es un hecho altamente significativo el de que alguna vez ya hayamos tenido en Prusia el derecho del voto universal por el cual ahora debemos luchar con tanto empeño. La fecha en la cual lo habíamos conseguido con nuestra lucha fue el 18 de marzo de 1848. Compañeros, recuerden ustedes los acontecimientos que tuvieron lugar en Alemania por aquel entonces. Ese día memorable, el pueblo de Berlín había salido a la calle. Había construido barricadas, librado batallas contra las tropas del rey, había derrotado a esas tropas. Al día siguiente, el 19 de marzo, el pueblo de Berlín levantó a sus muertos, los llevó frente al palacio del rey, y obligó al rey Federico Guillermo, quien alguna vez había pronunciado la orgullosa frase de que nunca toleraría que entre él y sus súbditos se interpolase una hoja de papel escrita, llamada constitución, a ese arrogante señor lo obligó el pueblo a descubrir su cabeza ante el pueblo, ante el fuego de la lucha de las barricadas, y a poner a los pies de los vencedores de las barricadas esa hoja de papel escrita. ¡Compañeros! Aquella vez, sobre esa hoja de papel que ustedes le arrancaron obcecadamente al rey, estaba escrito el derecho del voto universal para todos los prusianos que hubiesen cumplido 20 años. Empero, estimado público presente, la libertad de aquel entonces sólo era aún una hoja de papel, precisamente, y aún había que insuflar vida a esa libertad, para lo cual el pueblo trabajador de Prusia y Alemania no estaba aún suficientemente maduro en aquel entonces. Por entonces no teníamos aún el enorme desarrollo capitalista de hoy en día ni a los obreros, al proletariado consciente de clase, sino a la burguesía liberal. A ella, a sus manos, fue a dar el poder. Fueron precisamente los representantes de la industria de entonces en Westfalia y en Renania, los señores Camphausen y Hansemann, los nombrados ministros después del colapso del 18 de marzo de 1848. ¿Qué hubiese debido hacer entonces la burguesía liberal gracias al derramamiento de sangre, gracias a los sacrificios de vidas del pueblo trabajador, si creía seriamente en su programa político, en su programa liberal? Compañeros: está claro que en

aquel entonces, cuando la burguesía liberal llegó al poder, si hubiese creído seriamente en su programa hubiese tenido que demoler, como primera medida, toda la podrida maquinaria estatal anterior a marzo, proclamando la república en toda Alemania (*¡Bravo!*) Compañeros: El liberalismo burgués de aquel entonces no lo hizo, omitió consolidar y asegurar la libertad que acababa de ser conquistada por el pueblo. Por el contrario, la burguesía pactó una paz lo más rápidamente posible, por su propia cuenta y a espaldas del proletariado, con el trono y con el feudalismo, escamoteándole al pueblo los frutos de su lucha. ¿Y por qué? Porque ya entonces temía y odiaba más al pueblo que a toda la reacción prusiana. Compañeros, desde esa época asistimos a una desintegración cada vez más profunda del liberalismo. Observen ustedes el siguiente interesante hecho. ¿De dónde proviene la mayor reacción actual dentro del partido liberal? ¿De la región industrial del oeste! Mientras que en la lucha por el derecho electoral en Prusia el proletariado, bajo la conducción de la socialdemocracia, debe pagar las viejas deudas de los liberales burgueses para conquistar el mismo voto universal del que nos despojaron los padres de nuestros liberales en 1848, de los liberales nacionalistas de Renania-Westfalia proviene la corriente más reaccionaria dentro del liberalismo nacionalista. Ahora precisamente se revela que el inmenso capital que obra como instigador contra los propios obreros, es al mismo tiempo la más firme fortaleza de la reacción, también en la vida política. Y así vemos en todos los terrenos —en la famosa reforma financiera, la política de altas tasas aduaneras protectoras y los continuamente crecientes gastos del militarismo, en las aventuras en política exterior— una tendencia tal, que nos obliga a decir que actualmente la socialdemocracia está absolutamente sola en la defensa de los intereses de la libertad y de la democracia junto al pueblo trabajador. Todos los partidos burgueses nos enfrentan desde el bando unido de la reacción.

De ahí resulta, compañeros, que también en el terreno político, cualquier derecho político, cualquier paso adelante no puede obtenerse de otro modo que en virtud de una acción grande y audaz de las propias masas trabajadoras, o mejor dicho en muchas y prolongadas acciones de las masas saliendo a la calle. Hasta el presente ya hemos dado más de un paso adelante, hemos visto, compañeros, en esta lucha por el derecho al voto en Prusia, que el orden imperante y constituido no se arredra siquiera ante las intervenciones más brutales dentro de nuestros derechos burgueses, a fin de dificultar nuestra victoria. Pensemos todos en la

hermosa experiencia que tuvimos el 6 de marzo en el Jardín Zoológico de Berlín, donde nosotros, constituyendo una multitud de muchos millares de personas, nos hallábamos tranquilamente y en paz al sol primaveral, sin hacer otra cosa que exclamar, una vez tras otra: "¡Viva el voto universal e igualitario!" Entonces apareció súbitamente en el lugar una tropa de policías montados, quienes blandiendo sus sables se lanzaron sobre nosotros como una horda salvaje. Allí se reveló con qué finalidad, para la seguridad de quién, lleva sus sables la policía. ¡Compañeros! Podemos relatar tranquila y pausadamente esta historia pasada, ya que hemos obligado a esos señores a envainar nuevamente sus sables. ¡Compañeros! Hemos demostrado más aún; hemos obligado al Jefe de Policía de Berlín, después de decretar y fijar tremendas proclamas en contra nuestra, el partido revolucionario, diciendo que la calle pertenece al tránsito, que no se toleran demostraciones, a concedernos la calle, y le hemos enseñado que la calle nos pertenece a nosotros, a la masa de los trabajadores. (¡Bravo!) Así, compañeros, el movimiento de masas ya nos ha demostrado, hasta ahora, que cualquier paso adelante debe forzarse bajo la presión de la poderosa masa de los obreros, afuera, en la calle. Y del mismo modo en que hasta ahora hemos arrancado la primera victoria sobre el puño sangriento de la policía, destrozaremos la injusticia del voto de las tres clases no de otro modo que en la calle y mediante grandes manifestaciones proletarias. (¡Muy bien!) Compañeros: Precisamente en esta lucha por el voto en Prusia, puede, y casi debe revelarse como necesario, tarde o temprano, el uso del arma más extrema y aguzada de que dispone el proletariado organizado: el empleo de la huelga política de masas. Es posible que los poderes imperantes en Prusia sigan blandiendo mucho más aún sus sables. Tal vez todos ustedes hayan oído los nuevos y hermosos secretos sobre aquel bando que se revelaron en nuestra última conferencia partidaria celebrada en Magdeburgo, cómo una vez más un señor de Westfalia, el ex comandante general von Bissing, esbozó todo un plan de campaña contra el proletariado que manifestaba en las calles. Es posible que estos señores, tal como ya lo hicieron el 6 de marzo en Berlín, dirijan contra las masas sus cañones, sus armas cargadas con munición pesada. Pero no hay cañones ni afilados sables que sirvan contra las armas de que disponemos (¡Bravo! ¡Muy bien!), como ya nos lo demostraron todas las experiencias de hasta este momento. Por mucho que hasta supere al estado prusiano en materia de ceguera y de brutalidad, puede acaso algún estado disparar sus cañones contra centenares de miles de

obreros en huelga calma y pacífica? Ciego e insensato sería el estado que masacrará semejante enorme cantidad de obreros. Pues mataría con sus propias manos a la abeja de cuya miel vive en su condición de zángano. (*¡Bravo! ¡Muy bien!*) Y, compañeros, aunque dispare contra nosotros todos sus cañones, ¿puede algún estado obligar a obreros en huelga pacífica a poner en movimiento las máquinas? ¡No! Ni el más despótico de los estados podrá lograrlo, y de esa manera se revela que precisamente el arma tranquila y pacífica de la huelga política masiva es el arma más poderosa a la cual acaso tengamos que echar mano si la reacción imperante persiste en su obstinación y en su ceguera. Mientras que de esta manera, compañeros, la evolución política nos obliga precisamente a acudir cada vez más a las huelgas masivas para conquistar los derechos políticos más elementales, desarrollamos exactamente en el mismo sentido una política semejante en el movimiento sindical.

Estimado público presente: ¿A cuáles circunstancias debemos las últimas grandes huelgas de masas en el terreno económico, y sobre todo qué enseñanzas debemos extraer de la tormenta que se cierne sobre vuestra floreciente asociación de trabajadores metalúrgicos? Son los propios capitalistas quienes se hallan intencionada y planificadamente empeñados en provocarnos para una tremenda prueba de fuerza. Según las experiencias de los despidos de los obreros de la construcción, se ha demostrado mediante documentos que la huelga contra la organización de los obreros de la construcción había sido largamente premeditada, que los empresarios llevaban las cosas planificadamente al punto de obligar a los proletarios, mediante despidos, a una lucha desesperada, y exactamente el mismo plan sirve de base al plan actual de los capitalistas de los astilleros navales así como de los capitalistas de la industria metalúrgica. Si de este modo los propios capitalistas, los empresarios, tienen la intención de obligarnos a una huelga de masas mediante los despidos, gracias a la protección de un poder cohesionado, aparece como una necesidad urgente para nuestra organización gremial contar más adelante, en alguna ocasión, como inevitable con el arma de la huelga masiva en la lucha por la defensa del derecho de asociación. De ello resulta que lo más práctico es mirar de frente al futuro, decirse que cuanto más se preparen a las masas del proletariado, mediante una clara comprensión de toda la situación, mediante la toma de conciencia de las grandes tareas que les esperan, cuanto más se las prepare para librar esa gran lucha, tanto mayores serán las probabilidades de emerger como vencedores de esa lucha.

Estimados compañeros: hay varios argumentos contra el uso de la huelga de masas que se emplean en su mayoría. En primer término, nos dicen que en una huelga de masas, y sobre todo en una huelga política de masas, corremos un tremendo riesgo al exponer a la organización sindical a un inmenso peligro. En un choque semejante, nuestra organización gremial podría ser despedazada. Es verdad que en tal o cual tumultuosa huelga de masas acaso pudiera dañarse a nuestra organización en un primer momento. Pero hay situaciones —y cada vez estamos más en tal situación— en las cuales hay que emprender la lucha en condiciones desfavorables, si es que ha de defenderse el honor del movimiento obrero organizado.

Compañeros: Después de todo, las organizaciones gremiales han sido creadas sobre todo para servirnos como arma en la lucha, principalmente para defender nuestro derecho primordial, el derecho de asociación, que tan amenazado se halla actualmente. Nuestras organizaciones gremiales son nuestros cañones en la lucha por un futuro mejor. ¿Qué dirían ustedes de un estado militar que declarase que no puede entrar en guerra por temor a que en ella pudieran destrozarle sus cañones? ¿Para qué otra cosa tenemos los cañones que para, llegado el caso, disparar con ellos sobre el enemigo? Por otra parte, nuestras armas no son de naturaleza tan torpe como las armas de los estados militares. Los cañones de los países militares pueden ser realmente destruidos en una lucha y quedar inservibles. En cambio nuestras organizaciones cristalizan en la lucha, sólo pueden existir en la lucha, sólo crecen en la lucha. Recuerden ustedes la época de la ley contra los socialistas. ¿No fueron esos los tiempos más difíciles que pasaron los sindicatos alemanes junto con la socialdemocracia alemana? ¿Cuál era el aspecto de nuestra organización en un primer momento, luego de la concreción de la ley contra los socialistas? Nuestros sindicatos estaban destrozados, nuestra prensa había sido paralizada, nuestra organización aniquilada; pero, ¿cuál era nuestro aspecto doce años más tarde, cuando la ley contra los socialistas debió ser derogada? Allí estábamos con nuestras fuerzas decuplicadas, y la ley contra los socialistas yacía destruida. (*Atronadores aplausos.*) Y así ocurrirá siempre en la gran lucha que nos imponen nuestros adversarios.

Compañeros: ¿Qué nos muestran las experiencias de los últimos tiempos? Nos demuestran que no existe época más favorable para el perfeccionamiento de las organizaciones sindicales que una gran lucha de masas que sacuda a las masas indiferentes del proletariado y las vuelva receptivas para su afiliación a las orga-



nizaciones. (*¡Muy bien!*) Ustedes lo han experimentado aquí en Hagen, donde desde el último lock-out su asociación de obreros metalúrgicos puede señalar un crecimiento tan brillante. Exactamente igual se confirma esto en otras partes. Tomen ustedes, por ejemplo, el caso de Rusia, antes mencionado. Hasta 1905 no había casi organizaciones gremiales en Rusia. Como consecuencia de la poderosa acción de masas que hemos visto allí en 1905, crecen como hongos surgiendo de la tierra en una gobernación tras otra, organizaciones gremiales jóvenes y vigorosas. Lo mismo ocurrió en su momento en Bélgica. Hasta 1886 no había en Bélgica ni rastros de organización gremial. La primera vez que llegó un signo de despertar general fue luego de la tempestad de huelgas masivas en los talleres siderúrgicos. De esas huelgas masivas nació, por una parte, el movimiento político, la lucha por el derecho del voto universal e igualitario, y al mismo tiempo la primera organización sindical de Bélgica. Y las experiencias más recientes nos muestran, en este aspecto, ejemplos sumamente instructivos en Filadelfia, en Norteamérica. Tengo dos testimonios de ello, que quisiera leerles porque no tenemos mejores pruebas en el sentido de lo fructífera que resulta la influencia de esta clase de huelgas masivas elementales sobre el fortalecimiento de las organizaciones sindicales que, precisamente, nos da el ejemplo de Filadelfia. A comienzos de la primavera de este año, el 5 de marzo, se despidió en Filadelfia a los empleados tranviarios organizados, precisamente porque lo estaban. Para defender a sus compañeros, todos los empleados tranviarios primero, y luego todos los oficios de esa ciudad declararon la huelga general. La huelga general concluyó brillantemente en una victoria. Además se produjo desde entonces un enorme crecimiento de las organizaciones gremiales. Así leemos, por ejemplo, en el periódico germano-norteamericano de los panaderos, que antes de que la huelga general de Filadelfia se concretase, había allí apenas 350 obreros panaderos organizados. Ninguna de las grandes fábricas de pan —y Filadelfia, al igual que cualquier otra gran ciudad tiene gran número de ellas— estaba organizada, pero en esa asamblea estuvieron presentes cada uno de los obreros panaderos de los mayores establecimientos de Filadelfia, y allí declararon que había que sindicalizar la fábrica antes de volver al trabajo. “Para nuestra asociación ha llegado la hora de la acción, no debemos dejar nada sin hacer por nuestra parte. Cada compañero disponible que tenga capacidad organizativa será llamado a Filadelfia para allí ayudar a nuestros compañeros, para aprovechar allí la situación lo mejor que se

pueda. Ha llegado el momento, y nuestro ejército puede incrementarse considerablemente gracias a los obreros panaderos de Filadelfia. Hasta ahora, Filadelfia había dormido. Súbita y brutalemente ha sido sacudida, despertándose de su sueño. El proletariado de Filadelfia está ahora despierto y pleno de energías." Y esto se refiere a un oficio que nada tenía que ver con la causa originaria de la huelga. Los panaderos se organizaron a raíz de la huelga masiva convocada por simpatía con los empleados tranviarios.

Y he aquí otro testimonio de la industria textil de Filadelfia. El señor John Golden, líder de los obreros y obreras textiles, declara: "Esta huelga nos ha brindado la posibilidad de obtener para nuestra organización más gente de la que hubiésemos podido lograr en cinco años con un gasto de 10.000 dólares. Eso significa la organización completa de los obreros textiles de Filadelfia. Ya hemos registrado a 5.000 nuevos afiliados, y esperamos que hasta el fin de semana obtengamos otro tanto. La educación y el despertar de los trabajadores asalariados para comprender la necesidad de autorganizarse vale cualquier sacrificio que pueda haber demandado esta gran lucha. No importa cuál pueda ser el resultado de la lucha momentánea; los obreros saldrán de ella como vencedores, ya que estarán más poderosamente organizados que antes." Así, estimado público presente, sucede en todas partes que precisamente las enormes huelgas despiertan a una gran masa de la clase obrera indiferente hasta el momento, que son una espléndida agitación para la obra de organización de los sindicatos.

Y he aquí aún otro reparo contra las huelgas masivas. Compañeros: Se nos señala —y ello también ha desempeñado un importante papel en la discusión de la huelga masiva en la lucha por el derecho electoral en Prusia— se nos señala que aún tendríamos demasiado que hacer con una gran masa de colegas organizados en forma adversa. Aún tenemos que vernóslas con los obreros organizados en las asociaciones cristianas, quienes no comparten nuestros puntos de vista, y podemos entonces emprender una acción tan grande como la de la huelga política masiva, cuando aún tenemos en contra de nosotros legiones tan grandes de proletarios que piensan de otro modo? Compañeros: Quienes manifiestan ese temor tendrán que reconocer que, precisamente en este sentido, la historia obra en modo inverso a como lo afirman. No es que los obreros de las organizaciones cristianas puedan constituir un obstáculo serio en la acción de la huelga masiva, sino por el contrario. No hay medio más seguro para

separar a los trabajadores burlados de sus líderes burgueses en las asociaciones cristiano-sociales y otras, y traerlos junto a nosotros, que una acción masiva grande y audaz. Porque, compañeros, cuantos más movimientos de masas se produzcan, cuanto más se trate en la lucha de grandes cuestiones, de grandes problemas, de intereses fundamentales del proletariado, tanto más deben sumárenos las masas, y también los sindicatos cristianos y de Hirsch-Duncker, y tanto más resulta lo que decimos: que toda la política de sus líderes en las asociaciones no es, en realidad, otra cosa que una burla a los sindicatos. ¡Compañeros! Por eso debemos regocijarnos cada vez que, en virtud de un gran movimiento de masas, los partidarios de las asociaciones cristianas y de las de Hirsch-Duncker marchan conjuntamente. Por supuesto que esa marcha sólo habrá cumplido su cometido si tenemos en ella a toda la opinión pública en pleno y la explotamos políticamente, y si esclarecemos a las masas que van en pos de los líderes burgueses acerca de la verdadera índole de sus intereses y tareas.

¡Compañeros! Existe aún otra objeción, aparentemente muy plausible, y que constituye un arma sumamente peligrosa contra la huelga política masiva, y esa objeción es habitualmente la que sigue: que sometemos a prueba el principal factor de poder de nuestras organizaciones gremiales, nuestras arcas, nuestros medios financieros. No hay sindicato que pueda declarar, enfren-tado a un poderoso movimiento de masas, a una poderosa huelga masiva, que tiene en su gremio medios suficientes como para poder mantener a incontables centenares de miles de personas durante prolongados meses. Sin embargo, compañeros, todo este modo de concebir las cosas es erróneo en su totalidad. No podemos evaluar desde el punto de vista de los medios disponibles en caja movimientos tan poderosos como lo son las huelgas políticas de masas. En esos casos debemos contar, ante todo, con otra cosa que con la moneda contante y sonante que hay en nuestras arcas y en nuestros registros. Debemos contar con la inagotable fuente del idealismo en la ejecución de la causa. Nunca más podrán librarse en el futuro, con las arcas solamente, batallas tan tremendas como las que nos están esperando. Para ello deberá emplearse la gran dedicación de nuestros objetivos y tareas, para ello el último integrante de la masa tendrá que comprender que se trata de tareas por las cuales no sólo podrán pasarse privaciones y miserias durante meses enteros, sino que por ellas se entrega la vida, si así fuese necesario. (¡Bravo!) ¡Compañeros! Hasta ahora jamás han fallado los cálculos de quienes contaban

con los ideales de las masas en nuestra historia. ¿Acaso no hemos tenido suficientes ejemplos durante la lucha proletaria moderna por la liberación, en el sentido de que las masas saben por cierto soportar lo más difícil? Basta para ello que divisen claramente frente a sí el objetivo que conduce a liberarlas del yugo del capitalismo. ¡Compañeros! Así ocurrió en 1848, y no solamente en Alemania, sino también en Francia, durante la famosa revolución de febrero. Por aquel entonces, los proletarios abrigaban la dulce quimera de que sólo sería necesario realizar un gran esfuerzo colmado de sacrificios, para que pronto, y en un plazo mínimo, pudiesen concretar el orden social socialista. Luego de que el 24 de febrero de 1871 forzaron al gobierno provisional de Francia a proclamar la república, formularon de inmediato esta exigencia: Solicitamos que esta vez se instaure en Francia una república social en la cual haya suficiente pan y guisantes para cada cual. Y en aquella ocasión, compañeros, los proletarios franceses marchaban por las calles de París con una bandera negra que llevaba la siguiente inscripción: "¡Obreros, vivid o recibid la muerte!" El gobierno provisional, que entonces temía enormemente al proletariado congregado en la calle, prometió instaurar la república socialista y asegurar pan y trabajo a cada cual, pero adujo que necesitaba algún tiempo para ello. Pero los señores sabían que otro habría de ser el aspecto del terreno 3 meses más tarde, y necesitaban ganar tiempo para acopiar las municiones con que pensaban alimentar a los hambrientos. ¡Compañeros! Los proletarios declararon entonces sus memorables palabras históricas por boca de uno de los suyos, uno de los primeros y mejores trabajadores de París. Declararon entonces al gobierno provisional reunido: Bien, señores nuestros, les concedemos el tiempo, pasaremos hambre durante 3 meses, nosotros, el proletariado de París, pero queremos la república social. Vinieron entonces 3 meses de la más espantosa miseria, y la resistieron porque creían que obtendrían la célebre república social que tendría pan y trabajo para cada cual, y cuando hubieron transcurrido los 3 meses no aparecieron el pan y el trabajo de la república social, sino que apareció la Guardia Nacional en la calle, apareció el ejército en la calle, y se produjeron las famosas luchas y matanzas de junio, que durante tres días y tres noches intentaron ahogar en sangre la ilusión de la república social.

Pero ya entonces se demostró, compañeros, que las masas no se amilanan ante sacrificio alguno. Entonces no había arcas que pudieran mantener a los proletarios durante 3 meses, no había sindicatos ni una organización para mantenerlos erguidos en su

determinación de lucha. ¡Cuánto más tendría que estar orientada nuestra atención, hoy en día, hacia la actitud de dedicar a todas las luchas los sacrificios que puedan ser necesarios, luego de haber realizado ya las tremendas tareas civilizadoras de los sindicatos y de la socialdemocracia alemana! Para despertar ese espíritu, ese idealismo en las masas no necesitamos hacer otra cosa que señalar una y otra vez que las luchas en que estamos actualmente empeñados, que todas las huelgas de masas que tenemos ante nosotros, no son otra cosa que una etapa histórica necesaria para la liberación definitiva del capitalismo, hacia el orden social socialista.

¡Compañeros! ¿No es acaso cada despido que vemos hoy en día, una tremenda propaganda para el socialismo? ¿No es acaso el propio hecho de que hoy en día nos hallemos ante una decisión y nos preguntemos si durante los próximos días, por decreto de un puñado de capitalistas, serán lanzados a la calle centenares de miles de hombres y mujeres, no es eso acaso prueba suficiente para los ciegos, en el sentido de que un orden social semejante merece que se lo mande al diablo? (*Vivos aplausos.*)

¡Compañeros! Cada lock-out es un paso más adelante, es un clavo más para el féretro del orden capitalista, pues justamente el método actualmente predilecto del lock-out, sin vencer al proletariado, es la mejor prueba de que el orden social imperante no sólo ya no es posible, sino que se ha vuelto insostenible, que debe ceder su sitio a otro diferente. ¿Y no es acaso cada huelga de masas un paso adelante por el camino de su eliminación? Compañeros: el célebre *Manifiesto Comunista* de Marx y Engels concluye diciendo que el proletariado no tiene nada más para perder que sus cadenas, y todo un mundo para ganar. Sólo entonces estaremos armados para la tremenda batalla que hemos de librar próximamente: cuando cada proletario gremialmente organizado haya comprendido que su vocación está en el Partido Socialdemócrata, cuando cada proletario socialista comprenda que está obligado a hacer suya la literatura socialista de esclarecimiento, que cada obrero sindicalmente activo y organizado es, al mismo tiempo, un luchador seguro y consciente de sus objetivos en pro de la liberación socialista. Sólo con ese grito de batalla hemos de vencer en las próximas luchas, cuando el último proletario comprenda que sólo tiene para perder sus cadenas, y todo un mundo que ganar. (*Atronadores y prolongados aplausos.*)

(Instituto de Marxismo-Leninismo del CC del PSUA, Archivo Central del Partido, NL 2/17, Fo. 12-34.)



GYÖRGY LUKÁCS  
PREFACIO A LA EDICIÓN HÚNGARA DE  
*HUELGA DE MASAS*

[En 1921 apareció en Viena una edición húngara del célebre folleto de Rosa Luxemburg *Huelga de masas, partido y sindicatos con un prefacio de Lukács* (Tomegztrak, Wien, Verlag der Arbeiter-Buchlandlung, 1921). Este texto fue elaborado probablemente en la misma época (enero de ese año) que el ensayo *Rosa Luxemburg marxista*, pero mientras que el ensayo analiza sobre todo los escritos económicos de Rosa Luxemburg (La acumulación del capital, en particular) el prefacio se refiere a su pensamiento político revolucionario.

El texto de Lukács se presenta como un balance de la lucha ideológica de Rosa Luxemburg contra el oportunismo en sus variantes bernstenianas y kautskiana. Concluye con una defensa e ilustración de las concepciones de Rosa Luxemburg sobre el movimiento de masas y la huelga general que inclinan, en cierto modo, su pensamiento en un sentido "espontaneísta" y economicista.

Paradójicamente, en el mismo momento en que aparece este prefacio, Lukács acabada de romper, luego de los acontecimientos de marzo de 1921, con el "luxemburguismo", confundido, con o sin razón, por las posiciones antipuschistas defendidas por el ala moderada del Partido Comunista de Alemania, opuesta a la acción de marzo (Paul Levi, Clara Zetkin).]



Rosa Luxemburg no fue solamente una mártir de la revolución proletaria. Toda su vida sostuvo un gran combate para que el proletariado llegara a ser revolucionario, para que la justa toma de conciencia de la situación de la lucha de clases, oscurecida consciente o inconscientemente a los ojos de la clase obrera por los oportunistas socialdemócratas, se introdujera poco a poco en la conciencia del proletariado, para que la conciencia de clase así desarrollada se transforme en acción revolucionaria. De este modo, Rosa Luxemburg llevó a cabo las batallas más difíciles de su vida ante todo contra las corrientes derechistas y centristas del actual movimiento obrero. No es raro el hecho de que sean los mercenarios de Ebert o Schneidemann los que la mataron, ya que luchó toda su vida contra ellos con las nobles armas de la ciencia y de la justicia, mientras sus enemigos trataban de obstaculizar su influencia sobre la clase obrera mediante calumnias, intrigas y mentiras. Y finalmente, cuando todas esas maquinaciones fracasaron, cuando Luxemburg amenazaba a la cabeza de las masas revolucionarias para ganar la lucha de la clase proletaria por medio de la vía armada, la asesinaron.

Rosa Luxemburg fue un verdadero líder del proletariado. Junto con Lenin, quizás sea el único sucesor digno de Marx y Engels. Pero como la revolución proletaria se distingue fundamentalmente de la revolución burguesa — la del proletariado no es tan brillante como la de la burguesía pero es más profunda y a pesar de que avanza con menos rapidez modificó más a fondo la esencia de la sociedad —, el líder de la revolución proletaria también se distingue profundamente del tipo de líder de la revolución burguesa. Ese líder no es un gran demagogo, un brillante orador y un agitador como Danton o Lajos Kossuth; es el que cultiva con mayor profundidad el *marxismo, la dialéctica-revolucionaria*, la ciencia de la lucha de clases. Aquel que, con ayuda del marxismo, es capaz de analizar, estimar y juzgar correctamente todo acontecimiento de la vida cotidiana y, en consecuencia, es capaz de mostrarle la verdadera vida de la acción a la clase obrera.

Pero el hecho de que el juicio sobre la situación actual y la vía indicada para la acción que de él deriva sea correcta no significa que las grandes masas del proletariado puedan comprenderlo súbitamente y reaccionen en la dirección indicada. Los oportunistas, al privilegiar sus propios intereses mezquinos y tramposos, enviaron durante décadas las reflexiones y los sentimientos de la clase obrera. La habituaron a no observar los acontecimientos desde el punto de vista de los *intereses de clases generales* del proletariado sino a que cada uno se preocupe ante todo de sus *intereses personales*, es decir *los referidos al oficio o a la fábrica en sentido estricto*. Al hacerlo, lograron oscurecer la conciencia del proletariado, dirigir a la clase

obrero en una dirección oportunista y pequeñoburguesa y educarla en ese sentido.

Contra este oportunismo pequeñoburgués, Rosa Luxemburg libró las luchas más arduas de su vida. Como agitadora, como organizadora, como periodista de lo cotidiano y como teórica, en las reuniones públicas, en los diarios, en los congresos, con diferentes armas pero siempre con idéntica fuerza, combatió por la defensa del verdadero sentido del marxismo: *por la revolucionarización del proletariado*. Por su lucha en esta batalla, ella y sus compañeros se convirtieron en verdaderos mártires del proletariado.

Rosa Luxemburg fue la más grande entre los grandes porque no solamente presintió con certero instinto los peligros encerrados en el oportunismo sino que analizó con un profundo conocimiento marxista todos los acontecimientos del presente. Fue la primera que entrevió, con profética clarividencia, la esencia de la historia y todo lo que aporta este conocimiento para las acciones del proletariado. Si en la actualidad analizamos la obra de Rosa Luxemburg comprobaremos que fue la primera en percibir correctamente al *imperialismo* como la última etapa del capitalismo y sus consecuencias: *la guerra mundial y la revolución mundial*, la que descubrió la primera y única arma eficaz contra los peligros del imperialismo: *los movimientos de masas revolucionarios*.

El ascenso de la lucha de clases final del proletariado y de la burguesía, sus formas, condiciones, posibilidades y las armas de esta lucha de clases constituyen el contenido de la obra y la vida de Rosa Luxemburg. En momentos en que el movimiento obrero europeo —y sobre todo alemán— se hundía tan profundamente en el oportunismo, en que no solamente saboteaba las acciones de manera encubierta sino que lo manifestaba abiertamente, Rosa Luxemburg fue la primera en imponer la teoría de la revolución proletaria contra la teoría del oportunismo. Es cierto que en ese momento Kautsky también llevó a cabo una batalla teórica contra Bernstein, el creador de la teoría reformista, pero inconscientemente se cuidó de llegar al fondo del problema. Calificó, sin embargo, a la teoría de Bernstein en su conjunto como una “desviación teórica” que sólo puede y debe ser analizada *en el interior del partido*. Rosa Luxemburg demostró con lógica decisiva y cruel que es preciso elegir. *Elegir entre seguir o no seguir siendo socialista*. Aquel que como Bernstein enseña que en el capitalismo la posibilidad de adaptarse aumenta progresivamente con el desarrollo de la sociedad y que, en consecuencia, la posibilidad de las crisis económicas y su fuerza y significación disminuyen cada vez más; aquel que pretende que la clase obrera sólo tiene posibilidades de hacerse cargo del poder organizativo de la

producción con ayuda de la "lucha" sindical y sin revolución; aquel que pretende que la sociedad se "fusiona" en paz con el socialismo, *ha dejado de ser socialista* y ha abandonado el terreno teórico del socialismo revolucionario.

Aparentemente Rosa Luxemburg libró también esta batalla junto con Kautsky y otros. Ellos criticaban "su tono" y no se identificaban con "sus exageraciones", pero, "en el fondo", según decían, coincidían con ella. En efecto, la toma de posición oficial del partido significaba la condena al oportunismo manifiesto de Bernstein y otros. Pero lo que Bernstein y sus seguidores perdieron aquí, lo ganaron en la práctica. El partido alemán declaraba en vano que estaba de acuerdo con las posiciones del marxismo revolucionario. En la práctica, cuanto más se acercaba la crisis final del capitalismo, más se aproximaba el partido a la posición de Bernstein, más oportunista se volvía.

Contra este oportunismo Rosa Luxemburg libró una batalla en todos los ámbitos, sola, apoyada por unos pocos camadas comprensivos y revolucionarios (Liebknecht, Mehring, Radek, Zetkin, etc.) Otros, en cambio, la dejaron sola, como por ejemplo Pannekoek, quien no comprendió su profunda toma de posición. En un primer momento, Kautsky y compañía observaron los esfuerzos de Luxemburg con objetividad "científica", elegante y "neutra" para luego volverse abiertamente hostiles.

El contenido de la obra principal de su vida (*La acumulación del capital*, aparecida en 1913) consiste en el análisis del imperialismo como etapa última y nueva del desarrollo capitalista; es un retorno al verdadero método de Marx y una tentativa por comprender, con ayuda de su *espíritu*, el problema de los nuevos tiempos que los oportunistas, basándose en la *letra* de Marx, no podían y no querían comprender. La cuestión de la acumulación del capital es, en efecto, una cuestión vital del desarrollo capitalista. Acumular quiere decir, con ayuda de una parte de la ganancia producida por año, aumentar la producción capitalista. Esta parte es igual a la que queda si de la ganancia global de un año de la clase capitalista, se retiene la que es consumida para las propias necesidades de esta clase. Con el resto, agranda y desarrolla sus fábricas. La acumulación es, por lo tanto, una cuestión de valorización económica de la ganancia que supera el consumo capitalista. El problema reside en saber *quién va a comprar* esas mercancías que son producidas en forma acelerada. Para todo obrero sensato, la teoría de Rosa Luxemburg es bien clara: de la acumulación del capital deriva necesariamente esta tentativa del capital de tratar de ampliar el mercado de manera *continua e ininterumpida*. Dado que la capacidad de absorción del mercado interno

es limitada; el capital es forzado a expandirse a escala mundial (véase el imperialismo). Pero puesto que tarde o temprano se va a dar una situación en la que todas las colonias y esferas de interés serán propiedad de ciertos grupos de intereses imperialistas-capitalistas; el estallido de una batalla vital entre esos grupos es inevitable: la guerra mundial. La causa final de la guerra se halla en el hecho de que todo grupo imperialista-capitalista quiere evitar la crisis definitiva descargándole en otro dado que, para la producción capitalista en aumento no hay mercado suficientemente grande. Puesto que la guerra mundial no puede ser sino una tentativa para evitar la crisis final y puesto también que no resuelve la crisis en sí misma sino que siembra los gérmenes para nuevas guerras mundiales, de allí se deriva que la guerra mundial es necesariamente la crisis última del capitalismo y de este modo debe conducir a la revolución mundial.

Contra esta determinación extremadamente clara, la "ciencia" del oportunismo llevó a cabo una batalla tan encarnizada como no se recuerda otra en toda la historia del pensamiento socialista. La élite de la "ciencia" del oportunismo con Otto Bauer y Hilferding a la cabeza trataron de probar con argumentos, burlas y datos estadísticos no sólo que Rosa Luxemburg se equivocaba sino que veía un problema donde no lo había. El problema de la acumulación del capital no es tal, según ellos: el mismo capital crea su propio mercado. El imperialismo es un "fenómeno efímero", las crisis tienen un carácter "transitorio" y por lo tanto el capitalismo, desde el punto de vista económico, puede hasta ser eterno. Al menos es cierto que no es él mismo quien cava su propia tumba mediante su desarrollo ilimitado y técnico.

Toda teoría de la lucha de clases tiene como criterio de verdad su práctica. Así como los oportunistas durante largos años no querían reconocer la existencia del imperialismo y la cercanía necesaria de la guerra mundial que le seguiría, del mismo modo, cuando el estallido de la guerra mundial, tampoco querían ver en ella el comienzo de la crisis mundial y mucho menos extraer las consecuencias derivadas de su acción. Al igual que el imperialismo, consideraron a la guerra como un episodio después del cual retornaría nuevamente la situación "normal" y comenzaría la época de la lucha sindical, de las elecciones parlamentarias, de los congresos internacionales. Es evidente que en esas condiciones la Internacional de los oportunistas se derrumbó. Por otra parte, ellos la consideraron también como un episodio. "La Internacional es un método para la paz y no para la guerra", decía Kautsky, el más prudente.

La lucha teórica y práctica de Rosa Luxemburg contra los oportunistas cosechó en ese sentido las más difíciles y brillantes victorias.

Pese a haber pasado la mayor parte de la guerra en prisión, fue ella junto con Mehring, Liebknecht y Jogiches quien organizó la lucha antibélica ilegal. Con Mehring crearon la revista *Die international* y más tarde, con la ampliación del grupo, publicaron ilegalmente las famosas "cartas" y fundaron la Liga Espartaco. Fue ella quien durante los primeros días condujo a Liebknecht, quien vacilaba, por el buen camino, y gracias a su clarividencia teórica la vacilación del mayor héroe de la guerra antibélica sólo duró algunos días. Fue ella quien sentó las bases teóricas de toda la lucha. En su magnífico folleto titulado *La crisis de la socialdemocracia* esboza nuevamente un cuadro grandioso del desarrollo del imperialismo, de la significación histórica y mundial de la guerra, de la tarea del proletariado frente a su propia misión, tarea que no pudo ni quiso cumplir la socialdemocracia. Además, exigió la creación de un arma necesaria para la lucha del proletariado contra el capitalismo mundial: la formación de una nueva Internacional de carácter revolucionario.

¿ Rosa Luxemburg nunca olvidó la práctica y la colocó junto a la teoría. La teoría más profunda y verdadera sólo era válida para ella en la medida en que mostraba una nueva vía para la acción del proletariado así como la crítica fue para ella sólo un medio para el *descubrimiento de medios de lucha positivos*. Rosa Luxemburg observaba la proximidad de la revolución mundial con la misma clarividencia profética que el cercano peligro de la guerra mundial. La revolución rusa de 1905-1907 despertó por un momento a la socialdemocracia europea de la pereza teórica. Bajo la influencia de la revolución rusa, hasta el propio Kautsky y sus seguidores creyeron que el momento de la revolución había llegado y tomaron como objeto de análisis un método de lucha que se manifestara en ese país por primera vez y en gran estilo: *la huelga de masas*.

Pero, al igual que toda teoría oportunista abierta o encubiertamente, ésta partió de bases falsas para llegar a resultados igualmente falsos y a la inacción. Aquí también Rosa Luxemburg descubrió de manera definitiva la falsedad del punto de partida. Las dos corrientes oportunistas polemizaron para saber si era justo (y en qué momento) utilizar como medio de lucha la huelga de masas. Rosa Luxemburg, por el contrario, comprobó que la cuestión era planteada en forma incorrecta. Porque no se trata de saber si se quiere o no y en qué momento la huelga de masas (en última instancia, la revolución) sino de saber qué posición se adoptará frente a la huelga de masas que se produce necesariamente como consecuencia del desarrollo económico: *¿cómo conducimos esta huelga de masas en dirección a la revolución proletaria?*

Con esta concepción, la posición relativa al problema de la orga-

nización cambia radicalmente. Según la vieja concepción de la social-democracia, la organización es una premisa de la revolución: se puede pensar en la revolución solamente cuando la clase obrera ya está organizada de tal modo que pueda llevarla a cabo con éxito. Contra esta posición, la crítica de Engels a la teoría de la huelga anarquista es totalmente correcta. Según esta teoría, o son las coyunturas políticas las que no permiten la evolución de la organización perfecta, y en ese momento la huelga general es *imposible*, o ellas la permiten pero entonces el poder del proletariado es ya tan grande que la huelga general se convierte en *inútil*. Rosa Luxemburg rompe ante todo con el concepto estricto y mecánico de la huelga general, según el cual ésta es una acción momentánea, bien preparada y putchista para la toma consciente del poder político o para alcanzar otro objetivo político determinado. Demuestra con abundantes materiales históricos que la huelga general es un proceso. La huelga no es un medio de la revolución sino que es la revolución misma. No es la simple utilización del poder económico de la clase obrera para adquirir ciertos objetivos políticos sino que *la huelga general es la unidad inseparable de la lucha económica y política*. Los movimientos de reivindicaciones salariales provienen inevitablemente de las luchas políticas. Además, las épocas revolucionarias están caracterizadas justamente por esta unidad inseparable. En consecuencia, la organización no es una premisa (una condición) sino que es la consecuencia de la huelga general, es decir de la revolución. La consigna del *Manifiesto Comunista* según la cual el proletariado *se organiza como clase* en la revolución ha sido claramente confirmada por la revolución rusa. Tanto más si se tiene en cuenta que el proletariado como clase está lejos de parecerse a esos sectores de la aristocracia obrera cuya organización es el único o más bien el principal objetivo del oportunismo. En cada país —y no solamente en la Rusia “atrasada”— existen vastos sectores del proletariado (en relación a Alemania Luxemburg menciona a los mineros, los obreros textiles, los obreros agrícolas) cuya organización es posible únicamente en la revolución, en una vía revolucionaria. Pero entonces esos sectores “atrasados”, explotados infinitamente, precisamente porque no tienen otra cosa que perder que sus cadenas se convierten durante la revolución en combatientes, al menos tan dignos de confianza como los antiguos miembros de los sindicatos.

De este modo, se considera desde otra perspectiva el *papel del partido en la revolución*. Rosa Luxemburg rechaza la posición según la cual el papel del partido consiste en “hacer” la revolución, y que es similar entre los oportunistas y los putchistas, aunque por lo menos con un objetivo diferente. Debido a que describe la huelga general revolucionaria como una *explosión elemental* resultante del desarro-

llo económico, no niega la significación del partido. Por el contrario, es la primera, con excepción de los rusos, en descubrir y colocar en su justo lugar el verdadero del partido en la revolución: la dirección de los movimientos de masas espontáneamente desarrollados.

Con este descubrimiento, Rosa Luxemburg vuelve a la fuente inicial de la ciencia de la lucha de clases, que estuvo oculta durante tanto tiempo por la falsa ciencia del oportunismo: Karl Marx. Marx define claramente, desde comienzos de los años cincuenta la esencia de la revolución proletaria, contraponiéndola a la revolución burguesa. Y entonces Rosa Luxemburg, la discípula autónoma, genial y fiel, lo sigue en esta definición: la revolución proletaria no puede terminarse con la toma del poder del estado, momentánea y lograda, sino que es un proceso largo y doloroso, lleno de altibajos. Contra las preocupaciones oportunistas según las cuales la revolución proletaria llega demasiado pronto y no encuentra "maduros" ni las condiciones económicas ni el proletariado, Rosa Luxemburg demuestra desde la década del 90 que la revolución no puede llegar demasiado pronto porque la simple existencia de las fuerzas revolucionarias del proletariado ya es una consecuencia de la madurez de las condiciones económicas. Desde el punto de vista del mantenimiento del poder, por el contrario, la revolución llega y debe llegar demasiado pronto. Porque la madurez revolucionaria sólo puede ser adquirida por el proletariado mediante la acción revolucionaria, en la revolución misma.

Rosa Luxemburg, la fanática de la revolución, era una revolucionaria de visión exaltadamente clara, liberada de toda ilusión. Cuando en noviembre de 1918 las puertas de la prisión se abrieron ante ella, cuando las masas sublevadas comienzan a organizarse bajo la bandera de Espartaco, Rosa Luxemburg no sobrestimó en ningún momento la evolución de la revolución alemana. Ella sabía muy bien que las grandes masas del proletariado alemán no eran verdaderamente revolucionarias, que la revolución política (burguesa) recién comienza a transformarse en revolución económica (proletaria). Sabía perfectamente que la insurrección de enero provocada por Noske debía terminar en un fracaso y que ese enfrentamiento significaba solamente una batalla preparatoria para la revolución alemana. Pero en momentos en que los proletarios conscientes se lanzan a la lucha, Rosa Luxemburg era totalmente consciente de que la lucha no tiene salida, pero sabía con mayor conciencia aún, que la victoria final se acercaba y cae en manos de los mercenarios de Noske como una mártir y una verdadera heroína.

impreso en offset cernont, s. a.  
dos mil ejemplares y sobrantes para reposición  
23 de junio de 1978



# Cuadernos de pasado y presente

---

- 1 MARX, K. Introducción general a la crítica de la economía política (1857) y otros escritos sobre problemas metodológicos
- 2 LÉVI-STRAUSS, C. Elogio de la antropología
- 3 BARAN, P. A. Excedente económico e irracionalidad capitalista [ed. ampliada]
- 4 ALTHUSSER, L. La filosofía como arma de la revolución
- 7 CERRONI, U./MAGRI, L./JOHNSTONE, M. Teoría marxista del partido político. Vol. 1
- 8 BADIOU, A./ALTHUSSER, L. Materialismo histórico y materialismo dialéctico
- ⑨ 9 GORZ, A. Y OTROS. Sartre y el marxismo [ed. corregida y aumentada]
- 10 SANTI, P. Y OTROS. Teoría marxista del imperialismo
- 12 LUKÁCS, G./LENIN, V. I./LUXEMBURG, R. Teoría marxista del partido político. Vol. 2
- 13 LUXEMBURG, R. Huelga de masas, partido y sindicatos [ed. ampliada]
- 15 KRASSÓ, N./MANDEL, E./JOHNSTONE, M. El marxismo de Trotski
- 16 PIANA, G. Y OTROS. El joven Lukács
- 19 PIZZORNO, A. Y OTROS. Gramsci y las ciencias sociales
- 20 MARX, K./HOBSBAWM, E. J. Formaciones económicas precapitalistas
- 21 BUJARIN, N. I. La economía mundial y el imperialismo
- ②③ 23 COLLOTTI PISCHEL, E. Y OTROS. La revolución cultural china

- 24 AMIN, S./PALLOIX, CH./EMMANUEL, A./  
BETTELHEIM, CH. Imperialismo y comercio in-  
ternacional
- 25 LENIN, V. I. **Contra la burocracia/Diario de las  
secretarías de Lenin**
- 27 TROTSKI, L. **El nuevo curso/Problemas de la  
vida cotidiana** [ed. corregida y aumentada]
- 28 Los bolcheviques y la Revolución. Actas del Co-  
mité Central del Partido Obrero Socialdemócrata  
Ruso (bolchevique): agosto de 1917 y febrero  
de 1918
- 29 BUJARIN, N. I. **Teoría económica del período  
de transición**
- 30 MARX, K./ENGELS, F. **Materiales para la histo-  
ria de América Latina**
- 31 BUJARIN, N. I. Y OTROS. **Teoría del materia-  
lismo histórico** [ed. corregida y aumentada]
- 32 PANZIERI, R. Y OTROS. **La división capitalista  
del trabajo**
- 33 GERRATANA, V. Y OTROS. **Consejos obreros  
y democracia socialista**
- 34 TROTSKI, L./BUJARIN, N. I./ZINÓVIEV, G. **El  
gran debate (1924-1926)**. Vol. 1: **La revolución  
permanente**
- 35 LUXEMBURG, R. **Introducción a la economía  
política**
- 36 STALIN, J./ZINÓVIEV, G. **El gran debate (1924-  
1926)**. Vol. 2: **El socialismo en un solo país**
- 37 MARX, K./ENGELS, F. **Textos sobre el colonia-  
lismo**
- 38 ROSSANDA, R. Y OTROS. **Teoría marxista del  
partido político**. Vol. 3
- 39 LUPORINI, C. Y OTROS. **El concepto de "for-  
mación económico-social"**

- 40 ASSADOURIAN, C. S. Y OTROS. Modos de producción en América Latina
- 41 LUKÁCS, G. Revolución socialista y antiparlamentarismo
- 42 PANNEKOEK, A. Y OTROS. Lenin filósofo
- 43 Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista. Primera parte
- 44 MALLET, S. Y OTROS. Economía y política en la acción sindical
- 45 KORSCH, K. ¿Qué es la socialización? Un programa de socialismo práctico
- 46 SWEEZY, P. M. Y OTROS. Teoría del proceso de transición
- 47 Los cuatro primeros congresos de la Internacional Comunista. Segunda parte
- 48 POULANTZAS, N. Hegemonía y dominación en el Estado moderno [ed. corregida]
- 49 HILFERDING, R./BOHM-BAWERK, E./BORTKIEWICZ, L. Economía burguesa y economía socialista
- 50 MOSZKOWSKA, N. Contribución a la crítica de las teorías modernas de las crisis
- 51 LUXEMBURG, R. Y BUJARIN, N. I. El imperialismo y la acumulación de capital
- 52 SCHLESINGER, R. La Internacional Comunista y el problema colonial
- 53 RUBIN, I. I. Ensayos sobre la teoría marxista del valor
- 54 PORTANTIERO, J. C. Los usos de Gramsci. GRAMSCI, A. Escritos políticos
- 55 El V Congreso de la Internacional Comunista. Vol. 1
- 56 El V Congreso de la Internacional Comunista. Vol. 2

- 57 BUJARIN, N. La economía política del rentista
- 58 KAUTSKY, K. Ética y concepción materialista de la historia
- 59 ENGELS, F./PLEJÁNOV, G. Ludwig Feuerbach y el fin de la filosofía clásica alemana. Notas al Ludwig Feuerbach
- 60 VARIOS. Mariátegui y los orígenes del marxismo en América Latina (compilación de JOSÉ ARICÓ)
- 61 LAGARDELLE, H. Teoría y práctica de la acción obrera. Vol. 1: Huelga general y socialismo
- 62 PARVUS Y OTROS. Teoría y práctica de la acción obrera. Vol. 2: Debate sobre la huelga de masas (Primera parte)
- 63 LUXEMBURG, R./KAUTSKY, K./PANNEKOEK, A. Teoría y práctica de la acción obrera. Vol. 3: Debate sobre la huelga de masas (Segunda parte)
- 64 MEHRING, F. Sobre el materialismo histórico y otros escritos filosóficos
- 65 MAO TSE-TUNG/STALIN, J. La construcción del socialismo en la URSS y China
- 66 El VI Congreso de la Internacional Comunista. Vol. 1. Tesis, manifiestos y resoluciones
- 67 El VI Congreso de la Internacional Comunista. Vol. 2. Informes y discusiones
- 68 KAUTSKY, K. El camino del poder. La revolución social
- 69 MARX, K./ENGELS, F. La cuestión nacional y la formación de los estados
- 70 ROSENBERG, A. Historia del bolchevismo
- 71 LUXEMBURG, R. La cuestión nacional y el desarrollo capitalista
- 72 MARX, K./ENGELS, F. Imperio y colonia. Escritos sobre Irlanda

~~1973~~

